



BIBLIOTECA GENERAL

OBRA DONADA POR

J. L. Estrada

I. 8. 246 . D/3596

SELIM-ADHEL.



**IMPRESA DE I. SANCHA ; CALLE DE LA
CONCEPCION GERÓNIMA, N.º 31.**



*Estas son las ruinas de Palmira.... ¡Palmira!
repitió Matilde.... ¡Palmira!... y sus ojos se vol-
vieron de nuevo á las ruinas.....*

A.º Vázquez lo grabó.

C.º 2.º Pag. 185.

BIBLIOTECA UNIVERSIDAD DE MALAGA



6104988666

SELIM-ADHEL,

ó

MATILDE EN EL ORIENTE:

SEGUNDA PARTE,

ó sea continuacion de la *Matilde*, ó *Memo-
rias sacadas de la historia de las Cruzadas*,
de *Madama COTTIN*.

OBRA TRADUCIDA, IMITADA, REFORMADA, Y CON NOTAS,
DE LA ESCRITA EN FRANCÉS

por *Mr. Vernes-de-Luce*,

bajo el título de

MATILDE EN EL MONTE CARMELO.

POR

D. Santiago de Alvarado y de la Peña,

traductor de la espresada *Matilde* de *Madama COTTIN*,
con notas: Autor de los *Elementos de la historia
general de España desde el Diluvio hasta el año
de 1826*. Traductor y editor de otras varias obras
de literatura y de práctica forense.

TOMO II.

MADRID:

Se hallará en la librería de RAZOLA, calle de
la Concepcion Gerónima, n.º 3.

1830.

X-61-14/3460-Q

SELIM-ADHEL,

6

MATILDE EN EL ORIENTE.

LIBRO OCTAVO.

Cuando Matilde encerrada en el serrallo de Alaziz, como hemos visto, se consumía perdida toda esperanza de sustraerse á los peligros de que se veía amenazada, deseando, aunque en vano, tener noticias de Selim; este desplegaba contra los mogoles el mismo valor que á su difunto hermano Malek-Adhel habia atraído tanta fama, llegando hasta encerrar á sus enemigos en sus atrincheramientos donde aun no se tenían por seguros. Prendado de las dotes naturales que tanto realzaban al ilustre guerrero, uno de aquellos príncipes mas poderosos le brindó en matrimonio con una hija suya única, de la mas com-

pleta hermosura, prometiéndole al mismo tiempo que le colocaria en el trono de Delhi (1); pero Selim, que por no ser infiel á Matilde habria renunciado el dominio del universo, desechó la proposicion, sin que cosa alguna fuese capaz de mover su constancia. Intimidados los mogoles con las derrotas sufridas, trataban de pedir la paz, cuando llegaron á manos de Selim las cartas que Cefali le dirigió desde el Cayro, no habiéndolas recibido antes porque por una fatalidad al portador de ellas le detuvieron como espía en una de las ciudades por donde debia pasar; de modo que no pudo cumplir su mision sino algunos meses despues de lo que debiera. Selim rompió el sello temblando, y leyó lleno de asombro estas palabras. “Venid, señor, lo mas pronto que os sea posible, ó es perdida la Princesa, que ha caido en manos terribles, pudiendo vos solo librarla de los peligros que la rodean: ella misma implora vuestro auxilio; y apenas es bastante á sostenerla en tanta desventura la esperanza de conseguirlo.” No escribió Cefali con mas estension, temiendo no interceptasen sus cartas los emisarios de Alaziz; pero aquellas breves líneas bastaron

para hacer que Selim volase al socorro de Matilde, olvidando por un instante hasta su propia gloria y el bien del Estado, atendiendo solo á salvar la Princesa. Para ello dejó el mando del ejército á uno de los generales de su mayor confianza, encargándole negociase en caso necesario la paz con el enemigo, y se puso en marcha para el Cayro, en donde buscó á Matilde pero inútilmente; pues como Cefali trató de ocultar su fuga bajo el mas profundo secreto, habia tomado tales precauciones que el Príncipe, por mas que hizo, no pudo adquirir conocimiento alguno acerca del camino que habia tomado. Fue á hospedarse en el palacio de Alaziz, con quien se hallaba unido por los vínculos de la sangre y de la amistad, mas no le descubrió el motivo de su venida al Cayro: ambos príncipes visitaban juntos las curiosidades mas dignas de verse y observarse, que Selim miraba lleno de una triste indiferencia; mas cuando entre otras cosas que le mostró Alaziz en su palacio, vió la corona de diamantes que este Príncipe envió á Matilde con el objeto de deslumbrarla y seducirla, y esta habia dejado al tiempo de verificar su fuga; no pudo menos Selim de

preguntar á Alaziz sonriéndose , ¿ cómo era que el amor no habia todavía dispuesto de alhaja tan preciosa? “Lo he intentado , le contestó Alaziz ; pero ved el billete que notais prendido á la misma diadema , y advertireis que he dado con una muger muy cruel.

Tomó Selim el billete , y al reconocer la letra de Matilde (por ser igual á la de la carta que le dirigió á él en otro tiempo) se le mudó el color. “¡Gran Dios ! exclamó lleno de una consternacion imposible de disimularse , ¿ de quién habeis recibido este billete? -- De la Princesa de Inglaterra , le responde Alaziz ; pero ¿ qué es esa especie de asombro que os agita ? ¿ La conoceis? -- ¡ Qué si la conozco !..... pronto lo juzgareis vos mismo. -- Segun eso no podreis menos de confesarme que es una atolondrada sin igual. -- ¿ Qué es lo que quereis decir con eso? -- ¿ Qué es lo que quiero decir ? que la juzgué de un corazon semejante al de todas las demas mugeres ; pero que me engañé , pues que nada pude adelantar con ella. ¡ Muger singular ! Desdeñándome siempre , no sé qué virtud ignorada en nuestros climas la obligaba á rehusar constantemente todos mis dones. ¡ Virtud sin ejem-

plo! ó mas bien diré locura estraña, pues que seguramente lo era el no admitir mis mas seductoras ofertas. ¡Princesa divina, desprecias mi corazon, mi mano, una corona! ¡constancia adorable! mi presencia solo la causaba horror; ¿habeis visto Selim una demencia igual? ¿tengo razon para llamarla atolondrada y loca? -- Selim enagenado, sin ser dueño de sí mismo, y poseido de un delirio que Alaziz no comprendia ni sabia á qué atribuirlo, esclamaba: "¡no puede darse amor mas tierno!" -- La sola palabra de amor continuó Alaziz, la ocasionaba terribles convulsiones sin haber podido jamás lograr el mas pequeño favor. -- ¡Oh cuánto mas amable me es ahora! le interrumpió Selim, ¿en dónde está? ¿qué es de ella? satisfaced mi impaciencia. -- Sin duda, replica Alaziz, os divertis á costa mia, Selim, y creeis que me chanco; pero os lo repito, ha llegado su singularidad hasta el estremo de desechar y despreciar altamente esta corona de diamantes, ante la cual se han postrado siempre y se postran todas las bellezas del Egipto y de las tres Arabias: decidme Selim, ¿son por ventura las europeas de un carácter diferente del de las mugeres de

nuestros países, ó no es acaso favorable al amor la libertad de que disfrutan? -- Nada os puedo decir sobre este punto, respondió Selim, y tal vez Matilde es única en el universo; pero en fin, decidme, ¿ á dónde ha ido? -- Me ha engañado. -- ¡Princesa querida! -- ¿ Qué decis? ¿ sería posible acaso que vos la amáseis? -- La adoro; y ella es únicamente el objeto que vengo á buscar.”

Entonces Alaziz refirió á Selim que habiendo visto á Matilde el dia que entró triunfante en público, se habia prendado de ella, sin saber quien era; contando igualmente las ofertas y espresiones que la habia hecho para atraerla á su amor; la resistencia que habia hallado; sus desprecios y su fuga, sin que hasta entonces hubiese conseguido saber su paradero á pesar de las esquisitas diligencias que habia practicado para descubrirlo.

Selim, correspondiendo por su parte á esta confianza, refirió á su sobrino todos los pormenores de su historia y su intimidad con Matilde; suplicándole continuase sus indagaciones á fin de poder recobrar la que amaba. “ Mi deber, añadió, me llama al ejército, sin permitir que me

detenga un solo momento, y dejen en vuestras manos lo que mas amo y por lo que me es cara la vida: el amor que profesásteis á Matilde veo no pasó de una ilusion pasagera, y ademas hallareis sin duda otras muchas bellezas que os indemnicen de su pérdida; pero yo que la amo mas que á mi vida, mi gloria y un trono brillante que acabo de despreciar por ella, y que sobre todo me veo correspondido, no hay cosa capaz que me consuele ni repare semejante pérdida.”

Dijo, y Selim queda sumergido en la mayor tristeza. “;Con que es amado! esclama entre sí furioso Alaziz despidiéndose del Príncipe, y yo..... yo..... Á estas palabras se manifestó en su semblante todo el furor de un amor despreciado y del amor propio ofendido; pero no obstante trató de serenarse, concentrando en su vil corazon todos los horrores del ódio, y se determinó á disimular aguardando ocasion oportuna para satisfacer su venganza.

Selim, desesperado de la inutilidad de sus diligencias en busca de su amada, se estaba preparando para marchar al ejército, cuando le vino á la memoria la llave de oro de las pirámides que habia entre-

gado á Cefali aconsejándole que en el último apuro se refugiase en ellas: este recuerdo fue para el Príncipe un rayo de luz; y así se apresuró á pedir á Alaziz la otra llave que conservaba, pretestando deseaba visitar interiormente aquellos monumentos que le eran absolutamente desconocidos. El astuto Alaziz aparentó no ver en su demanda otra cosa que una mera curiosidad; pero lleno de oculto despecho al considerar en Selim un rival preferido, y poseido de furor conociendo era causa de los desprecios y fuga de Matilde, determinó espiar los pasos del Príncipe, y aun perderle en la confianza de Saladino.

Luego que Selim llegó á la gran Pirámide descubrió fácilmente el retiro que Matilde habia tenido en ella; pero esto le hubiera sido enteramente inútil si en la parte mas visible de él no hubiese advertido escritas estas palabras: "dirige tus pasos á Damietta, donde hallarás el tesoro que buscas." Selim reconoció al punto en esta inscripcion la mano de Cefali; y con efecto, suponiendo á Alaziz que regresaba al ejército, salió realmente para Damietta, sin manifestar á su sobrino la causa de

haber variado de camino: solo una podia sospechar Alaziz, á saber que Selim habia descubierto el asilo de su amada; y llevado de esta sospecha procuró rodear á Selim de espías, mandando le siguiesen por todas partes y que le informasen del resultado de su viaje.

Volvamos ahora á nuestros fugitivos Matilde, Neftalia y Cefali, á los que dejamos al salir de la Pirámide: el primer cuidado de éste al llegar á Damietta fue tomar cuantas medidas juzgó precisas para proporcionar que Selim, si pasaba por allí, le viese, como en efecto lo logró; pero ¿cuál fue el desconsuelo del Príncipe al abrazar á su fiel servidor! supo de su boca que hallándose Matilde próxima á dirigirse á la mas inmediata colonia cristiana habia sido arrebatada, sin que hasta entonces hubiese sido posible averiguar la mas leve noticia acerca de su paradero. Despues de algunas costosas indagaciones, Selim se persuadió que los emisarios de Alaziz habian sido los raptores; y efectivamente he aquí lo que habia pasado.

Presumiendo Alaziz luego que se verificó la fuga de Matilde que ésta se encaminaria á Damietta, para pasar desde allí

á alguna colonia cristiana de las muchas que habia en Palestina, habia puesto gran número de emisarios en aquella ciudad y sus alrededores, con órden de vigilar y observar á cuantos extranjeros llegasen allí: les dió tan perfectamente las señas de Matilde, y la hacía tan notable y distinguida su desgraciada hermosura, que á pesar de hallarse vestida de hombre y del cuidado que tuvo de ocultarse, la reconocieron en una caravanera (*) situada á la orilla del mar, á corta distancia de la ciudad, en cuyo sitio creyó Cefali estaria menos espuesta que dentro de las murallas de la ciudad. Luego que descansaron dos dias, no queriendo Cefali permanecer mas en tan peligrosos sitios, resolvió embarcarse cuanto antes para la Palestina; pero como le faltasen varias cosas necesarias para el viaje, le fue preciso volver á Damietta con Nef-

(*) Las caravaneras son una especie de posadas públicas, donde los pasajeros se alojan sin tener que pagar cosa alguna por su estancia en ellas: bien es verdad que tienen que proveerse de todo; pues que en la caravanera no gozan de otro beneficio que el de dormir bajo de techado. (*Nota del Traductor.*)

talia para proporcionárselas. Los emisarios de Alaziz seguían sus pasos, y aprovechándose de la ausencia de Cefali, robaron á Matilde que indefensa y abandonada en una casa aislada, no pudo ser socorrida. Orgullosos los satélites de Alaziz con su presa y tratando de evitar que les siguiesen, aparentaron al pronto conducirla á Damieta; mas cambiando muy luego de direccion retrocedieron hácia el mar, donde se embarcaron con la mayor precipitacion en un esquife que ya estaba preparado para recibirlos.

Solo á fuerza de oro y amenazas logró Selim saber estos pormenores del huésped ó posadero donde habia estado Matilde, porque los emisarios de Alaziz le habian ordenado guardase sobre este asunto el mas profundo silencio, cerrándole los labios el miedo de que faltando á él sería terriblemente castigado. No obstante, lo poco que indagó confirmó al Príncipe en la sospecha de que este funesto golpe habia venido de Alaziz; pero siempre quedó en la incertidumbre y sin luz alguna acerca de la suerte de Matilde. En tal situacion no quedándole otro recurso que el de dirigirse al mismo Alaziz y reclamar de él

la muger que miraba ya como suya, dejó á Cefali en Damietta, encargándole continuase sus investigaciones, y voló al Cayro, en donde creia ya hallar á Matilde; mas confiando poco en la amistad de Alaziz (por mirar en él un rival resentido, temor que hasta entonces no habia hallado cavida en su noble pecho), procuró hablarle al principio con dulzura, á fin de obligarle por este medio á que le devolviese su adorada Princesa, que llamaba ya su esposa; pero viendo que aquel déspota con la mayor seriedad negaba haber vuelto á tener noticia alguna de ella, no pudo contenerse por mas tiempo, y desahogó su cólera en amenazas contra su perseguidor quien quiera que fuese. Alaziz le escuchó con tranquilidad y con una fria indiferencia que no era natural á su orgullo ni á la violencia de sus pasiones; mas veamos la causa de obrar de este modo. Como verdaderamente no se sentia aun culpado del robo de Matilde, pues que aun no tenia noticia de él, su amor propio se lisonjeaba de aquella especie de superioridad que infunde la calma de la inocencia sobre una falsa acusacion; por lo tanto, despues de haber dejado á Selim

que desahogase su ira , le dijo : “ os olvidais Selim de la persona á quien hablais y el sitio en donde os hallais : os he ofrecido que os abriré todas las puertas de mi serrallo con el objeto de desvanecer todas vuestras sospechas ; y ademas os juro por el Profeta que nada he sabido antes ni sé ahora de la Princesa. -- Y yo os juro tambien respondió el colérico Selim que vuestros emisarios , de órden vuestra sin duda , la han arrebatado ; pero aun cuando se hallase en el centro de la tierra sabré arrancarla de vuestro poder. -- Dad gracias Selim á la sangre y á la amistad que aun me habla en vuestro favor , y sobre todo al amor que os profesa vuestro hermano y mi padre Saladino ; porque ningun otro mortal se habria atrevido á reconvenirme en tales términos mas de una sola vez, que seria la primera y la última. ¿Qué sabeis si acaso el mismo Saladino irritado de vuestra conducta ha mandado que os roben á Matilde ? Volved , volved al puesto que habeis abandonado , y dejadme la gloria de haber sabido ahogar mi resentimiento mejor que vos.” Semejante razonamiento que envolvia en sí tanta moderacion hizo volver en sí á Selim, que no

pudo menos de conocer que hallándose á disposicion de Alaziz le interesaba tanto por sí mismo, quanto por Matilde, no irritarle; y así suavizando la voz y mudando de tono, le dijo pausadamente no considerase en su arretrato sino el exceso de su dolor y de una desgraciada pasion, encargándole le guardase secreto para con Saladino sobre lo ocurrido entre ambos; lo que prometió Alaziz: y Selim partió para el ejército lleno de despecho.

Luego que llegó, encontró que durante su ausencia los negocios habian variado mucho de aspecto. Despues de su partida, Afdal, hijo mayor de Saladino, habia llegado al campo, y no hallando en él á Selim tomó el mando del ejército; pero los soldados, viéndose mandados por un gefe que no amaban, desconfiaron de sus propias fuerzas y se relajaron en la disciplina, que siempre es pesada y aborrecida de los musulmanes. Los mogoles lo advirtieron, aunque sin penetrar la causa, y animados por otro lado con nuevos refuerzos que les llegaron, intentaron probar, como lo habian hecho, la suerte de las armas; y con efecto, aprovechándose de la oscuridad de una noche, sorprendieron

el campo de las tropas de Saladino , les infundieron un terror pánico , hicieron una cruel matanza y dispersaron á cuantos no alcanzaron los filos de las cimitarras: Afdal quedó prisionero en su misma tienda , y á la mañana siguiente fue conducido á la de Mahamud , Príncipe soberano del Mogol , que equivocándole y teniéndole por Selim , le hizo una magnífica acogida , dirigiéndole este razonamiento poco despues de recibirle. “ Valeroso Selim no os lamentéis de un revés que no ha provenido de falta de vuestro valor , de lo que estoy muy penetrado ; y voy á daros una nueva prueba de que no por esta desgracia habéis desmerecido de mi concepto : vuestras eminentes cualidades me impulsaron desde luego á ofreceros mi hija y mi trono como al Príncipe mas digno de poseer una y otro : vos sin embargo desechasteis mi proposicion , lo que no estrañé , porque no conociais á mi hija ; á mi amada Oneyda. Hoy os renuevo mi oferta ; la que creo no desecheis cuando veais la muger que os propongo , que quiero sea ahora mismo.” Dice , y en el momento manda comparecer á su hija y que se levante el velo que la cubria toda : la jóven Princesa obedece

llena de rubor ; y con trémula mano descubre á los ojos de Afdal una belleza celestial adornada de todas las gracias de la juventud , y hermoçada ademas con los vivos matices del pudor. Una corona de gruesas perlas adornaba su espaciosa frente , y todo justificaba en ella el título que se la daba de *Rosa del Profeta y hermana de las Houris* (*). Conociendo su padre la situación tan embarazosa en que se encontraba , la hizo seña de que volviese á dejar caer el velo , y la permitió retirarse.

Luego que salió la Princesa dijo Afdal á su padre : “señor ¡feliz aquel que sea dueño de tantas gracias ! yo no soy digno de ellas sino por mi nacimiento y la admiración que me inspiran : no soy Selim como pensais , sino Afdal , hijo de Saladino , que en ausencia de aquel he tomado el mando del ejército : estoy pronto á tratar con vos

(*) Las *Houris* son unas jóvenes con todas las perfecciones de la belleza , que Mahoma coloca en su paraíso , para recompensar á los buenos musulmanes despues de su muerte , con todos los atractivos y placeres del amor. (*Nota del Traductor.*)

sobre la paz y á pagaros mi rescate: aprovechaos de vuestro primer triunfo, en inteligencia de que no os será fácil conseguir el segundo; pues habeis de saber que Saladino solo os ha opuesto hasta ahora la parte mas débil de sus tropas, y que si os resistis os oprimirá con todo el lleno de su gran poder.”

Orguloso Mahamud con la primera ventaja conseguida, despreció toda proposicion y determinó aprovecharse del triunfo conseguido, confiado en que la ausencia de Selim le aseguraba de la victoria; pero por desgracia se engañó en su cálculo; pues recobrados los soldados de Saladino de su primer terror, se reunieron á la voz del general que les habia dejado Selim, y en este momento fue cuando llegó al campo él mismo. Al verle el ejército resonó su amado nombre por todas las filas reanimando la esperanza y el valor. *Viva Selim-Adhel*; he aquí la exclamacion general: su regreso parecia seguramente un prodigio obrado por el Cielo, en favor del ejército, ardiendo todo él por vengar la afrenta recibida en su primera derrota.

Selim se aprovecha hábilmente de tan noble entusiasmo, y consigue atraer otra

vez la fortuna con la victoria; pero las inmensas pérdidas del ejército durante su ausencia y la superioridad de fuerzas que le opuso el enemigo, no le prometian conseguir tan brillantes triunfos como los primeros. Esto le decidió á concluir con los mogoles una paz, que aunque sin duda fue muy gloriosa, sin embargo no lo fue tanto como lo habria sido á no haber abandonado sus soldados. Los enemigos exigieron un subido rescate por Afdal, y éste quedó lleno de furor por haber sido hecho prisionero á causa de la ausencia de Selim, debiendo su libertad á las victorias de éste; por lo que concibió desde entonces contra él un celoso rencor, del que le dió sobradas pruebas en lo sucesivo.

-Selim llamado por Saladino, volvió á Damasco, en donde le recibió el pueblo con aclamaciones de alegría, conduciéndole en triunfo al palacio del Sultan; mas no bien hubo llegado á él cuando se presenta un Agá, le pide la espada, y le enseña una orden de Saladino, en que le mandaba pasase á las cárceles de la ciudadela y aguardase allí su destino.

Al punto no pudo menos de conocer Selim que habia faltado esencialmente á

sus deberes, abandonando el ejército cabalmente cuando era mas necesaria su presencia para conseguir la victoria, y que á nadie podian atribuirse sino á él los reveses que habia sufrido; pero sin embargo estaba tambien muy penetrado de que Saladino le amaba tiernamente, y de que en él tenia otro Malek-Adhel, y creía que no se comportaría así con él como no hubiese tenido que reconvenirle de otras faltas mas graves; mas ¿qué otro origen ó motivo podia haber para ello sino las revelaciones de Alaziz? Al considerar esto se dió por perdido para con su hermano; pues no dudó de que aquel déspota feroz jamás le perdonaria el haber contravenido por tanto tiempo y con tanto descuido á sus órdenes, en cuanto habia intentado respecto á Matilde; pero por fortuna á Selim le era ya indiferente cualquiera calamidad que le pudiese ocurrir, y se resignó sin murmurar á sufrir todos los castigos que le impusiese Saladino, que tenia tan bien merecidos.

Con efecto, Alaziz no habia manifestado á Selim tanta moderacion, sino porque en aquel acto juzgaba que Matilde habia vuelto á su poder, y se gozaba en

el dolor de Selim por su pérdida , y en el placer anticipado de habérsela arrebatado á su rival ; pero cuando pasado algun tiempo vió su esperanza frustrada , suponiéndose burlado por Selim , dió libre curso á su resentimiento , y sin descubrirse participó á Saladino cuanto aquel le habia confiado.

No quiso Saladino tener á su hermano dudoso de su destino ; pues que mirándole como culpado de alta traicion , le entregó á su consejo para que lo sentenciase á muerte , como lo hizo. Escuchó Selim su sentencia sin dar la mas leve señal de flaqueza y sin inmutársele el rostro ; pues que la vida era ya para él mas pesada que la muerte. Solo el pensar Selim que no podia ya arrancar á Matilde de las manos de Alaziz , era lo único que le hacia hervir la sangre , sumergiéndole en una desesperacion mas cruel que todos los suplicios del universo juntos. Por otro lado, aun cuando hubiese tenido todos los medios necesarios para conseguir su fin , ya no era tiempo de usar de ellos , ni evitar la pérdida de la Princesa , substrayéndola á las violencias de un rival tan cruel como poderoso. ¿Qué atractivos pues podia tener

ya para él la vida? Es verdad que iba á morir en la flor de su vida, y ceñida ya su frente de gloriosos laureles; pero habia perdido á Matilde, estrañándose ademas de la corte de un hermano que siempre le habia amado como á sus propios hijos colmándole de beneficios; y asi le parecia el sepulcro el único asilo que le quedaba contra sus pesares, mirando ya sus últimos momentos de vida como una densa niebla, ó mas bien como el humo que sucede á una brillante llama sobre cenizas todavía calientes. “¡Oh amada Matilde mia, exclamaba en medio de su dolor; sin duda ya no existes!..... y yo debo morir: bendeciré la helada mano de la muerte, puesto que ella debe reunirnos en otra mejor vida que jamás tendrá fin; pero ¿y si acaso fuese cierto que no hubieses vuelto á caer en manos de un tirano detestable, ó aun cuando hayas caido, el Todopoderoso, protector de la inocencia, sostiene tu debilidad!..... Quiero probar por si esto fuese cierto el serte todavía útil, y que mis últimos momentos sean un tributo debido á nuestro amor.”

Enagenado con esta idea toma Selim la pluma y dirige á su hermano la carta siguiente:

SOBERANO DUEÑO DE LOS CREYENTES.

“ Me habeis condenado , aunque sir oirme : no obstante he merecido mi suerte , y por lo mismo no pretendo aplacar vuestra justicia ; pero pues que me encuentro ya próximo á sufrir una muerte , que siento no haber hallado en los combates , vertiendo mi sangre por vos : permitidme , querido hermano , si aun me es lícito honrarme con este nombre , que conociéndome como me conozco indigno de cuanto en el curso de mi vida habeis hecho por mí , cuidándome en mi infancia y sacándome de la obscuridad á que sin duda estaba destinado para siempre , os dé las gracias por el desvelo con que despues habeis cuidado de mi juventud , y por todos los bienes y favores que me habeis prodigado y á que tan mal he correspondido. ¡ Ah ! sin duda hubiera sido siempre acreedor á ellos sin una fatal pasion que , transformándome en otro ser distinto , me ha impelido á ultrajar á mi dueño y bienhechor , y que me olvide hasta de mi propia gloria. Tal vez mis faltas serán excusables para con

aquellos que han visto la encantadora mu-
 ger á cuyo ascendiente no he podido re-
 sistir ; porque ¿ cómo seria posible verla y
 no amarla ? ¿ ni quién podría amarla sin
 consagrarla toda su existencia ? La sangre
 de Malek-Adhel circulaba por mis venas:
 el mismo fuego que á él le abrasó se en-
 cendió en mi corazón , y ha consumido
 todas las pasiones nobles que intentaba opo-
 nerle. Hermano mio , ese ángel no tiene
 culpa alguna de mis desaciertos : lo he sa-
 crificado todo por volar á su auxilio y sal-
 varla de un peligro mayor y mas inmi-
 nente que el de perder la vida : si aun
 existe , espero que yo no sea causa de ar-
 rastrarla al precipicio. Pura como las Houris
 del Profeta ha caído en manos de Alaziz,
 y sin duda vá á perecer , víctima de una
 pasión menospreciada , si vos no la socorreis
 generosamente. Olvide vuestra alma grande
 y clemente los males que esa desgraciada
 Princesa ha atraído á vuestra familia ,
 privándoos de dos hermanos queridos y que
 os amaban como á si mismos , y esperi-
 mente y se convenza de que el Cielo os cons-
 tituyó constante protector de la virtud opri-
 mida. Vuelva á su pátria , é ignore , si es po-
 sible , la suerte del desgraciado Selim. ¡ Ojalá

que vos, hermano y señor mio, podais en medio de las prosperidades de un largo reinado olvidar los errores y debilidades de un hermano á quien, sino le intimida la muerte, siente y llora la pérdida de vuestro afecto y de los vínculos que le han unido á vos desde su infancia."

SELIM-ADHEL.

Concluida esta carta la dirigió Selim á su hermano por medio de los guardias que le custodiaban, y se resignó tranquilo á esperar la muerte. La noche precedente al dia en que debia sufrirla oyó abrirse la puerta de su prision; y creyendo que su hora era llegada, alzó su abatida frente como para despedirse de Matilde; mas ¡cuál fue su sorpresa y su consuelo cuando en vez de ver al verdugo reconoce á su amigo Cefali, á aquel amigo fiel que jamás esperaba ya ver, y que acaso le traia nuevas del objeto de sus penas! "¡Amigo querido! exclamó abrazándole: la muerte me aguarda; pero ya muero menos infeliz; pues que puedo aun abrazarte y darte gracias

por tantos desvelos como te ha merecido la muger á quien tanto amo. Háblame pues, ¿nada has vuelto á saber de ella? -- Señor, respondió Cefali, dando un profundo suspiro: solo puedo daros noticias tristes, á saber: Matilde no existe ya..... trataba de ocultarlo; pero he juzgado que os seria menos doloroso el saber su naufragio y muerte que la sola idea de que se hallase en poder de Alaziz. -- ¡Matilde no existe!..... ¡Dios mio!..... el desventurado Selim volvió á caer en su lecho privado de todos sus sentidos; pero recobrando á muy breve rato todo su valor. " Sí, exclamó, prefiero mil veces que descanse en la paz del sepulcro que el que se hallase espuesta á los ultrages de un bárbaro..... Ahora todo se ha acabado para mí: caiga ya el rayo sobre mi cabeza: venga la muerte: mi alma y mi conciencia, puras como los primeros rayos de la aurora, no la temen: nada me une ya al mundo, y moriré sin pesadumbre; mas Cefali acaba, ¿qué golpe funesto me ha arrebatado á mi Matilde? ¿á quién debo acusar de su muerte?-- Unos espías de Alaziz, responde Cefali, habian logrado robarla de una caravanera próxima á Damieta, situada á orillas de

la mar, y embarcándose con ella la llevaban á su perseguidor, cuando una borrasca sumergió el esquiife en que iban y perecieron todos. -- ¡Oh Matilde! ¿por qué no me hallé yo allí para salvarte ó perecer contigo en las olas? Entrelazados mis brazos con los tuyos, un solo momento habria sido el último para los dos, y nuestros corazones hubieran dejado de latir unidos; y pronunciando tiernas espresiones de cariño hubiéramos traspasado juntos las barreras de la muerte..... Pero ya que no tengo este consuelo, tengo al menos el de haberte sobrevivido pocos dias, y que ceso de gemir, pues que no tengo que hacerlo por tí. -- Señor, replica Cefali: todavía no está todo perdido, y de vos solo depende el substraeros á la muerte.-- ¿Qué decis?..... ¿Mas qué me importa si ya no existe aquella por quien yo vivia? -- Reflexionad Príncipe que Saladino es mas temido que amado: vuestro valor, vuestras heróicas acciones, vuestras desventuras y la misma semejanza que teneis con Malek-Adhel os han grangeado el amor del pueblo y del ejército que os idolatra: tengo reunido un suficiente número de amigos que os aguardan para tremolar el estandarte á vuestro

favor: decidios señor: yo os respondo del feliz éxito: Saladino vá á caer del s6lio, y vos subis á ocuparle. -- Oye, Cefali, contestó el guerrero levantándose con aire magestuoso, y poniendo su mano sobre su corazon: ¿conoces bien á Selim? -- Pero señor..... -- Sabe pues que este pecho jamás ha cubierto el corazon de un traidor: podrá herirme el hierro de la muerte; pero no hará que sea infiel á Saladino, aunque se me ofreciese el trono de todo el Universo. -- Atended á que solo os queda un instante y..... -- Pues en ese instante quiero hallarme lo mismo que he sido toda mi vida. Te pido Cefali que no me hables de este particular; pues no te perdonaré segunda vez el haberme hecho la injuria de creer que pueda faltar al honor, dudando de quien soy." Lleno Cefali de admiracion y persuadido de que serian inútiles todos sus esfuerzos para vencer una firmeza que era característica en Selim, se retiró despues de haberse despedido de éste tiernamente dándole el último abrazo.

Á poco rato vino á buscar al Príncipe un grueso destacamento de los guardias del Sultán para conducirle al cadalso,

y Selim le siguió pensando lo que quería decir al pueblo para exhortarle á que á imitacion suya jamás olvidase los intereses de la patria y la obediencia al Soberano; pero ¡oh prodigio! en el momento en que al salir de las lóbregas bóvedas de Palacio creyó hallarse en la plaza pública, una puerta se abre, y se halla Selim en el salon de audiencia de Saladino, que sentado en un trono de oro y piedras preciosas, le aguardaba rodeado de todos los principales gefes y grandeza del Imperio.

“Selim, le dice el Sultan al punto que le vió: me habias ofendido olvidando mis mas caros intereses, los de mis pueblos y tu propia gloria: debia castigarte, y lo hubieras sido; pero hoy mismo he sabido que con la mayor constancia y virtud has despreciado promesas que sin duda habrian hecho vacilar á otro que no fuese el noble hermano del heróico Malek-Adhel, el fiel Selim: esta magnánima accion me ha dado á conocer que arde siempre la noble llama del honor en tu corazon y el amor y fidelidad á mi persona y autoridad: por lo tanto, te perdono tus extravíos, propios de tu juventud: ven á mis brazos: vuelve de nuevo á ser mi hermano, á recobrar el

lugar que ocupabas en mi corazón, y á mostrarte cada vez mas digno de mandar las tropas mas escogidas de mi ejército." Dice Saladino y abre los brazos á Selim, que enagenado se arroja en ellos: ambos derraman lágrimas de ternura, y ambos merecen que las viertan cuantos los ven, y el aplauso universal.

Una cosa estoy viendo que mis lectores estrañan en este momento, á saber: ¿por qué se verificó en el corazón de Saladino tan repentina y favorable mutacion á favor de Selim? ¿Será quizá la última carta que este le dirigió la que la produjo? No señor: antes por el contrario; pues aunque enterneció algun tanto al Sultan, no pudo vencer la firmeza de su carácter, que hacia no se dejase persuadir tan facilmente. Sepa pues el lector que quien obró este prodigio fue la amistad, que supo manejar otros resortes en favor de Selim. Ya hemos visto lo que pasó en la prision entre este y Cefali; pues ahora es de saberse que desesperado este fiel amigo de no haber podido salvar al Príncipe, resolvió sacrificar su vida, si fuese necesario, en su obsequio y para conseguir su intento; y pe-

netrado como por otra parte se hallaba de la magnánima generosidad de Saladino, y que sabia apreciar los rasgos de generosidad y de valor, no titubeó en ir á echarse á sus pies y declararle francamente lo que acababa de pasar en la prision: la repulsa de Selim á sus proposiciones, y la indignacion que habia mostrado al escucharlas en boca de Cefali; y en efecto el Sultan al oír esta narracion no pudo menos de dejar escapar una lágrima involuntaria de sorpresa y admiracion, convirtiéndose en favor de Selim toda la nobleza de su alma. “¡ Por el Profeta! exclamó, ¡ que en su lugar tal vez yo no habria hecho otro tanto! Su generosidad merece que yo la pague con otra igual. Retírate Cefali, dijo, tocándole con el cetro en señal de perdon: te perdono la criminal audacia, el delito horrendo en que has incurrido por el placer que me haces experimentar: Selim estaba ya absuelto en mi corazon: solo el deber me tenia indeciso, y tú has decidido de mi resolucion.”

Luego que Saladino acabó de pronunciar estas palabras ordenó los preparativos para la ceremonia referida; y el pueblo y

el ejército al punto que supieron este suceso en sus aclamaciones manifestaron el delirio de la alegría, adquiriendo la clemencia del Soldan un título eterno á la gratitud de sus súbditos.



**LIBRO NOVENO.**

Entretanto ocurría lo que acabamos de referir en la corte de Saladino, la Princesa de Inglaterra embarcada en un ligero esquife por sus raptores, despues de haber perdido de vista el puerto de Damietta se aproximaba al Cayro, cuando se divisó en el horizonte una nubecilla semejante á un punto negro, siempre precursora de las borrascas. Esta nube se engruesa y dilata de un momento á otro: principia un furioso huracan mezclado de granizo: relámpagos brillantes surcan la negra atmósfera: el mar deja oír un sordo ruido al que se mezcla el estampido del trueno: las espumosas olas bambolean la navecilla, que impelida por el furioso viento vuela con la rapidez del ave que gira en medio de las tempestades: el mar cubre ya el cielo y la tierra con sus oscuras olas, y parece oírse un lúgubre grito entre los silvidos de los vientos. Elevado el esquife sucesivamen-

te por aquellas hasta las nubes y sumergido hasta la profundidad del abismo, anunciaba la muerte á los marineros: el piloto lleno de pavor, deslumbrado y sin fuerzas, abandona el timon y se postra en actitud de orar; y la tripulacion toda hace otro tanto, dejándose ver la palidez de la muerte y del terror en todos los rostros vueltos al Cielo fervorosamente. Solo Matilde llena de fortaleza con su inocencia aguarda su último instante sin estremecerse, y lejos de acusar á los elementos da gracias á Dios de que la liberte por este medio del feroz Alaziz. ¡Oh Religion Sacrosanta, hija del Cielo, cadena misteriosa que unes á todos los seres sensibles con el Padre celestial, proporcionándoles un apoyo aun en las circunstancias mas apuradas! Tú eras la única que en aquel terrible momento sostenias á Matilde que vacilaba al borde de la eternidad; tú eras la que poniendo sobre su cabeza tu corona de vida ocultabas á sus ojos los abismos de la muerte, haciéndola que arrostrase con serenidad los baivenes del barco, los estampidos del rayo y el furor de los elementos reunidos, y señalabas á su vista la senda que debia unirla con su Dios por entre las

sombrías vislumbres de tan desecha borrasca.

Los satélites de Alaziz llenos de espanto al aspecto de la muerte inevitable que se presentaba ante sus ojos, se arrojan á los pies de Matilde y la suplican implorare por ellos la clemencia del Cielo, prometiéndola que la dejarían libre si sus ruegos eran oídos. Con efecto, la Princesa alzó los ojos y los brazos al Cielo, y oró por aquellos infelices instrumentos de un malvado; pero ya fuese que la mano del Omnipotente quisiese castigarlos, ó ya que la súplica no fuese hecha con todo el fervor piadoso de un corazón cristiano, contrito y arrepentido, sino por el interés de librarse de la muerte ó de la persecucion que la esperaba por parte de Alaziz; el esquife choca contra las rocas: se hace mil pedazos, y las olas arrojan á Matilde moribunda sobre las playas de la isla de Chipre.

A la sazón reinaba allí Lusiñan, por haberle cedido aquella isla Ricardo, rey de Inglaterra, al dejar la Tierra-santa para restituirse á su reyno. Decaido el ex-Monarca de Jerusalem de su primitiva grandeza, procuraba sobrellevar la pérdida de la Palestina y la de Matilde, cuyo corazón

disputó por tan largo tiempo á Malek-Adhel. Despojado de su trono, debia bastar á su ambicion el que por una gracia particular de Ricardo poseía ; pero no se creia seguro en él, y por otra parte el ardor de su corazon ambicioso y vengativo llamaba siempre su atencion á aquel que perdió, y hacía que despreciase cualquiera otro.

Ya habian transcurrido cerca de tres años desde aquel singular combate en que el auxilio de un cobarde asesino proporcionó á Lusiñan el deshacerse de un rival generoso que acababa de concederle la vida; lo que sin embargo no pudo impedir que el invicto Malek-Adhel muriese esposo de Matilde. Desde aquella época, como se deja conocer, habia perdido Lusiñan la estimacion de aquella Princesa y cuantos derechos hubiera tal vez podido pretender á su corazon: ya no escitaba su memoria otra cosa que el pesar de una pasion desgraciada, y los remordimientos de un crimen, que como una muralla impenetrable le separaba para siempre de ella. Tratando de disipar el dolor que experimentaba al acordarse de su desventurado amor, iba muchas veces á respirar el fresco ambiente de la tarde á una quinta que poseía en el cen-

tro de un ameno bosque; sitio verdaderamente delicioso en otros tiempos, consagrado á Venus por los poetas, y en donde el lujo oriental ostentaba entonces toda su magnificencia, compitiendo en cierto modo con la naturaleza, descubriéndose todavía en medio de un hermoso valle cubierto de flores y arbustos olorosos los restos del suntuoso y célebre templo de aquella Diosa.

La quinta de Lusiñan, tan agradablemente situada, daba por uno de sus costados sobre el mar y junto á una dilatada bahía. El Rey acostumbraba dar algunos paseos por la playa, fijando su vista en el horizonte, creyendo ver aun el navío que conducia á Inglaterra á Ricardo y su esposa Berenguela, cuya despedida le habia hecho derramar muchas lágrimas: otras veces volvía su vista al Oriente: se acordaba de Jerusalem y de sus glorias: creía oír aun á los Cruzados y se le erizaba el cabello cuando se recordaba de su terrible enemigo Malek-Adhel, cuya sombra ensangrentada parecia seguirle á todas partes echándole en cara su perfidia: otras veces le veía dando su mano á Matilde, á quien la unia Guillermo, bendiciendo este

enlace, y reconviniendo á Lusiñan con semblante severo por haber privado á la Cristiandad de un héroe que habria sido el mas firme apoyo de la Religion de Jesucristo, que siempre habria reinado en la Palestina alejando de ella á los infieles y conservando á Jerusalem y demas lugares santos en poder de los cristianos. En fin, Lusiñan, como todos los malvados, padecia todos los horrores de la desesperacion y de los remordimientos tardíos mezclados con una rabia impotente que le hacian insoportable y aun odiosa la vida. Un dia que este malhadado Monarca se paseaba tristemente por las orillas del mar, meditando sobre sus pasadas glorias y en los favores de que en otro tiempo le habia colmado la fortuna, de la que se veia tan abandonado y abatido, y ajados y marchitos aquellos laureles que tantas veces adornaron su altiva frente; volvió, como tenia de costumbre, sus ojos hacia la inmensa playa y descubrió á lo lejos una embarcacion que fluctuaba con las olas impelidas por una horrorosa borrasca; pero en breve la pierde de vista, y no duda que ha sido sepultada en los abismos del mar. Inmediatamente da sus órdenes para que se acuda á

su socorro y se salve la combatida nave, si es posible, ó al menos su tripulacion y gente que conduzca: con efecto, se acudió con la mayor presteza al auxilio de los desgraciados náufragos, de los cuales solo uno pudo salvarse, que fue el que llevó á Damietta la noticia de tan funesto acaecimiento. Registrando cuidadosamente el sitio del naufragio los de la comitiva de Lusiñan hallaron en la playa el cuerpo de una jóven vestida de hombre que no daba ninguna señal de vida; cuyo cuerpo condujeron, y ademas entregaron á su señor un retrato guarnecido de diamantes que la hallaron en un bolsillo, y una cadena de oro que pendia de su cuello. Lusiñan, sorprendido á vista de una alhaja que indicaba ser persona de alta gerarquía su poseedora, examina el retrato con atencion y percibe desde luego unas facciones que le sumergen en la mayor confusion: estas facciones eran las de Malek-Adhel. Lusiñan suponía á Matilde encerrada en el convento del Carmelo, y así no podia imaginarse fuese la jóven que la tempestad y el naufragio ponian en sus manos; pero habiéndole insinuado uno de los que le acompañaban y había conducido á la jóven que

á pesar de la palidez de la muerte que cubria el rostro de aquella muger se percibia una hermosura perfecta, corre adonde la habian depositado, que era en su palacio, y á la primera ojeada reconoce á Matilde. "Salvadla, esclama, salvadla y todos mis tesoros son vuestros." Al punto se buscan los mas hábiles facultativos: vienen, y á fuerza de diligencias y de medicinas vuelve á palpar el corazon de Matilde y á reanimarse su semblante. ¡Con qué interés observa Lusiñan en este momento en los rasgos de aquella tan interesante fisonomía todos los progresos de su restitution á la vida! ¡Qué placer experimenta al verla recobrar el suave calor que la anima, comenzando á existir nuevamente aquella belleza celestial, cuya primera mirada, envuelta aun en las sombras de la muerte, habia vuelto otra vez á decidir de su destino encendiendo nuevamente con mas ardor la mal estinguida llama que devoró su corazon en otro tiempo! Con el mismo entusiasmo vió sin duda el dichoso Pigmaleon (*) animarse con el soplo de la

(*) Pigmaleon fue un hábil escultor, á quien los desórdenes que notaba en las jóvenes

vida y palpar el corazón de la estatua de Galatea. Y sin embargo, ¿qué esperaba Lusiñan de Matilde sino que le mirase con desprecio y aversión? Demasiado bien lo conocia; y por lo mismo despues que se aseguró de que vivia, la confió á unas mugeres de cuya inteligencia y fidelidad estaba bien penetrado, ordenándolas ocultasen su nombre á la Princesa y el pais en donde se hallaba: ademas hizo se vistiesen el traje musulman para darla á entender que habia sido arrojada por la tempestad á las costas de Siria, y que se la habia restituido á la vida por el cuidado y

de Amatonta en Chipre le inspiraron un horror tal á las mugeres, que resolvió no unirse jamás á ninguna; supliendo esta falta con una estatua que fabricó con todos los atractivos y perfecciones de la hermosura. Esta estatua era de mármol: al verla tan perfecta se enamoró de ella y sintió no estuviese animada; por fortuna Venus, á quien Pigmaleon dirigió sus súplicas, las oyó, y ablandando el mármol le animó, es decir, dió vida á la estatua. Entonces Pigmaleon se casó con esta muger, de un origen tan diverso de las otras, y de ella tuvo á *Pafus*, que fue el fundador de la ciudad de Pafos.

(Nota del Traductor.)

desvelos del dueño de aquel palacio que no exigiria de ella mas condescendencia que la de no salir de los límites de sus dominios; con la promesa de conducirla inmediatamente al parage que quisiese habitar.

Matilde no volvió totalmente en sí del letargo en que se hallaba hasta el dia siguiente por la mañana; y al recobrar el uso habitual de sus ideas, recordando la horrible escena del dia anterior en que el mar se la habia tragado, creyó que renacia en aquel mundo que la Religion promete á los fieles y por el cual habia siempre suspirado: mil objetos concurrían á mantenerla en esta ilusion, pues cuanto podia lisonjear los sentidos, hablar á la imaginacion y representar á su vista una existencia celestial, todo se hallaba reunido en el sitio en que volvió en sí. Los sonidos de una música armoniosa que heria sus oídos la parecia salian del coro de los ángeles, que con sus harpas de oro entonaban las alabanzas del Criador: las ventanas del gabinete abiertas ofrecían á su vista campiñas adornadas por los agradables matices de la Aurora y de una primavera eterna: colinas esmaltadas de flo-

res y arbustos de un verdor sumamente hermoso coronaban una bahía inmensa en que los blandos céfiros habían reemplazado á las borrascas, y esparcían sus aromas embalsamando la atmósfera. Jóvenes pastoras, vestidas á la griega, coronadas sus frentes de rosas de concierto con una multitud de cantores pajarillos festejaban al parecer la venida de aquel bellissimo dia en los climas mas favorecidos del cielo, y bailaban con los zagales sobre la verde yerba, figurando en sus juegos las dichas sombras de los campos eliseos: el naranjo, el limonero, el catalpa; en fin toda la pompa y belleza vegetal de ambos mundos embellecían aquella isla encantadora, y recordaban que en otro tiempo fue consagrada á la diosa de la hermosura y madre de los amores. ¿Quién en vista de todo esto no se engañaría como Matilde? Allí se veían los frescos y frondosos bosques en donde las mas bellas ninfas de la Grecia concurrían á celebrar sus misterios de todas partes: los templos de Pafos (2) y Amatunta, en que por decirlo así, se siente todavía la presencia de la Divinidad se veían allí: las aguas cristalinas de sus arroyos murmuran aun los nombres

de Adonis (*) y Citerea (**); parecen oirse mil suspiros que salen de lo mas profundo de las selvas, y la dulce languidez que en aquellos deliciosos parages se adquiere, prueba que la voluptuosidad ha conservado en ellos su amable imperio. ¡Salve, oh tierra antigua de las mas risueñas ilusiones que ha producido el genio del hombre y que aun parece las produce en tu rejuvenecido seno! ¡Salve, fecundo origen de las maravillas de la naturaleza y eterno asiento de los placeres! los siglos que destruyen los imperios y trastornan el mundo han respetado tu antigua belleza y no han podido arrancarte un solo arbusto aromático de los

(*) Adonis fue un cazador muy bello, amante de Venus. Marte otro de ellos, celoso é irritado de que Adonis le hubiese usurpado el amor de esta diosa, suscitó contra él un javalí á quien persiguió é hirió Adonis con un dardo; pero sin embargo el furioso animal se arrojó sobre él y le quitó la vida. Desesperada Venus al ver el ensangrentado cadáver de su querido, sintió ser inmortal por no poder seguirle al sepulcro; pero al fin se consoló convirtiendo el cuerpo de Adonis en la flor llamada *Anémone*.
(Nota del Traductor.)

(**) Aquí se toma por el nombre de Venus.

que te cubren, ni una flor de tus pensiles! Ilustre hija de los mares, ostenta siempre en ellos el rico adorno de tus riveras, de modo que encantado el navegante diga al ver surcar las ondas tus bellas ninfas en una ligera navecilla: "si, esta es la concha de Venus: la deidad vuelve á presentarse en ella y las gracias forman su corte: su vestido ha variado de forma; pero sus atractivos son los mismos, é inspiran el mismo amor."

"¡En dónde me hallo! exclamó Matilde, mirando en derredor con asombrados ojos, ¿no es el que oigo el coro de los ángeles? ayer dejé la vida mortal: sí, no es un sueño: el mar me tragó, y en el momento de espirar encomendé mi alma al Ser supremo: me hallé en el fondo del abismo y ahora me hallo en el Paraiso..... ¡Qué aire tan suave y perfumado! ¡Cuánto mas bella es aquí la naturaleza que en la tierra! ¡Y qué idea tan imperfecta me formaba yo de esta morada celestial! Recibidme Dios mio: vuestra soberana presencia me restituye la paz que habia perdido, y esta mansion de delicias llena mis sentidos y penetra mi alma del mas puro placer: aquí me hallo al fin al abrigo

de las pasiones, y voy á reunirme con los objetos de mi mayor afecto y á gozar de una nueva vida..... ¡Cuán largo se me hace el tiempo que tardo en verlos! ¡Oh Dios á quien debo tan dulce esperanza! adelantadme este feliz momento, y gocemos todos en tí la verdadera y suprema felicidad..... Pero ¿cómo se ha verificado tan extraño tránsito? Creía yo que al morir solo el alma era llamada á esta morada divina, y sin embargo me creo resucitada también en el cuerpo..... ¡Ah yo suspiro!..... ¿He conservado acaso alguna cosa terrena? ¿Podrán ser aquí conocidos los suspiros y pesares?"

En estas reflexiones, hijas de la turbacion y enagenamiento en que se hallaba Matilde creyéndose muerta y resucitada en el Paraiso, abrió la Princesa la puerta para cerciorarse de la libertad de que gozaba, y conocer el nuevo mundo en que se figuraba haber entrado; cual se nos pinta á Eva nuestra primera madre, al despertar en la mañana de la vida, ensayándose en el goce de cuantos objetos fijaban su atencion. Procuraba pues Matilde reconocer cuál eran las felices sombras que vagaban á lo lejos en las márgenes de la

había ó en las selvas que la rodeaban, y su sencillo é inquieto corazón suspiraba porque no encontraba aquella por quien había sufrido tantas penas, temblando al mismo tiempo de hallarla, cuando vió que se adelantaba hácia ella, saliendo de lo interior de aquellos bosques un guerrero de alta estatura, bajada la visera, y cuyo trage anunciaba un sectario de Mahoma: la Princesa se estremece á su vista, y su corazón palpita con violencia de amor y de terror á un tiempo. ¿Sería Malek-Adhel? ¿Qué otro sino él podía esperarla y buscarla en aquel sitio? ¿Podía acaso ignorar que le había sido infiel reemplazando un segundo amor al que ella le juró tan repetidas veces? En vano una fatal semejanza parecía no haber hecho mas que reproducir la misma llama: en vano creía no amar en Selim mas que á Malek-Adhel: su hermosa frente, á la vista del guerrero, que creyó ser éste, se cubrió de un súbito rubor: los remordimientos renacieron en su corazón: el Paraíso desapareció á sus ojos. “Señora, la dijo el desconocido, dirigiéndola la palabra con voz al parecer fingida y en lengua árabe, que Matilde sabía perfectamente: ¿me permitereis venga á sa-

ber de vos, á enterarme de si vuestra salud no se resiente ya del pasado naufragio, y si echais aquí de menos alguna cosa?"

Matilde al oír aquella voz que no era estraña á sus oídos, pero que sin embargo no acababa de reconocer, se desengañó en el momento de lo que pensaba acerca del caballero encubierto, concibiendo en cierto modo un cruel presentimiento que la afligió en extremo; á saber: que se hallaba en presencia de su mas cruel perseguidor. "Dignaos, señor, le contestó la Princesa, permitirme igualmente que os pregunte ¿en qué region me encuentro, y á quien debo mi salvacion del peligro en que me he visto? Entregada á las olas por la tempestad, creia haber sido su víctima y renacer en un mundo mas feliz; y aun cuando tantas bellezas como me rodean podrian conservarme en tan dulce ilusion, veo que por desgracia me hallo todavía en la tierra y que no se han acabado mis padecimientos.-- Señora, replica el caballero, hubiera querido con toda mi alma prolongar vuestro error, pues que sin duda estais destinada al Cielo y para hacer la felicidad del mor-

tal á quien ameis ; pero aunque permanezcais todavía en la tierra podreis encontrar la ventura , ó cuando menos el reposo en esta parte de la Siria en que mando , donde todos os obedecerán. -- Si es cierto que me hallo en Siria , solo tengo , señor , que pedir os una gracia , á saber : que me restituyais al convento del Carmelo , del que me han arrancado circunstancias bien tristes , cuya narracion seria larga , fastidiosa y difícil de hacerse ; y allí solamente puedo alcanzar la tranquilidad que parece huir de mí. -- ¿Y qué causa puede impedir os que la alcanceis aquí? ¿Por qué quereis sepultar en la oscuridad las gracias que deben ser el mas bello ornato de la sociedad , y someter á vuestro imperio todos los corazones? -- ¡Ah señor ! he conocido demasiado el trato engañoso que se llama *mundo* , y solo he experimentado en él sinsabores y amarguras , al paso que en las soledades sagradas solo se ofrece la ausencia de los placeres y el vacío de la vida , el alma se sobrepone á las pasiones que la atormentan , cuando en el mundo todo la abate hácia la tierra y la entrega á locos errores. -- ¡Ah señora ! la replicó el incógnito sonriéndose , si pen-

sasen así todas las personas de vuestra edad, aspirando á una perfeccion que no es dada á todos ¿qué seria del mundo? pero ya que tan preocupada os hallais con esa eleccion, descansad por algun tiempo en estos tranquilos sitios antes de sacrificar á ella vuestra lozana juventud: en ellos nadie perturbará vuestra soledad; y yo mismo no exigiré de vos otra gracia que la de que me permitais venir de cuando en cuando á gozar de vuestra compañía: despues podreis disponer libremente de vuestro destino.”

El tono imperioso y al mismo tiempo urbano y político con que pronunció estas últimas palabras Lusiñan (que era el incógnito), dió á conocer á Matilde que mas bien que pedirla una gracia la dictaba una órden, y que debia resignarse con su suerte, procurando sacar el mejor partido posible de ella.

Lusiñan por otro lado martirizaba su artificioso ingenio procurando hallar en él los medios de manifestarse á Matilde y hacerla tolerable su presencia; pues se habia vuelto á encender todo el furor de su antigua pasion mal apagada al considerarla mas hermosa que nunca, y libre,

bajo todos aspectos de disponer de su persona ; pero temblaba al pensar que no podría oír su nombre , ó reconocerle sin llenarse de espanto y mirarle con un eterno horror. “¡Oh qué rabia ! ¡oh qué tormento !” exclamaba arrebatado , arrojando terribles miradas á todas partes , haciéndole aquellos deliciosos sitios los mas áridos é intolerables el sentimiento de sus penas : Matilde se halla en mi poder : la adoro : puede libremente declararse mia : la he salvado de la muerte : ¿y para qué me sirve todo esto ? Para redoblar mi perpetua desventura , pues que no me es dado descubrirme á ella , ni mostrarla mi despedazado corazón sin llenarla de espanto. El suyo me ha cerrado la entrada para siempre : su esposo me persigue desde el sepulcro , interponiéndose como una furia sedienta de venganza entre ella y yo. Pues que no me queda ya recurso , vayan fuera las contemplaciones : inspírame amor despreciado : dáme todos tus furores. ¡Tiemble Matilde á solo mi nombre , y arrastrándola el terror al altar mè pague tres años de tormentos !..... Pero ¿cómo podré ser tan bárbaro con un ángel de virtud y de belleza ? ¿Cómo en la persona de su hermana me

atreveré á ofender á un Monarca á quien debo la corona que me queda y lo que todavía soy? ¡Oh Dios! ¿No me concedisteis la gracia de salvarla de la muerte sino para sumergirme de nuevo en un abismo de males de que apenas habia salido?"

En fin despues de haber fluctuado Lusiñan entre diversas opiniones sin adherirse á ninguna , resolvió ganar tiempo y valerse de un medio , cuyo ascendiente sobre los corazones sencillos y tímidos conocia. Habia tomado sus precauciones con tanta sagacidad , que hacía ya dos meses que Matilde habitaba en su Palacio , y aun ignoraba el nombre de su dueño y el sitio en que se encontraba. Para evitar toda sospecha se abstenia de verla , haciéndolo solo de muy tarde en tarde , y siempre con la visera calada , pretestando ocultar una herida que le desfiguraba y cierto voto que habia hecho de no descubrirse jamás hasta que se hallase enteramente curado ; pero no obstante cuanto mas veia á Matilde , tanto mas conocia aumentarse su pasion , exasperándole los obstáculos que se le oponian. Cada vez que la Princesa le suplicaba que la enviase al Monte Carmelo , se mostraba como indiferente haciéndose el desentendi-

do, hallando siempre motivos para no acceder á su ruego ó para dilatar su deseo. Contemplándose feliz en verla y tenerla en su poder, procuraba prolongar su dicha sin aspirar á mas temiendo perderla. Además le parecia que acostumbrada á vivir en su compañía, la seria menos doloroso el instante en que se descubriese y le reconociese, y que el amor tan respetuoso que encubierto con el velo del incógnito la manifestaba, la familiarizaria con su lenguaje. Al fin, no hallando ya motivo alguno decoroso que oponerla, y pensando que solo la voz de la fé podria influir eficazmente á su favor en aquel espíritu tímido y religioso, empenó al obispo de Nicosia (4), capital de sus estados, y muy afecto á su persona, para que favoreciese sus deseos, empleando cuantos medios estuviesen á su alcance para persuadir á Matilde que accediese á ser su esposa. El Obispo pensó deber coadyuvar los designios del Rey favoreciendo un enlace á su parecer útil á la Religion, pues que debia autorizar mas y mas á Ricardo para emprender una nueva Cruzada, en cuyo caso la reconquista de Jerusalem habria sido elegir el trono que debia ocupar su hermana; y así no ti-

tubeó en prestarse á ver á Matilde y hablarla del asunto.

Así dispuestas las cosas, Lusiñan anunció á la Princesa la visita del Obispo como de un prelado condecorado con las primeras dignidades de la Iglesia, encargado por el Sumo Pontífice de la direccion de la de Siria y Palestina, y comisionado por él para reanimar el abatido valor de los fieles, noticiándoles la nueva Cruzada que se estaba preparando en Europa en su auxilio. En efecto, todas estas particularidades eran ciertas; pues que toda la Alemania se ponía de nuevo en movimiento para reconquistar el Santo Sepulcro, atravesando ya los mares sus ejércitos. Matilde al oír este anuncio de Lusiñan, se sintió penetrada de alegría, no tan solo por los esfuerzos que hacia la Europa en favor de la Cristiandad, sino tambien por la esperanza que concebía de que variase su suerte; pues cualesquiera que fuesen las atenciones respetuosas que con ella tuviese Lusiñan, al fin se veía privada de su libertad, y en poder de un hombre cuyo misterioso proceder daba márgen á formar sospechas; á lo que ademas se agregaba que aunque aquel Príncipe artificioso no habia omitido

medio alguno para que ella se equivocase ó desconociese su persona, experimentaba un cierto presentimiento secreto que la atemorizaba é impelia á que se alejase de él. Por otro lado, temblaba tambien de que el amor que hasta entonces habia sido el origen y causa de todos sus padecimientos, no la preparase otros nuevos, haciéndola hallar en el desconocido Príncipe otro Alaziz decidido á retenerla en una perpetua esclavitud. Se lisonjaba de que por la mediacion del Obispo lograria el permiso de restituirse al Monte Carmelo, ó á Tiro, bajo la proteccion del de aquella ciudad, y no dudaba de que manifestando al respetable prelado su nombre y nacimiento (el que habia ocultado hasta entonces cuidadosamente) no perdonaria diligencia para romper sus cadenas. Pero al mismo tiempo pensaba tambien Matilde que restituida al Carmelo, se sepultaba viva en aquel cláustro, donde volveria á consagrar á Dios sus dias tan agitados con tantas tempestades; y aunque de esto se regocijaba, sin embargo madura ya con la reflexion y la esperiencia, y desengañada con las sabias lecciones de Nuredino en la Pirámide, no podia tampoco dejar de oir, con mayor placer aun, la voz

de un corazón sensible que la ofrecía otro destino, y la hacía mirar á Selim digno de volver á Dios por sus virtudes, y de ella por la delicadeza y constancia de sus sentimientos. Pensando en esto daba profundos suspiros, que Lusiñan atribuía á su piedad: la amable imagen de Selim seguía á Matilde por todas partes en aquellos deliciosos sitios, en donde todo parece hablar á un alma tierna, y todo la sumerge en sueños engañosos, pero seductores; en relámpagos de felicidad que serpentean á lo lejos en la senda de la vida, meciéndola con esperanzas. Se la ponía delante aquella imagen en los bosques de mirto, y naranjos que hermozeaban cristalinos arroyuelos, cuyo dulce susurro, confundiéndose con el del fresco céfiro, formaba una especie de lenguaje melancólico muy acorde con el sentimiento de Matilde, y que parecía alternar con sus lágrimas y suspiros. Su piedad siempre pura había adquirido un carácter más tierno, el cual comunicaba á toda la naturaleza. En Dios veía un Padre que la prescribía buscarse su felicidad en las virtudes y la paz del alma como el principal de sus beneficios, recobrando un nuevo aliento con la idea de no tener que luchar

sino con los sucesos humanos. ¡Oh qué encanto tan consolador derrama en toda la existencia semejante piedad!

De todo necesitaba Matilde para resistir al asalto que iba á sufrir del obispo de Nicosia, ó á los nuevos infortunios que la esperaban. Aquel prelado, llevado de su buena fé, iba á presentarla su enlace con Lusignan como una orden del Cielo. Por lo tanto á su venerable aspecto, Matilde creyó hallarse en medio de los fieles, y al pié de los altares, donde habia pasado la mayor parte de su vida dedicada á ejercicios de piedad. Al presentarse el Obispo, la Princesa penetrada de un santo respeto, se arroja á sus pies, bañándolos con su llanto, y eleva hácia él sus trémulas manos en ademán de suplicar al salvador que aguardaba. El prelado al verla en esta postura, la dice: "levantáos, hija mia; no os allijais: vengo á participar de vuestras penas y á traer los consuelos de la Religion, mostrándoos que sois acreedora á ellos. -- Bien los necesito, padre mio, responde Matilde; y no dudo mereceré vuestra indulgencia y compasion luego que sepais mi desgraciada suerte, declarándoos quien soy. -- Lo sé, hija mia, repuso el prelado con gravedad á la asom-

brada Matilde (que no podia concebir como el Obispo habia adquirido tales noticias); lo sé, y toda la historia de vuestras desgracias. ¡Ah Princesa cuántos pesares os habríais ahorrado si hubieseis resistido á una ciega pasion, y dócil á la voz de vuestro hermano y al dictámen de los obispos os hubieseis unido en matrimonio con Lusignan, monarca de Jerusalem, y apoyo el mas firme de la Cristiandad! -- Largo y muy doloroso seria para mí, señor, el referiros por menor los motivos de aversion que me asistieron, y aun en el dia me asisten, contra el ex-rey de Jerusalem, y mi inclinacion á otro enlace que el suyo; cuya narracion si la hiciese me lisonjeo me tendriais por mas digna de compasion que culpable: por otro lado creí, y aun creo, fuese mas ventajoso á la Cristiandad el hacer de su mas temible enemigo un defensor de ella; y la conversion de mi esposo Malek-Adhel me ha disculpado sin duda para con el Cielo. -- ¡Ah señora! la conversion de Malek-Adhel ninguna ventaja ha producido á nuestros hermanos, y el Cielo no podia bendecir tal union. La santa ciudad gime mas que nunca bajo el yugo de la esclavitud: la consternacion reina en Judea, y los fieles lloran

nútilmente en derredor del Santo sepulcro, al que apenas se atreven á aproximarse temblando. Los cristianos, esparcidos por toda la Palestina, y la Siria, ya no presentan mas que una sombra de su pasada gloria, y si tan deplorable situacion continúa, aun ésta sombra habrá ya desaparecido..... pero no: el Eterno ha oido los clamores de la Cristiandad: ha levantado de nuevo su brazo vengador: subleva la Europa en auxilio de sus desgraciados hijos, y los ejércitos de Alemania vuelan ya á su socorro (*). Y vos, hija de monarcas cristianos, vos la hermana de uno de los mas ilustres defensores de la fé, destinada sin

(*) Esta fue la penúltima Cruzada que mandaba en persona el Emperador de Alemania Federico I, llamado Barbarroja, que con un grueso ejército pasó efectivamente á Siria; conquistó una porcion de plazas á los Sarracenos, y sin duda se hubiera verificado nuevamente la reconquista de Jerusalem y de toda la Palestina como en la segunda Cruzada, á no haberse bañado en el rio Cidno, como otro Alejandro Magno, de lo cual dicen unos que se ahogó, y otros que contrajo cierta enfermedad que le quitó la vida en 10 de junio de 1190, cerca de Tarso en Cilicia. (*Nota del Traductor.*)

duda para ejemplo de una ardiente piedad, de una adhesion á ella sin límites, y para restaurar en la tierra el imperio de Jesucristo muerto en una cruz por salvar á los hombres, ¿no hareis algo en su nombre y por tan santa causa? ¿Habrà algun sacrificio que os pueda parecer costoso por la gloria de Dios y la libertad de vuestros atribulados hermanos? ¿No os tendreis por feliz si la Religion de Jesucristo vuelve á dominar por vuestro medio en toda la Siria, y á tremolar los estandartes de la fé sobre las murallas de Jerusalem, de aquella ciudad, depósito del sepulcro del Salvador del Mundo? ¿No sois deudora á este Señor del mas dulce de vuestros sentimientos?.....

Matilde sorprendida y enagenada, pero sobre todo confusa por no saber á qué se dirigia respecto de ella este fervoroso discurso, le escuchaba en el mayor silencio; lo cual visto por el prelado alzando la voz, exclamó, llevado al parecer de un santo entusiasmo y estendiendo sus brazos: "muros sagrados de Jerusalem, vosotros á quienes aun santifica la existencia del Sepulcro santo del Redentor ¿no reproducireis otra Esther, otra Judit, prontas á inmolarse por salvar á su pueblo?" -- ¡Ah Señor! interrumpió

ya Matilde como aterrada, ¿podrían acaso dirigirse á mí en alguna manera vuestras espresiones y deseos? En este caso ¿qué podría yo hacer débil criatura estando como estoy gimiendo bajo el peso del infortunio, y que al presente recurro á vos para obtener mi libertad? -- Hija, contesta el Obispo, la mas débil caña en las manos de Dios, se hace la vara fuerte con que hiere y castiga á sus enemigos, y vos me pareceis esta caña elevada á tan alto destino. El Rey de Jerusalem os ama siempre: consentid en uniros con él, y este himeneo, que por tanto tiempo ha deseado vuestro hermano, reanimará el valor de los cristianos y dará al valiente Ricardo nuevos motivos para reconquistar á Jerusalem. ”

Matilde al oír una proposicion que tan distante se hallaba de esperar, quedó tan petrificada y sorprendida como si hubiese caído un rayo á sus pies; pero como ya tenia el don de la esperiencia, de que en otro tiempo carecia, y que las desgracias y perfidias á que tantas veces se habia visto espuesta la habian hecho aprender á desconfiar de todo, volviendo al punto sobre sí “¿qué es lo que me proponéis Señor? dijo

enérgicamente levantándose y dando un paso atrás para tomar la actitud conveniente á la esposa de Malek-Adhel ; Yo unir mi mano con la que está teñida con la sangre de mi esposo ! ; Esta mano que aun en el sepulcro le pertenece ! Jamás : no, no es posible que vos lo hayais pensado ni creído, si sabeis el proceder de Lusignan, ni que este haya osado esperarlo-- Lusignan no mató á vuestro esposo hija mia como tan ligeramente le acusais : peleó con él como guerrero cristiano y noble caballero : uno de los suyos , arrebatado del cielo y temiendo que su Señor pereciese , cometió aquel cobarde asesinato : el Rey de Jerusalem jamas habria sido capaz de semejante bajeza -- La mancha sin embargo recae sobre él , sin que jamás pueda lavarla ; pues que él mismo ordenó á su escudero que asesinase á mi esposo : el remordimiento de la conciencia , que es el tormento mas cruel , el mas horrible verdugo del malvado despues que comete el crimen , obligó á aquel infeliz á confesarlo entre las congojas mas espantosas ; y Lusignan jamás, jamás pudo desmentirlo ¿ Y cuándo este hombre feroz asesina á mi esposo ? cuando éste acababa de perdonar la vida

á su mas terrible enemigo. Mas ¿qué se podia esperar del cobarde que valiéndose de la perfidia, contra todas las leyes del honor y de la guerra habia atraído antes al magnánimo Malek-Adhel á Cesarea, cargándole de cadenas como al mas indigno esclavo, queriendo asesinarle y á mí violentarme; y ya que no pudo hacerlo por la resistencia del virtuoso Guillermo arzobispo de Tiro y de todos los gefes del Ejército cristiano (del que mi hermano Ricardo se hallaba ausente) le remitió con las mismas cadenas á los profundos y lóbregos calabozos de Tolemaida, enviando al mismo tiempo agentes suyos para que sublevasen el Pueblo contra el héroe Malek y pereciese en su prision como se hubiera verificado (quedando de este modo cubierta la perfidia de Lusiñan) si el mismo Guillermo llevado de su caridad y á riesgo de su vida no le hubiese dado libertad? ¿Y quereis Señor que la misma esposa de su víctima participe de su oprobio? Dios mismo, Dios todo justo y lleno de bondad que en el lecho de la muerte me unió á Malek-Adhel pretendeis exija de mí tal sacrificio? -- Si, hija mia, tiene derecho á exigíroslo pudiendo ser útil

á la Iglesia; y cuanto mayor sea de vuestra parte, tanto mas os lo tendrá presente y os será mas meritorio y glorioso. No os engañeis: la verdadera gloria no es la que nos ensalza ó envilece á los ojos del mundo, sino la que nos ilustra á los del Cielo: contrayendo el matrimonio que os propongo, no solamente os desposais con Lusitan, sino con los intereses del Salvador, de aquel Dios á quien os debeis toda -- ¿Y semejante union podria sustraerme á la afrenta de ser la muger del asesino del esposo que eligió mi corazon? ¿Me libertaria de la invencible aversion que le profeso como á mi enemigo y mi perseguidor, cuyo enlace seria para mí un infierno continuo? ¿Él enemigo y perseguidor vuestro! ¿Cuán poco merece semejantes nombres! vos, Matilde, veo os lo representais siempre, segun demostrais, teñido de la sangre de vuestro esposo; ¿pero no ha quedado limpio de esta mancha para con vuestro hermano, que le ha colocado despues en el trono de Chipre? ¿Creeis que hubiera colocado en él á un asesino? -- Le cegó la excesiva amistad que le profesaba y aun le profesará --- ¿Y no os ciegan tambien á vos el amor y el resentimiento? ¿Podeis

llamar persecucion á la ternura con que siempre os ha respetado? ¿Es vuestro enemigo aquel cuyo crimen no es otro que su constancia y el deseo de colocaros en su trono, aquel por cuyos generosos cuidados habeis sido últimamente sacada de las olas y vuelta á la vida? --- ¡Qué! Padre mio! ¿es á Lusiñan á quien debo la vida y en cuyo poder me hallo? ¡Dios mio! ¿me reservabais todavía esta desgracia? --- Hija mia estais en el palacio de Lusiñan, que por un efecto de su delicadeza os ha ocultado hasta ahora su nombre y el parage que habitais. --- Pues que vuelva á recoger sus beneficios y la vida que le debo; mas no espere jamás que la amenaza, la fuerza, ni todo el poder humano, sea capaz de comprometerme á darle mi mano; y vos Señor, Apóstol de Jesucristo é intérprete de la voluntad de un Dios de bondad, si os conmueve mi desgraciada suerte, si os interesa la infeliz hermana de Ricardo, obtened de Lusiñan el que me restituya al monte Carmelo: que la voz de la gratitud le hable en favor de la hermana de su bienhechor; que acabe ya de tenerla aqui prisionera y aproveche la ocasion de manifestarla que aun le queda algun átomo de ge-

nerosidad. -- ¡Princesa! ¿qué es lo que pensais exigir de él! Que os vuelva á enviar á Saladino y á poneros bajo el dominio del azote de la Cristiandad? ¿Conservaría acaso algun respeto hácia vos quien jamás ha tenido consideracion alguna ni aun con su propia sangre, dando de esto ahora una prueba pues acaba de hacer perecer á su hermano Selim-Adhel? -- ¡Qué! Padre mio exclamó Matilde, cubierta de una palidez mortal y oprimida en tal grado que apenas podia respirar, ¿Selim-Adhel ha muerto de orden de Saladino? -- Si: este tirano le ha castigado por haber abandonado el ejército por seguir el objeto de una ciega pasion, malogrando de este modo el fruto de sus victorias... " El Obispo trataba de continuar su relacion; pero Matilde, no pudiendo ya resistir por mas tiempo á las terribles emociones que experimentaba, perdió el uso de sus sentidos y cayó á sus pies desmayada. Apesar de los pronto socorros del arte que se la suministraron, se apoderó de ella una ardiente fiebre y por espacio de muchas semanas luchó entre la vida y la muerte: la triste imágen de Selim, muriendo por ella, se presentaba á su imaginacion en me-

dio de su delirio ; involuntariamente se escapaba este nombre de sus lábios ; y su corazon convertido en blanco de todas las angustias pedia al Cielo la concediese no sobrevivirle.

Sin embargo la juventud de Matilde, su buena constitucion física, y sobre todo las exhortaciones religiosas que tanto ascendiente tenian sobre ella, la arrancaron de las puertas de la muerte ; por otro lado el pensamiento de que la de Selim tal vez podria ser un falso rumor , se presentaba tambien á su imaginacion, aunque como una débil vislumbre de esperanza, coadyuvó á que recobrase la pérdida salud ; y el Obispo de Nicosia que se interesaba vivamente por ella desde que supo sus desgracias, iba frecuentemente á consolarla y animarla.

Juzgando este Prelado que la enfermedad de Matilde provenia de las persecuciones de Lusiñan, habia hecho presente á este la inutilidad de sus esperanzas : los derechos de la Princesa á todas sus atenciones , y de consiguiente logró el permiso de trasladarla á un convento de Carmelitas situado á alguna distancia de Nicosia ; á lo cual habia accedido facilmente Lusiñan

por considerarla perdida para él; pero conservando la intencion de volver á apoderarse de su presa luego que se restableciese.

La mudanza de habitacion y residencia causó á Matilde una verdadera satisfaccion , pareciéndola que al abrigo de los altares se sustraeria al poder de Lusiñan; mas sin embargo la negra melancolía en que la sumergia la pérdida , demasiado verosímil de Selim , y el porvenir que se presentaba á su vista , despojado de toda esperanza , sin duda la habrian vuelto en breve á conducir al sepulcro si el Obispo de Nicosia no la hubiese dado noticias que la reconciliaron con la vida : “Princesa, alegraos la dijo un dia con un semblante en que se veian retratados el gozo y la esperanza : el Cielo se apiada de nuestros males y nos ofrece socorros poderosos : acaba de anclar en la rada de esta isla una flota europea que conduce un grueso ejército de alemanes. Los duques de Sajonia (5) y del Bravante (6) la mandan : no tardarán otros pueblos cristianos en seguir tan heróico ejemplo ; y todo , todo nos presagia el éxito mas feliz. -- ¡ Ah padre mio ! contesta Matilde , ¡ ojalá me engañe ! pero

os confieso que mi alma cerrada á toda esperanza no participa de la vuestra. ¿Harán otros guerreros lo que no ha podido hacer mi hermano? Para vengar la gloria de su nombre ¿necesita Dios del esfuerzo humano, cuando depende de sí mismo, y puede aniquilar el mundo con un soplo? ¿No ha dado á conocer (por sus justos é incomprensible juicios) que no quiere favorecer los esfuerzos de los cristianos en lo inútiles que han sido estos mismos esfuerzos hechos por ellos? Y desde que se hicieron últimamente ¿podrá mirarse una nueva Cruzada sino como un medio de volver á inundar mas de sangre y de lágrimas una Region que los cristianos ya no pueden conservar? -- Hija mia, rectificad ó mas bien reformed vuestras ideas en este punto; los caminos y los designios del Señor no son los nuestros; y cuando no protege los esfuerzos que algunas veces hacemos no es porque no los aprueba, sino porque quiere experimentar nuestras fuerzas y dejarnos el mérito de nuestras acciones. -- Padre mio, no dudo que será segun lo decís; pero permitidme os haga observar que con tales argumentos pueden justificarse toda clase de empresas, y que

la justicia y bondad de Dios protejen igualmente á todos los pueblos del mundo. -- Dejémonos señora de estos inútiles argumentos, que para nada sirven, y lo que sí os diré es que me lisonjeo de que el resultado de esta nueva Cruzada confirmará dentro de poco mis esperanzas. Esta isla quizá no tardará en verse convertida en teatro de la guerra; pues se dice que para quitar á los cristianos este punto de reunion quiere Saladino enviar á Selim-Adhel. -- ¿A quién, padre mio? preguntó Matilde, toda alterada y cubiertas sus mejillas del mas vivo encarnado, creyendo haber oido mal. -- A un héroe que en todo semejante á vuestro esposo llena ya todo el Oriente con la celebridad de su nombre, y á quien el ejército ama tanto como amó á su anterior gefe. -- ¿Pues no me dijísteis, padre mio, que habia perecido Selim de orden de Saladino? -- Es verdad, Princesa; pero seria falso, ó quizá le habrá perdonado el Sultán atendiendo á sus altas prendas, y á que es el único apoyo en que por nuestra desgracia se afirma su imperio..... Pero sin duda que vos le habeis conocido: en este caso decidme, ¿poseía en efecto las heróicas virtudes de su hermano Malek-

Adhel? ¿Y si vive deberemos temer todavía á este héroe en la persona de Selim?" Haciendo estas propuestas, al parecer sencillas, el Prelado observaba á Matilde con ojos perspicaces, procurando leer en su corazon por los movimientos de su rostro; por lo que la Princesa toda turbada solo le contestó: "no me toca señor graduar el mérito de ese guerrero: en el Monte Carmelo me salvó la vida, y quizá esto podria hacer que le juzgase con demasiada indulgencia; pero sin embargo, no puedo menos de decir que creo no haya otro infiel mas digno por su gran corazon, su generosidad y sus virtudes políticas y morales de ser cristiano."

Desde el dia en que pasó esta conversacion fue restableciéndose conocidamente la salud de Matilde, y á muy poco tiempo se halló fuera de peligro: lo que prueba que la fuente ó el manantial de la vida en una muger está en su corazon, centro de todos sus afectos los mas íntimos, y adonde vienen á parar sus penas ó sus placeres, y la diversidad de sentimientos resaltan, si nos es permitido decirlo así, en su semblante, dejando ver en él la hermosura y contento si es una pasion dichosa la

que los inspira, ó el dolor y el abatimiento, cual un lirio ajado por la tempestad si provienen de una pasión desgraciada. Selim vivía: Matilde ya no podía dudarlo, y por lo mismo debía también vivir; pero ¿qué motivo podía haberle obligado á abandonar el ejército á no ser el de salvarla del bárbaro Alaziz? Al pensar en este sacrificio, es decir, en que por hacerlo en su obsequio le había costado la vida, se horrorizaba algún tiempo antes, y no hallaba consuelo; pero ahora vertía solo lágrimas de gozo y de agradecimiento al pintarla su corazón á Selim vivo y dichoso..... ¿Podría serlo sin ella? no, seguramente; su amor sin duda la buscaba: la llamaba sin cesar, y tal vez no había tenido otro objeto al pedir á su hermano que dirigiese sus armas contra Chipre, sino para volar en su socorro y arrancarla del poder de Lusignan. Tales eran las dulces ilusiones con que se alimentaba Matilde, sin discurrir que Selim no podía tener noticia alguna de ella por el excesivo cuidado que Lusignan ponía en evitarlo por todos los medios que estaban á su alcance.

El Convento en que la Princesa moraba se hallaba situado en un delicioso valle,

donde una naturaleza brillante y placentera, lejos de inspirarla melancolía como antes, la alegraba y hacia renacer en su corazón pensamientos de felicidad. Á veces subía á una colina cercana, y estendiendo su vista por la inmensidad del Mediterraneo, parecia querer divisar el navío que debia traer á Selim ; pero al mismo tiempo que lo deseaba, temblaba verle ; porque considerándolo bien ¿ no venia á pelear contra los cristianos ? ¿ no venia á destruir el imperio de la Cruz ? ¿ Cómo pues podria ella verle sin estremecerse pelear con los defensores del Cristianismo y de la ciudad santa ? ; Por qué fatal encadenamiento de circunstancias crueles se habia de hallar siempre su amor luchando con sus remordimientos ! Verdaderamente no podia mirar á Selim como culpable por obedecer las órdenes de su hermano ; pero ¿ no lo era en venir á atacar la religion de Matilde, que ésta habia procurado infundir tan de veras en su corazón , y que el mismo Selim habia mamado con la leche cuando se crió en la obscuridad y al cuidado de sus supuestos padres Ramiro é Isabel ? Estas reflexiones amargaban las dulzuras de sus agradables recuerdos y de sus es-

peranzas, y eran muy á propósito para hacerla recaer en su pasada melancolía. Sin embargo de todo, ¿no podia Matilde prometerse de Selim, atendiendo á las pruebas tan indudables de amor sin límites que la habia dado tan repetida y constantemente, que oiría la voz, mal apagada sin duda en su pecho, de la Religion de Jesucristo, y que se convertiria públicamente al Cristianismo? Si tenia para ella el corazon de Malek-Adhel, ¿no le dominaria del mismo modo que á éste? ¿No podria ser á lo menos un instrumento de que Dios quisiese valerse algun dia en beneficio de los cristianos, desarmando acaso el brazo de su hermano? Asi fluctuaba Matilde entre el temor y la esperanza, fomentando en su pecho una pasion que en lo sucesivo debia ser inestinguible por mas esfuerzos que hiciese.

Un dia al fin la Princesa supo que la armada de Saladino habia llegado y peleaba con la de los cristianos: al momento seguida de la Abadesa y algunas religiosas, sube á la cumbre de la colina desde donde se percibia la batalla naval, aunque algo confusamente. ¡Qué afectos tan varios se apoderaron del corazon de Matilde al pre-

senciar semejante espectáculo! Por un lado se la figuraba que todos los aceros de los cristianos se dirigian contra el pecho de Selim; y por otro, mientras las piadosas religiosas pedian al Cielo el triunfo de los cristianos y la destruccion de su mas terrible enemigo, Matilde le suplicaba alejase la muerte de aquel objeto querido, y se estableciese la paz entre ambos partidos.

En efecto, Selim era el que mandaba la flota mahometana, el cual como hubiese llegado á entender que en Europa se organizaba una nueva Cruzada, y que los alemanes debian ser los primeros que desembarcasen en Chipre, juzgó sumamente preciso y útil tomar á los cristianos aquel puesto tan ventajoso, que les serviria de punto de reunion y favoreceria todos sus designios; y Saladino le encargó esta empresa; pero por mas actividad que empleó, no pudo precaver Selim la llegada antes que el de la escuadra enemiga, que encontró ya en aquel punto preparada á recibirle. Sin embargo, no dudó un momento en atacarla, aunque se veia muy inferior en buques y gente; y con efecto se trabó un sangriento combate, en el que por dos veces apresó y volvió á perder la nave

Capitana ó principal de los cristianos ; mas á pesar de los prodigiosos esfuerzos de su valor se vió en la dura aunque forzosa precision de ceder á la superioridad de la marina europea y retirarse con gran pérdida ; y se fue á esperar refuerzos á un puerto de los de la misma isla , protegido por una fortaleza de que al paso se habia apoderado. Los cristianos celebraron el éxito de aquel combate, como la primera victoria que en cierto modo les vaticinaba la conquista de la Palestina y la proteccion del Dios de los Ejércitos.





LIBRO DÉCIMO.



Lusiñan quiso aprovecharse de una tregua que se estipuló entre cristianos y musulmanes por algunos dias para dar una magnífica funcion caballeresca á los príncipes cruzados en lo que pudiese ostentar sus fuerzas y destreza á los ojos de Matilde. Con efecto, ningun caballero cristiano habia sobresalido jamás como él en los torneos y demas diversiones caballerescas; y aun se acordaba con pesar del torneo celebrado en otro tiempo en Tolemaida por el Rey Ricardo á instancia de Matilde, en que Lusiñan, despues de haber triunfado por muchos dias consecutivos de cuantos caballeros cristianos y sarracenos se le presentaron, tuvo que ceder á Malek-Adhel; Oh brillantes tiempos de la Caballeria en que se animaba el valor y el honor á la vista de la belleza con sus amorosas miradas y con la esperanza de obtener el premio de una mano querida, desplegando todos sus recursos y esplendor sin costar una

sola lágrima á la humanidad á menos que no fuese de placer ; tiempos en que hermosa la gloria con todos sus mas seductores prestigios coronándola la pompa de las artes con palmas puras sin mancha alguna de sangre ; tiempos en que el desvalido hallaba do quiera un defensor ; tiempos, en fin, en que los oprimidos encontraban en cada caballero un protector contra el opresor ¿dónde estais ? ¿por qué no deberíais renacer y con vosotros las virtudes de aquella edad inocente y sencilla, de aquella edad de oro ? ¿Cuan nobles sentimientos produciais, tiempos dichosos, en los pechos de los guerreros ! ¿de qué afectos de amor y honor no los llenabais ! ¿Por qué la industria humana que ha llegado hasta dominar el rayo, no cuenta ya con vuestras justas, vuestros torneos, con vuestras coronas y en fin con las virtudes heroicas que os inspiraban ?

Lusiñan pues, prometiéndose obtener siempre iguales triunfos, hizo publicar un torneo, al son de los clarines y trompetas, al que convidaba á todos los caballeros de Europa y Asia sin distincion de clase ni culto. Se alzó el palenque en un sitio cercano á la antigua Amatunta en un ameno y delicioso llano donde se veian aun

las ruinas de un templo dedicado en otro tiempo á Venus y que Lusiñan habia mandado reedificar. Cercaban á este valle risueñas colinas que iban aplanándose gradualmente é inclinándose hasta las orillas del mar, formando un verdadero y magnífico anfiteatro, pudiéndose pasear libremente la vista en la vasta extension de las aguas y examinar los muchos edificios de que estaban sembrados aquellos sitios encantadores, desde cualesquiera de sus puntos. Todavía se dejaban ver en la eminencia de las colinas y entre los bosques de cedros y naranjos varios templetos dedicados á la madre de los amores. Uno de ellos confinaba con el edificio en que vivia Matilde y desde cuyas rejas debian ver el torneo la Abadesa y sus monjas, y de consiguiente la Princesa, que era cabalmente el verdadero motivo de haber escogido Lusiñan aquel sitio para celebrarle.

En cada una de las principales cimas de aquellos collados que se elevaban en derredor del circo, se desplegaban tiendas adornadas de banderas y gallardetes segun los colores adoptados por las diversas naciones ó pueblos cuyos caballeros debian entrar en el torneo. Guardaban estas tiendas los heraldos y escuderos vestidos igualmente al

uso de sus respectivas naciones: se interpolaba entre las tiendas una gradería y galerías dilatadas para las damas y la nobleza. Las tiendas del Rey de Chipre, de los Duques de Sajonia y Brandemburgo (7) se distinguían por la riqueza de sus colgaduras y el brillo del lujo oriental que decoraban los estrados y doseles en que debían sentarse; pero lo que sobre todo realizaba el encanto de aquel espectáculo era la vista del Templo de Amatunta adornado con todos los emblemas de la antigua Mitología y sobre cuyo peristilo se elevaba el trono en que debía sentarse la diosa de la belleza, rodeada de las divinidades más amables del Paganismo y de todo el séquito que la acompañó cuando en todo el brillo de su juventud y hermosura llegó por la primera vez á aquellas deliciosas riberas en su azulada concha, echando en ellas los cimientos á su eterno imperio sobre los mortales. Esta Diosa la representaba la más bella de las jóvenes de Chipre debiendo figurar á su lado como sus sacerdotisas varias jóvenes georgianas (8) y circasianas (9) notables por su hermosura y algunas damas de los caballeros. Se da por supuesto que en esta fiesta no

se quedó olvidado el amor, pues que se celebraba por él. Lusiñan pues habia reunido en aquel torneo todo lo mas galante y festivo que la imaginacion de los griegos y los juegos de aquel tiempo daban de sí.

Apenas principió la aurora á colorear el horizonte de la Isla con un viso de púrpura y oro, cuando ya ocupaba todas las alturas una inmensa porcion de pueblo: muy en breve se hallaron cubiertas todas las gradas y galerías de damas y caballeros de todas las naciones cuyos trages, tan ricos como variados, competian entre sí en brillo y elegancia: á poco rato principieron á desfilár al son de una selecta y numerosa música militar muchas brillantes cabalgatas de caballeros cristianos y sarracenos que se fueron colocando al frente de sus respectivas tiendas. En seguida llegó una magnífica carroza, tirada por los amores, y Venus con todas las divinidades del Olimpio y las ninfas de su comitiva. Una infinidad de niños vestidos como Cupido, esto es con el arco en las manos y la aljaba á las espaldas, rodeaban la carroza, vagaban por las tiendas y disparaban sus doradas flechas: ya una de ellas iba á embotarse en una acerada cota: ya otra se

enredaba en el velo que cubría una hermosa beldad, promoviendo este incidente la risa general y el aplauso del numeroso concurso. En fin, al notar el efecto que hacía sobre los caballeros el encanto de tantas bellezas reunidas, hubiera podido decirse que los habían herido con sus saetas aquellos malignos amores. Enagenados los espectadores con el pomposo aparato de aquella magnífica fiesta y el armonioso concierto de tantas voces é instrumentos, parecía que retrocedían veinte siglos y que habían renacido los tiempos y días de Pafos y Cítères en aquellos mismos sitios en que tanto dominaron.

Á la Diosa seguían los caballeros cipriotas que representaban á los dioses del Olimpo, llevando sus nombres y divisas en su bandera. Los dos principales eran Jupiter y Marte, representados por dos hermanos de una estatura gigantesca, Aquileo y Comorin, cuyas fuerzas y valor habían admirado hasta el mismo Ricardo cuando conquistó la Isla de Chipre. El casco de Aquileo se veía coronado por una aguililla con las alas abiertas, en sus garras llevaba un cetro de oro y delante de él iba Mercurio con su lanza en que es-

taba grabado el rayo. Las armas del que representaba á Marte eran damasquinas, de oro, grabadas en ellas los atributos del Dios de las batallas, cediendo solo en riqueza á las de Apolo. Orimei uno de los mas gallardos caballeros de Chipre representaba al Dios de la luz sentado sobre un magnífico y resplandeciente carro de púrpura, azul y oro, tirado por cuatro caballos blancos como la nieve: de sus hombros pendia un carcax, su escudo presentaba un sol radiante saliendo de entre nubes; en sus manos llevaba el arco y caminaba con la visera levantada hablando con las nueve musas igualmente representadas por hermosas doncellas.

Entre los caballeros cristianos se distinguia Othon, marqués de Brandemburgo, que por segunda vez conducia á Tierra-Santa sus numerosos vasallos. Despues del desgraciado éxito de la primera Cruzada se habia algun tanto resfriado su celo, no queriendo esponerlos á perecer en los ardientes desiertos de la Palestina; pero animado nuevamente por la gloria de la religion, se puso en camino con un brillante ejército, acompañando al Emperador de Alemania Federico.

Despues de Othon se distinguian los dos Enriques, de Sajonia y de Bravante, del mismo modo que los dos Ajax que nos pinta Homero en su Iliada. Ambos se arrojaban á los combates con igual valor, debiendo ser muy en breve testigos de sus hazañas los campos de la Siria: hijos de dos hermanas íntimamente unidas, eran compañeros y rivales en el amor de la gloria: cada uno de ellos cuidaba de la vida del otro mas que de la suya propia, y se envanecia mas de los triunfos de su compañero que de los suyos propios.

¿Pero quién es aquel jóven caballero que sigue y acompaña siempre al duque de Baviera (10)? Á pesar de la palidez de su semblante, las gracias de la juventud y la hermosura templan el aire marcial que se advierte en su persona, como nos representan á Adonis con la armadura de Venus, cubriéndose con la egida de Marte: si la felicidad se uniese á las prendas naturales y nobles y á los títulos que la anuncian, desde luego debiera haber sido feliz; pero solo arroja miradas melancólicas que aumentan el interés que inspira. Este supuesto caballero era Olimpia de Baviera, hija del duque de este nombre, que lleno

de dolor por no tener hijo alguno varon, quiso que su hija única hiciese veces de tal, habiéndola por consiguiente instruido desde la infancia en los ejercicios varoniles y en el manejo de las armas. Por fortuna la naturaleza parece quiso contribuir á las intenciones del duque , dotando á su hija de una estatura y fuerzas propias del otro sexo. Olimpia se habia ya distinguido en los torneos , y mas de un caballero vencido por su valor , lo habia sido tambien por sus gracias. Se habia empeñado en seguir á su padre á los campos de Palestina , movida no solo del amor filial, de que era un vivo modelo , sino animada tambien como su padre del entusiasmo de la religion y de la gloria ; y no tanto por ganar laureles , quanto por proteger su preciosa vida ; y asi se embarcó con él á bordo del navío almirante que conducia los duques de Sajonia y de Bravante. Cabalmente allí la esperaba el amor que constantemente habia despreciado , pareciéndola muy inferior á sus nobles sentimientos ; pero por desgracia Olimpia que hasta entonces no habia conocido los dardos de esta terrible pasion , vió á Enrique de Baviera. El amor ultrajado por el corazon altivo

y desdeñoso de aquella beldad, asestó contra él una de sus inflamadas flechas, y quedó completamente vengado: Olimpia, la insensible Olimpia, no pudo ver á Enrique sin amarle, ni presenciar como aquel valiente jóven arrostraba los peligros de la guerra, sin admirar sus grandes y brillantes cualidades, sintiendo arder en su pecho un fuego que la era desconocido en un principio. El amor se introduce en el alma bajo toda especie de formas, y esto sucedió en la suya; mas al conocer que su ternura no era correspondida, quiso en vano apagar una llama inestinguible, y cicatrizar una herida mortal si el mismo amor que la ha encendido ó abierto no la apaga ó cura. Cada dia formaba Olimpia la resolucion de no volver á ver mas á Enrique, ni aun á pensar remotamente en él, desechando de su corazon hasta su idea; pero en el mismo hecho de no querer pensar en él, pensaba ya, y con cierto placer; y por otra parte ¿cómo era posible evitar su vista cuando se hallaban reunidos incesantemente en el buque en que navegaban? Si el cielo se nublabá, si daba señales de alguna borrasca, solo por Enrique temblaba la amorosa Olimpia: olvidaba sus propios peligros,

y se asombraba y llenaba de pavor al reflexionar que pensaba mas en la conservacion de los dias de Enrique que en los de su padre ; pero sin embargo se proponia que luego que saliese del navío (en el que se juzgaba demasiado próxima á él cuando veia su indiferencia , y demasiado apartada algunas veces cuando creia percibir en él algun interés), lograria olvidarlo con la constancia de sus esfuerzos ; pero ¡oh vana esperanza ! Luego que llegó á Chipre conoció que la naturaleza misma parecia conjurarse contra ella y la hablaba en un idioma que hasta entonces no habia entendido. Su hermoso cielo , la frescura de sus selvas , el murmullo de los arroyos y el aire voluptuoso que allí respiraba , distraian los continuos esfuerzos con que luchaba , proviniendo de esta lucha interior la melancolía habitual que se veia retratada en todas sus facciones. Olimpia , semejante á la azucena que inclina á la tierra su cáliz todavía húmedo con el rocío de la mañana , inclinaba tambien su hermoso rostro sobre su seno para ocultar sus ojos que frecuentemente se hallaban inundados de lágrimas , y en los que temia se leyese la oculta pena que la agitaba. Su padre conocia demasiado

bien el estado del corazón de su hija ; pero aguardando á que ella se lo descubriese disimulaba , temblando saber algun secreto fatal, ó alguna inclinacion que su amor paternal no pudiese satisfacer.

Entre los príncipes cruzados se distinguian tambien Herman Landgrave de Thuringia y Valeriano de Limburgo (11). El primero dotado de un carácter severo é inflexible no creia ver en los infieles mas que una manada de brutos , que solo tenian de humano la figura ; y era tal su aversion hácia ellos , que hasta desconocia la virtud si la hallaba en un infiel ; pero á pesar de este indiscreto y mal entendido celo , no se le podia negar mucho valor y prendas naturales. El segundo , es decir , Valeriano de Limburgo á los atractivos de su persona reunia un valor ya acreditado en los torneos y toda la amable urbanidad de un caballero : impaciente por esceder en celo y valor á todos en los campos de Tierra-Santa, se habia desprendido de los brazos de la bella Flora de Maguncia (12) al dia siguiente á su himeneo , pudiendo con él menos las quejas de su desconsolada esposa, que los ecos del marcial clarin y los riesgos que amenazaban al Imperio de la Cruz : sin

embargo jamás unió el amor dos corazones mas tiernos, mas fieles, ni con vínculos mas estrechos; y aunque esta union varias veces se habia visto amenazada por la rivalidad de diversos príncipes hasta el exceso apasionados de la bella Flora, la constancia del decidido Palatino y sus prendas tan extraordinarias, le habian hecho salir vencedor de todos sus rivales; pero era tal en aquellos tiempos el entusiasmo que reinaba por las Cruzadas, que á este solo objeto cedian los mas dulces y tiernos afectos.

Mas allá, y delante de la tienda de Lusignan se veian formados los caballeros Templarios y los del órden de San Juan, conocidos por la cruz grabada en sus escudos, y la capa de escarlata bordada de oro que sobre la armadura ondeaba con las plumas del capacete, que eran de los mismos colores que las del Rey de Jerusalem. Éste, el altanero Lusignan, sobresalia entre tantos campeones como la encina sobre los demas arbustos, montado sobre un soberbio caballo árabe, y cubierto de unas armas tan brillantes que deslumbraban: todo su continuo estudio en el discurso de su vida habia sido el encubrir bajo un exterior amable y seductor los impulsos de

una alma siempre agitada por alguna violenta pasión; pero un ojo observador y perspicaz hubiera podido descubrir inmediatamente toda la expresión de un carácter atrevido y orgulloso que jamás sufría contradicción. Su escudo representaba una águila volando entre dos figuras simbólicas de la buena y la mala suerte con este lema: *Domino á las dos*.

Volvamos ahora la vista hácia los sarracenos, cuyas tiendas no atraían menos la atención universal que las de los cruzados. El aspecto firme de los guerreros y su alta estatura, así como el lujo de sus vestidos, y el brillo y hechura de sus lucientes armas orientales, los hacían notables entre todo el numeroso concurso. Mahomet, príncipe descendiente de los Califas, llevaba esculpido en su escudo un león conducido por un amorcillo con una cadena de flores, y por debajo este lema; *nadie puede romperla*: además se distinguían otros infinitos musulmanes llenos de juventud y valor, y de las primeras familias y dignidades del vasto imperio de Saladino, que sería sumamente prolijo enumerar, los que estaban impacientes por dar pruebas de su arrogancia y destreza en los torneos en com-

petencia con los cristianos ; pero todos los guerreros, tanto de uno como de otro partido, quedaban eclipsados por Selim-Adhel, á pesar de que por tener la visera calada no podian distinguirse sus facciones ; mas la magestad y gracia de sus modales desde luego le daban á conocer por gefe de los valerosos caballeros musulmanes, tanto como las plumas del ave de los sultanes que ondeaban sobre su augusta cabeza, y que solo en semejantes circunstancias podia llevar.

La Diosa de los amores se veia cubierta con un velo, el cual solo tendria derecho á levantarlo el vencedor del torneo, proporcionando de este modo su vista á la asamblea ; en lo que parece se temia que el aspecto de sus gracias distrajese á los caballeros de la atencion de la justa.

Los premios destinados al vencedor eran una armadura del mas esquisito trabajo y de inestimable valor, y un soberbio caballo para la guerra, que por su velocidad merecia el justo título que llevaba de *el Eolo de la Arabia*.

El primer dia del torneo debian celebrarse los antiguos juegos del arco, la lucha y la carrera ; adjudicándose el premio

al caballero que saliese vencedor en ellos; y sabiendo Selim que Lusiñan no tomaria parte en estos juegos, creyó deber hacer otro tanto, reservándose el entrar en el torneo el dia siguiente.

Amaneció el dia primero del torneo y á la hora acostumbrada, á la señal de los clarines, trompetas y atabales, se abrió el palenque: muchos cuerpos de caballeros armados con arco y flechas se arrojaron á la arena para disputarse el premio del arco. Sobre la punta de un cedro despojado de sus ramas, y al cual en el mismo Líbano (13) quizá no habia ninguno que le igualase en altura, estaba sujeta con un cordón una águila, que giraba en torno del árbol con las alas desplegadas; y el premio debia adjudicarse al que la abatiese de un flechazo.

Varios caballeros acometieron la empresa y manifestaron su destreza consiguiendo hacerla saltar algunas plumas. El Príncipe Mahomet fue el primero que la hirió obligándola á ponerse sobre el cedro: al mismo tiempo resonaron miles de aplausos del numeroso concurso, celebrando tan bello tiro designándole ya como vencedor; pero la noble ave no por eso vacilaba: sa-

cudia sus alas, y como indignada de su herida, volvía á lanzarse nuevamente en los aires, cuando una flecha disparada por el Apolo de los juegos rompió el cordón que la retenía y la restituyó su libertad. Aprovechóse entonces Valeriano de aquel breve momento para asestarla otro tiro mas decisivo: parte la saeta: atraviesa la cabeza del águila y la hiere mortalmente: se para: dá un postrer chillido, y cae sobre la arena batiendo sus débiles alas. El circo resonó con aclamaciones y se adjudicó el premio á Valeriano.

Siguióse al juego del arco el de la lucha: presentóse el primero en la arena Herman, Landgrave del Rhin (14), paseándose con ademan altivo y desdeñoso, dando bien á entender lo poco que temía á sus rivales: eran tan conocidas de los caballeros cristianos su destreza en aquel ejercicio, que ninguno quiso salir á luchar con él: arriesgáronse algunos sarracenos; pero á pesar de todos sus valerosos esfuerzos los venció á todos. Ya celebraban su triunfo los instrumentos, y semejante al terrible monarca de las selvas, cuya superioridad reconocen todos los animales, Herman miraba á todas partes con aire de triunfo,

cuando Lusiñan dijo á sus caballeros: "cuando los hombres nada pueden, es necesario acudir á los dioses del Olimpo (*):" dicho esto llamó á Júpiter; y al instante baja del carro el gefe de los Dioses, viéndose en él un atleta digno de disputar el premio al orgulloso mantenedor. Á las bellas proporciones de un verdadero Hércules reunia Aquileo una agilidad que duplicaba sus fuerzas, y una serenidad imperturbable que le hacia aprovecharse de los menores descuidos de su adversario. "Mejor habrias hecho le dijo Herman con una risa insultante, en haberte estado en tu carro celestial, mas bien que comprometer tu dignidad, sucumbiendo como sucumbirás, bajo el brazo de un mortal.-- Eso es lo que vamos á ver, le responde Aquileo con frialdad: acuérdate de la suerte de los Titanes, y procura no participar de su destino." Dichas estas palabras los dos fieros atletas, fijos mutuamente sus ojos en cada movimiento de su

(*) Lusiñan habla aquí alegóricamente en el language de la Mitología, cuyos dioses representaban varios caballeros del Torneo, como desde luego se advierte; y asi no debe estrañarse la proposicion, ni dársela otro sentido que no tiene. (*Nota del Traductor.*)

contrario , el cuerpo firme , y tendidos los brazos de modo que les sirviesen á un tiempo de escudo y de arma ofensiva ; los pies como clavados en la tierra , y prontos á entrelazarse con la agilidad de las serpientes , se medían , agarraban y oprimian sus nerviosos miembros , y se impelían y repelían alternativamente , sin poder conseguir uno de otro la mas pequeña ventaja : removidos varias veces con increíbles esfuerzos se doblaban algun tanto , y en su inclinacion hácia la tierra parecia que iban á caer sobre la arena ; pero semejantes á las encinas , cuya ancha copa combatida por la tempestad se abate y vuelve á alzarse , ambos campeones conservan el equilibrio , y resisten con fuerza y maravillosa destreza á las sacudidas y travamiento de pies de su competidor. Cansado ya Hermañ de una tan larga resistencia quiso terminarla de un solo golpe , y descargó uno tan terrible sobre la cabeza de Aquileo , que el de un martillo de Vulcano no hubiera podido ser mayor ; mas Aquileo , replegándose de repente con una asombrosa ligereza , logra evitar este golpe , y mientras su enemigo se halla todavía inclinado hácia él , cogiéndole por medio del cuerpo le levanta en alto ,

á pesar de su gigantesca estatura, como si fuese un niño, y le arroja por encima de su cabeza, viniendo Herman á medir la tierra cuan largo era. Mil gritos se levantan á un tiempo de entre el inmenso concurso, celebrando aquel rasgo maravilloso de fuerza; y los jueces del campo asombrados doblaron el valor del premio ganado por Aquileo. Herman se levanta lleno de confusion y aturdido de una caída tan violenta, acompañada de la risa general, y se retira á su tienda confesando que no debe medir sus fuerzas con el Soberano de los Dioses, mientras el valiente Cipriota vuelve á montar en su carro, y goza sin orgullo, y antes bien con la mayor moderacion, de su victoria. En la tarde de aquel mismo dia le envió Herman una espada con puño de oro en señal de su aprecio; cuyo acto de cortesía fue universalmente aplaudido, y sobre todo de los caballeros.

Sucedieron á este otros varios juegos que seria sumamente prolijo enumerar, terminándose todos por el de la carrera. Mas de cuarenta caballeros del mas bello talle se despojan de sus armas y se preparan á disputar el premio. Principiaba

á temerse que no habiendo llevado ninguno de los competidores mas que un solo premio, no habria quien ganase el grande de las justas, y el incomparable honor de alzar el velo á Venus. Entretanto las damas se hallaban tambien impacientes por saber quién sería la que habia merecido que el rey de Chipre la adjudicase la representacion de la hermosura; y mas de una de ellas, segun las crónicas de aquel tiempo lo aseguran, la tenia envidia en secreto, se la disputaba de antemano, y por lo mismo se disponia ya á poner alguna falta en sus facciones, y á mezclar maliciosamente entre sus elogios, si se hablaba de su mérito, alguna maligna reticencia, mas bien que á admirar con sinceridad su belleza y sus gracias. Esto sea dicho de paso; pues yo me guardaré bien de citar como probables semejantes disposiciones; dejando como dejo á las mugeres de todos los paises el cuidado de juzgar si deben ó no formar parte de la verdad de la historia, y solo me he atrevido á hacer este ligero apunte para demostrar quanto ha ganado el sexo bello desde aquellos tiempos con respecto á este particular, y el amor y caridad que en el dia reina en él;

es decir, cuando se habla del mérito de una dama delante de otras.

Entre los varios caballeros de diversos países que habian concurrido á disputarse el premio de la carrera, se hallaba uno á quien ya se lo adjudicaba la voz general: este era un jóven persa llamado Aboul-Alí, cuyo nombre era ya célebre en esta clase de justas por mas de veinte triunfos: el cabritillo de los Apalaches (15) no le igualaba en agilidad, habiendo solo estado indecisa su victoria, y al fin tenido que sucumbir al valiente Malek-Adhel.

Pusiéronse pues en fila todos los aspirantes en una de las estremidades del campo; y á la señal de los clarines partieron todos como el rayo, menos Aboul-Alí que, despreciando una victoria demasiado fácil, aguardó para empezar su carrera que sus rivales le llevasen una ventaja de mas de diez pasos. Esto no dejó de asombrar á la asamblea; pero bien pronto acreditó que no en vano presumia de sus fuerzas, pues partió con la velocidad de la chispa eléctrica, y llegó á la meta ó señal que fijaba el término de la carrera en el momento mismo en que iba á tocarla Valeriano; pero con el mayor

asombro de los espectadores, en vez de tocarla él mismo, levanta en sus brazos al único rival que podía temer, y le hace tocar á la señal el primero. Un sacrificio tan generoso obtuvo como era justo mil aplausos: About-Alí ganó es verdad todo el honor de la victoria; pero Valeriano habia ganado dos premios, y por lo mismo fue proclamado vencedor.

Rodeado este último de la flor de los caballeros y precedido de una música marcial, fue conducido por Lusignan y el duque de Baviera ante la Diosa de la hermosura que debia abjudicarle el premio. Luego que llegó á su presencia dobló la rodilla, y besó con el mayor respeto la orla de su vestido, pidiéndola por el primer galardón de su triunfo le permitiese levantar el velo que la cubria. “Noble caballero, le responde la Diosa, no es para mí menos conocido vuestro valor que vuestra constancia, y me tengo por dichosa en haber de recompensarlos; pues hace ya demasiado tiempo que nada puedo negaros.” Valeriano al oír el eco de aquella voz se llena de turbacion; y así lleva temblando su mano al velo misterioso de Venus: le alza, y reconoce en esta Diosa á Flora de Maguncia

su esposa. Á la inesperada vista de aquella muger querida, que habia dejado en Europa, sus ojos se llenaron de lágrimas de ternura: enagenado y como fuera de sí de contento la estrecha contra su corazon, sin poder apenas espresar los sentimientos que le agitan con estas interrumpidas palabras.

“¿Es posible esposa querida, es posible que hayas podido atravesar los mares para reunirme conmigo? ¿y es posible tambien que te veo sin que te haya arredrado peligro alguno para darme este placer? ¿Cómo pagas lo mucho que te amo! — Querido Valeriano mio, responde Flora, tus súplicas fueron únicamente las que pudieron obligarme á dejarte partir solo para la Palestina; pero no bien te separaste de mí, conocí que no podia vivir sin estar á tu lado, y que para no morir de cuidado é inquietud era preciso que compartiese tus peligros: he venido á reunirme contigo, que eres la mitad de mi existencia, y ya ves como la suerte principia á recompensar mi amor.”

Con efecto, Flora de Maguncia habia arribado á la isla de Chipre la víspera del torneo; y el duque de Baviera, su pariente, de concierto con Lusignan, la habia

empeñado á que representase á Venus, á fin de proporcionar á su esposo una sorpresa que aumentaria para él el premio de las justas, si como era de esperar de su conocida destreza salia victorioso, como salió, por haber Lusiñan empeñado á Aboul-Ali á que cediese á Valeriano el premio de la carrera para que esta doble palma le proporcionase recibir el primer premio de manos de su esposa.

Matilde desde la capilla del convento, que dominaba la llanura, habia disfrutado del brillante espectáculo de aquel dia; mas no habiendo podido descubrir á Selim-Adhel entre los caballeros que justaban, los miraba solo con tristeza é indiferencia. En vano la fama la aseguraba que Selim se encontraba allí y mandaba la flota enemiga; hubiera querido cerciorarse por sus propios ojos; pues que no podia persuadirse de que viviese y dejase perder ocasion alguna de triunfo; pero la Princesa no se hacia cargo de que así como ella no veia sino á Selim en toda la naturaleza, habiendo tributado lágrimas sin fin al rumor de su muerte, así tambien el mismo sentimiento de tristeza, del que apenas estaba curada, hacia indiferen-

tes á Selim las mas preciosas palmas, no teniendo ya para él prestigio alguno la ambicion y la gloria desde que la presencia ó recuerdos de Matilde no se lo comunicaban. Solo sí abrigaba en su corazon un deseo, á saber: el de vengar en Lusignan los males que su Princesa y su hermano Malek habian padecido; y la ocasion de ver realizado este deseo no debia estar ya muy distante.

El segundo dia del torneo empezaron los combates de lanza: todos los caballeros se dividieron en dos bandas iguales, y semejantes á dos cuerpos de ejército se movieron al sonido de los clarines: arrójanse unos con otros con la mayor impetuosidad: tiembla la tierra bajo los pies de los caballos, que todos son belicosos y árabes: repite el eco de los bosques el ruido de las armas, y podria decirse que un horrísono trueno salia del centro de la nube de polvo que los cubria. Varios caballeros hubieran perdido la vida sino se hubiese prevenido este riesgo, prohibiendo el combate con lanza que no estuviese embotada; dejando sin embargo la libertad de poder llamar á combate particular el caballero que tuviese motivo para ello y quisiese arriesgar la

vida. Perdidas sus sillas muchos de los combatientes, ó gravemente estropeados, se fueron retirando, y mas de uno de ellos fue sacado del palenque privado de todo sentido. Los demas se retiraron á sus respectivos puestos, y rompieron nuevas lanzas. En este segundo torneo quedaron fuera de combate casi todos los caballeros cristianos, y algunos sarracenos, siendo estos los menos, ya porque estuviesen mas habituados á estas justas, ó ya porque estuviesen mejor montados que los cristianos. Lusiñan comandaba á estos, y lleno de indignacion al ver un resultado que consideraba como una afrenta, provocó á Selim-Adhel, que comandaba á los caballeros musulmanes, y contra el cual se habia roto su lanza, como si fuese una débil caña, dirigiéndole estas palabras: " gefe de los musulmanes, ya que te atreves á gloriarte de un nombre temido en otro tiempo en toda Asia, ven á probarme que eres digno de él: en vano te alabarás de un combate como el pasado, en que el éxito se debe mas á la casualidad que al valor. Te desafio á toda especie de armas y combates que elijas; esperando como espero convencerte de que todo caballero cristiano ha nacido

para triunfar en combates cuyo resultado no depende sino de su valor. -- Admito gustoso tu desafio, le responde Selim con frialdad: te desafio á toda arma, prometiéndome tambien probarte que la casualidad no influye jamás en los triunfos de los caballeros de Mahoma. ”

El concurso oye temblando este desafio mortal de los dos guerreros mas valientes de los dos ejércitos, interesándose tanto los caballeros de ambos partidos en su éxito como si se tratase de una victoria ó de una completa derrota. El duque de Baviera y el príncipe Mohamet, nombrados por jueces del campo, emplean infructuosamente su mediacion para evitar una lucha tan terrible y que, cualquiera que fuese su éxito, debia ser funesta á ambos partidos. Estaba ya hecho y aceptado el desafio, y se hallaba interesado en sostenerlo el honor de ambos contrarios. Esta noticia no tardó en llegar á los oidos de Matilde, y no es fácil pintar la atencion con que se fijaron sus miradas en el palenque; Malek-Adhel habia perecido traidoramente por los artificios de Lusiñau: Selim, mas jóven, y de consiguiente de menos esperiencia, ¿no podria tal vez sufrir la misma suerte? y

ademas, ¿ cómo podria prometerse la Princesa que triunfase de tan terrible enemigo? Llevada de estos crueles pensamientos se postra de rodillas y dirije sus votos al Cielo á favor de quien ama, ínterin la Abadesa y sus compañeras le imploran á favor de Lusignan. Oyense los clarines: parten el campo los dos fieros contrarios con las lanzas en ristre, y volviendo despues uno contra otro á toda la carrera de sus caballos, se acometen con el mayor denuedo vuelan hechas mil pedazos las lanzas, y los caballos retroceden y doblan las ancas, no pudiendo resistir la violencia del encuentro; pero obligados por la espuela á levantarse vuelven los combatientes con cimitarra en mano á embestirse con igual ímpetu: despiden las armas vivas centellas á los terribles golpes de los aceros que se cruzan, y los espectadores temen á cada momento ver descargar el golpe que debe decidir de la victoria. El rey de Chipre estaba cubierto con las armas de Alfredo el grande, que Ricardo Corazon de Leon le habia regalado cuando renunció á la conquista de Palestina, y se creia que estaban benditas, sin que ni aun el rayo pudiese hacer mella en ellas. Selim tambien se veia armado de

una cimitarra llamada el *Acero de Marte*, y una cota del mas fino acero damasquino labrada á punta de diamante é imitando por su dureza á esta piedra preciosa. Mohamet que acababa de darle la cimitarra, aseguró á Selim que la habia recibido de Saladino en el mismo campo de batalla, despues de una accion en que salvó la vida al Sultan, y que se creia fabricada como por encanto, habiéndose hallado en las aras de un antiguo templo del Dios de la guerra. Los combatientes se daban los golpes mas terribles sin otro efecto que el de mostrar su fuerza y destreza, pareciendo que cada uno decidia la victoria. En fin, Lusiñan presenta su cimitarra á los ojos de Selim como si quisiese dirigirla á su cabeza; mas al ir este Príncipe á parar el golpe, Lusiñan la vuelve prontamente y da á su contrario un golpe de revés en el lado, que tal vez le habria dividido por medio á no ser por su diamantina cota. Vacila un momento Selim por la violencia del golpe, mientras la cimitarra contraria salta rechazada por el acero; pero volviendo sobre sí coge la accion á su enemigo y descarga un furioso golpe sobre su cabeza, que por fortuna suya resbala tambien el

acero sobre el capacete de Alfredo, pero queda resentida su armadura; y un segundo golpe hubiera terminado irremisiblemente la vida de Lusiñan si su caballo asustado y aturdido como su jinete del primero, no hubiese dado á correr por la arena; pero no habiendo perdido los estribos el rey de Chipre pudo volverle é iba á renovar el combate; mas los Jueces del campo que mutuamente se habian convenido en suspenderle á la primera ocasion que se presentase, mandaron se finalizase declarando se repartiria el premio entre ambos combatientes; y con efecto asi se hizo, adjudicando el caballo á Lusiñan para reemplazar el suyo, que suponian vicioso sus partidarios, y la armadura se dió á Selim. Aprobó la asamblea esta sentencia pues que estaba por el rey de Chipre; pero no por eso dejaron de conocer las personas prudentes que la gloria del combate pertenecia esclusivamente á Selim.

Luego que Matilde supo que los combatientes eran Lusiñan y el gefe de los sarracenos, seguia todos los movimientos de éste con una turbacion tal que el observador menos perspicaz habria desde luego conocido el estado de su alma. Estaba por

otro lado indecisa si el tal gefe musulman era efectivamente Selim, pues le veia cubierto con otras armas que las que ella habia visto usar á este Príncipe; mas sin embargo notaba su misma estatura la gallardía de su persona, su gracia y su valor; y así cuando vió que la cimitarra de Lusignan le habia hecho vacilar algun tanto, dió un grito de terror como si aquel golpe la hubiese herido á ella misma. "Noble caballero, dijo á un templario que se hallaba en el convento mirando el combate á su lado: ¿habeis observado el escudo y divisa del fiero sarraceno que pelea con el monarca de Chipre? -- Señora, le respondió el caballero: he examinado á ese guerrero con toda detencion; y así puedo deciros que sobre su escudo lleva pintado un amor que apoyado sobre un sepulcro rompe las flechas y apaga la tea, con este lema: *ya no tengo mas para otra.*" Al oír esto Matilde se la escapa un suspiro involuntario que apenas puede reprimir: no duda ya de que el guerrero sea Selim; pero al mismo tiempo la ocurre preguntar al templario qué pluma es la mas notable entre las que adornan su penacho. -- "La pluma imperial le responde

el caballero, la del Heron (*); pues se dice es hermano ó hijo de Saladino. -- ¡Ah! él es" esclama Matilde, y su rostro se enciende de rubor por la exclamacion que se la habia escapado: vuelve sus ojos llenos de susto hácia el sitio del combate, y tiene el placer de ver en él á Selim solo. Poco despues repara en Lusignan que acompañado de la flor de sus caballeros se adelanta hácia el estrado de Venus, y recibe de sus manos la parte del premio que se le ha adjudicado. Matilde estaba como asombrada y procuraba hallar la razon de lo que observaba, cuando reparó que Selim se aproximaba tambien al mismo sitio y se postraba á los pies de Venus, alzándose la visera para recibir el premio que tan justamente habia ganado. Á la vista de sus nobles facciones voló de boca en boca el nombre de Malek-Adhel, escitando en cuantos habian conocido á este héroe un movimiento de sorpresa y admiracion la semejanza de su hermano Selim; menos en Lusignan que al momento que recibió el premio se retiró. ¿Cómo podrá describirse

(*) El Heron es una ave de plumas negras, muy rara. (*Nota del Traductor.*)

la turbacion de Matilde al reconocer repentinamente á su amante (cuya pérdida habia llorado por tanto tiempo) en aquel guerrero ilustre á quien coronaba la victoria? ¡Cuán envidiable la fue el papel que representaba Flora de Maguncia! ¡Cómo hubiera querido dar á conocer á Selim el tropel de sentimientos que la oprimian; aquellos tiernos recuerdos y aquellos afectos que no puede espresar la pluma, ni hay otros términos que los de un eterno amor! Pero ¡ah! todo separa á Matilde de lo que ama, y aun no ha llegado el momento de que obtenga el premio de sus largos padecimientos.



**LIBRO UNDÉCIMO.**

A pocos dias del torneo recibió Matilde un billete concebido en estos términos: “Querida Matilde mia: ¡ Con qué júbilo he sabido que os habeis salvado del naufragio, y que puedo aun volver á veros! Sin embargo, os hallais en poder de Lusiñan, y será imposible arrancaros de él si vos misma no contribuis á ello. En vano se declarará la victoria en favor de mis armas; pues jamás arriesgará este monarca artificioso un lance en que pueda perderos y veros pasar á otras manos; por otro lado le sobran medios para sustraeros á mis diligencias y enviaros á Europa acaso con vuestro hermano. Es preciso pues que os anticipeis á sus proyectos, amada Princesa, y que os fieis á mi amor. Esta misma noche dejareis vuestro retiro del que saldreis por el parage que os indicará el portador de esta carta, al que os dignareis señalar hora para verificar la fuga, y os conducirá á la fortaleza de que me he apo-

derado. Todo se ejecutará con el mayor sigilo, sin quedar comprometidos en lo mas mínimo vuestro honor y delicadeza que tanto me interesa.”

Selím-Adhel.

Ya se deja conocer la conmocion que Matilde experimentaria al recibir esta carta y reconocer unos caracteres tan queridos, y la lucha que se movió en su interior con la propuesta que Selim la hacia. Si accedia á ella, se escapaba para siempre del poder de Lusignan y volvia á recobrar su libertad. Pensando en esto ya no tenia aliciente alguno para ella la vida solitaria, pues que la imágen de Selim la seguia á todas partes, y ni el monte Carmelo ni todos los sitios del mundo en su ausencia le hubieran parecido otra cosa que unos inmensos desiertos: por otra parte reflexionaba que si el proyecto de fuga se la frustraba comprometia su reputacion y decoro. Además ¿no era en cierto modo vender la causa de los cristianos el entregarse al partido de los infieles? ¿Qué dirian la Europa y Asia? Que Matilde, la misma hermana de Ricar-

do, se habia olvidado de su Religion y de sí misma. Estas reflexiones la tuvieron perpleja por algun tiempo; pero en último resultado era forzoso elejir entre la tiranía de Lusiñan y el amor de Selim: entre los riesgos ciertos á que iba á esponerse perseguida por un Rey tan implacable en su ódio como en su amor, y los inciertos de una evasion justa; terminándose al fin esta lucha de sentimientos como regularmente sucede en favor de la pasion dominante. El amor de Matilde á Selim se aumentaba por el ódio de Lusiñan, y el temor de ser víctima de su resentimiento y artificios; y asi prometió al mensagero que le seguiria, señalándole para ello la hora de media noche.

Suena esta; vuela Matilde al sitio de la cita: la noche está oscura, y parece favorecer su fuga; mas á pesar de los muchos motivos que justifican este paso, todavía su conciencia se siente agitada de un terror que no puede definir: tiene que atravesar el cementerio del convento y su imaginacion exaltada parece decirle que viola el santuario de la Divinidad y el asilo de la muerte: el silvido del viento en las desmanteladas torres del Monasterio y

el grito de las aves nocturnas la parecen otros tantos fatales agüeros que el amor la prepara. Sumergida en estos lúgubres pensamientos caminaba, cuando de repente al débil y pavoroso resplandor que la luna, recién salida de una negra nube, despedía, divisa en el mismo cementerio una sombra blanca que se acercaba: esta sombra estiende una mano sobre un sepulcro y suspira y gime profundamente. A tan repentina aparicion, Matilde quiere huir; pero ¡Oh nuevo terror! sus vestidos se unen á la tierra como si una mano invisible la sujetase: báñasele la frente de un sudor frio: siente helársela la sangre en las venas, y va á caer sin sentido. “¡Oh Dios! esclama esta jóven desgraciada, cayendo de rodillas: ¿evocas las sombras de los sepulcros para anunciarme tus venganzas? No; tú conoces la pureza de mis sentimientos: pon un término á las borrascas de mi vida, ó dame la paz que no he podido obtener ni aun en la oscuridad de un claústro y al abrigo de tus aras.”

Esta oracion reanimó el valor de Matilde, y recordándola que las miradas del padre de los mortales bajan sobre ellos como el rocío de la mañana que derrama be-



neficios, y que sus males solo provienen de sus imperfecciones, se levantó, reconoció con serenidad la causa que la retenia y desprendió sus vestidos, que estaban agarrados á una cruz de madera puesta sobre una tumba. La sombra que le habia parecido ver Matilde, ó que habia visto en efecto, habia ido á aquel sitio á plantar otra cruz igual en obsequio de una compañera suya, cuyo sepulcro visitaba.

Desengañada pues Matilde de sus vanos terrores llegó por fin á las cercas del Monasterio y montó en un carruage que con la mayor velocidad en menos de dos horas la condujo al lugar que se la habia indicado. Despues que hubo pasado el puente levadizo de una fortaleza que dominaba campiñas inmensas, la introdujeron en un salon iluminado con infinidad de luces: no tardó mucho tiempo en sentir los pasos de un guerrero: cree reconocer en ellos á Selim, y su corazon palpita con violencia de alegría queriendo salirse del pecho á encontrarse con el objeto amado. Un rayo de felicidad brilla ya en los ojos de Matilde que van á encontrarse con los de Selim-Adhel: pero ¿cuál es su sorpresa y horror al verse en presencia de Lusiñan? La ca-

beza de Medusa con sus horrendas serpientes no la habria dejado mas aterrada. "Señora, la dice Lusñan con tono respetuoso: perdonad este ardid de que se vale un Monarca que os adora para atraeros á su lado inutilizando las tentativas que un infiel podria emprender contra vos: sé que vuestro engañado corazon me acusa de la muerte de un príncipe á quien amabais y me ha jurado un ódio injusto; pero demasiado orgulloso para abatirme hasta justificarme de una vileza que me ultraja, continuaré dándoos pruebas de mi constancia y celo, velando sobre vuestra suerte é impidiendo que volvais á caer en poder del mas peligroso enemigo de la Cristiandad..... Vuestra virtud, añadió con un tono irónico, es demasiado sincera y pura para no aprobar mis intenciones.

Herida Matilde como de un rayo á vista de Lusñan, habia casi perdido el sentido; pero la indignacion de verse hecha juguete suyo, hizo que recobrase al momento el uso de la palabra para manifestarle todo el horror y desprecio que la inspiraba. "Monstruo de iniquidad y artificio, exclamó, mirándole con severidad, ¿no

basta que tu bajeza criminal me haya privado de un esposo amado, llenando mi existencia de pesares, sino que aun quieres acabar de hacerme tu víctima y justificar todo el horror que mereces? Sí, no te lo oculto; he querido huir de tí, ponerme al abrigo de tu perfidia y locos intentos, y habria implorado el socorro de nuestros mismos enemigos para lograrlo: tan cierta estoy de no hallar otro mas cruel que tú. ¿Con qué derecho me retienes aqui prisionera? ¿Desde cuando la hermana del rey de Inglaterra debe ser tu esclava sometiéndose á tus indignas traiciones? ¿Es este el respeto ó á lo menos el agradecimiento que debes á Ricardo? ¿He caido en tu poder solo para que entregues mi triste vida á nuevos infortunios? -- Señora, la contesta Lusignan, procurando reprimir la cólera y resentimiento que le causaba tan terrible discurso: ignoro el motivo por qué merezco tantas injurias y tanto ódio, á no ser que sea mi delito á vuestros ojos el amor mas respetuoso y constante, y el haber querido colocaros en mi trono: sí, creo haber manifestado al rey Ricardo mi gratitud en los desvelos y cuidado que me he tomado por vuestra

vida y por el que aun me tomo para evitar caigais en los lazos de un infiel y tal vez para que vos misma no os arrojais á ellos. No señora, no; el noble Ricardo, el mas illustre defensor de la fé, jamás sufrirá el doloroso bochorno de que su hermana, que debia ser modelo y dar ejemplo á la Cristiandad siguiendo sus huellas, se vea arrastrada por segunda vez á un amor culpable, y á vender los intereses y el honor de la Iglesia confiando su suerte al mas enemigo suyo. -- ¿Y quién te ha dicho Lusiñan cuales son mis intenciones? ¿Y quién eres tú para juzgar de mis sentimientos? El confiarme á la magnanimidad de mi cuñado Selim-Adbel para volver á mi antiguo asilo del Carmelo ó á cualquier otro que me libertase de tus persecuciones, ¿era acaso abrazar su causa? ¿No te he pedido diferentes veces mi libertad, que me has negado? y en tal situacion ¿no debia solicitar de alguna mano generosa lo que no podia obtener de tí? No buscaba yo á Selim, sino lo que queria era huir de tí; y en este momento acabas de acreditarme con cuán justa razon recelaba de tus intrigas y artificios. Pero ¿qué es lo que te propones con tal des-

lealtad? ¿Piensas que este desacato quedará para siempre impune? ¿Crees que jamás se alzaré en mi favor ningun brazo, ni que jamás saldrán mis lamentos fuera de los muros de mi prision? -- Espero, señora, que el tiempo hará que me conozcais mejor, y os convenza de que mi amor es acaso preferible al de un musulman, al de un enemigo, que no puede menos de empeñaros en el oprobio de su culto y de un himeneo que tendriais que compartir con sus concubinas. Si, lo que no espero, continuais en abrigar unos sentimientos indignos de vos y de la nobleza de vuestros padres, escribiré al Rey, vuestro hermano, para que juzgue de mi conducta y decida de vuestro destino. Entretanto señora es preciso que os guarde en esta fortaleza, como en el único sitio seguro en donde nada podeis temer de los designios de un infiel: seréis servida con cuantos miramientos se os deben, y luego que esta isla se vea libre de sus ataques, podreis elegir el sitio que mas os convenga." Dice Lusignan, y con el objeto de evitar toda contestacion se retira, dejando á Matilde sumergida en la desesperacion que la causaba, tanto su cautiverio quanto el haber

dato á su tirano algun motivo plausible para vituperar su conducta.

Para poder venir al perfecto conocimiento de estos sucesos, parece oportuno instruir al lector de los motivos que los produjeron; á saber: el Obispo de Nicosia participó al rey de Chipre la impresion que la muerte de Selim-Adhel habia causado en la Princesa Matilde. Tambien habia sabido Lusignan que en su delirio habia salido de los labios de aquella el nombre del Príncipe, y no necesitó mas para penetrar el afecto que unia á ambos, y lleno de furor se propuso vengarse. “¡Oh Dios! exclamó con el mayor despecho: yo amo á la ingrata ó mas bien la idolatro: la he ofrecido por dos veces mi mano y trono y ambas ha preferido un vil infiel, á mí: á mí, el primero de los caballeros de Tierra-santa por mi valor, y que aunque desposeido momentáneamente del trono de Jerusalem, estoy reconocido por su único y legítimo poseedor: me veo despreciado é insultado por una jóven imprudente que me debe la vida; pues que á no haber sido por mí la habria servido de sepultura la orilla del mar: mas pues lo quiere asi, justifiquemos su aversion y desprecio sin

escuchar ya mas que la voz del amor ultrajado ; pero empezemos por asegurarnos de la ingrata ; perdamos el trono , y si preciso fuese la vida , antes que volverla á su amante , ó proporcionarla los medios de volverse á reunir con él. La fortuna mas voluble é inconstante que los vientos que agitan estos mares puede aun engañarnos ; y por lo mismo es necesario precaver sus contingencias , servir á la Religion , á Ricardo y á su misma gloria , oponerme á un amor impío y á una union que seria el escándalo y oprobio de toda la Cristiandad.”

Una pasion celosa sabe colorar los objetos segun la conviene ; y por lo tanto Lusiñan se determinó bien pronto en seguida de las antecedentes reflexiones á emplear el artificio para sacar á Matilde de su convento y aprisionarla , fingiendo para conseguirlo la carta de Selim-Adhet , que , como se ha visto , produjo todo su efecto , é hizo caer á Matilde en el lazo.

Lusiñan rodeó de guardias la fortaleza en que puso á esta Princesa , y tomó cuantas precauciones le parecieron precisas para que su prisionera no pudiese hacer sabedor de su suerte á Selim ó á alguno de los Caballeros del ejército cristia-

no: habria querido ocultarla á la vista de ningun mortal; pero sin embargo no se atrevió á prohibirla enteramente que se pasease por los jardines de la fortaleza, temiendo que falta de respirar un aire puro y de un moderado ejercicio combinada con el sentimiento de su cautividad, la hiciese recaer en la enfermedad de que apenas habia salido.

Un dia en que Matilde sumergida en las ideas mas melancólicas se paseaba por los jardines envidiando la suerte de las librasavecillas que revoloteaban entre los árboles, y pensando cómo podria hacer saber su suerte á alguna persona que pudiese interesarse en ella, notó que el centinela del torreón que dominaba los bastiones del fuerte, se habia dormido, teniendo á su lado el arco que era su arma: inmediatamente corre la Princesa hácia el torreón y divisa en el camino real, no lejos de los muros, un caballero cubierto de lucientes armas, que conducia varias tropas hácia aquel sitio. Al notar esto Matilde, no dudó un momento en mover en el aire un pañuelo blanco, como en ademan de pedir auxilio; y advirtiéndole que habian visto esta señal, toma un dardo de la aljaba del cen-

tinela, y sacando un poco de papel de su libro de memorias, escribe con un lapicero estas palabras: “ noble guerrero, cualquiera que seais, en nombre de Dios, de la inocencia oprimida y de la órden de Caballeria que profesais, libertad á Matilde, hermana de Ricardo de Inglaterra, á quien tiene aqui prisionera Lusiñan.” En seguida ata este papel á la flecha y la dispara hácia donde desfilaba la tropa. El caballero era Othon, marqués de Brandemburgo, gefe del batallon que pasaba por bajo de la fortaleza, el cual tomó la flecha, y leyendo el papel dió á entender á la Princesa por señas que la favoreceria. Aun cuando la belleza de esta señora, su noble presencia, y lo magestuoso de toda su persona no hubiesen inspirado el mas vivo interés al noble caballero, los solos nombres de Ricardo y Matilde, tan conocidos y admirados en todo el Oriente, bastaban para inspirársele; y asi es que no bien hubo llegado al campo, cuando seguido de los príncipes cruzados, á quienes interesó en favor de Matilde, pasó á ver á Lusiñan, y le intimó pusiese en libertad á esta Princesa, que tenia cautiva. El Rey, aunque irritado de tal peticion, creyó deber disimular su re-

sentimiento recurriendo á sus ardides y cautelas ; y asi es que despues de manifestar una gran sorpresa de que se le sospechase autor de la prision de Matilde la hermana de su amigo , de su bienhechor, del ilustre Ricardo , en fin , á quien era deudor de su corona , aseguró que aquella Princesa debia estar en el Monte Carmelo ; siendo un absurdo suponer que él hubiese querido sustraerla á los votos que habia contraido en aquel santo lugar ; añadiendo que la muger que el noble Marqués habia visto era vástago de una ilustre familia, cuyo nombre no le era dado manifestar: que se la habia privado de su libertad á fin de prevenir las consecuencias de una culpable pasion al gefe de los sarracenos, y que ella se daba el nombre de Matilde, bien fuese por un trastorno de su razon, ó bien para interesar en su favor á los caballeros que no la conocian ; concluyendo su artificioso discurso diciendo que daria pruebas de la verdad de cuanto dejaba manifestado.

Los caballeros quedaron al parecer satisfechos con tal esplicacion: solo Othon que conocia bien el artificioso y falso carácter de Lusiñan, aunque aparentó dar

crédito á sus palabras, se propuso exigir las pruebas prometidas; pero juzgó al mismo tiempo que seria una cosa imprudente hacerlo en aquella ocasion en que los cristianos necesitaban tener reunidas todas sus fuerzas contra Selim, evitando todo pretesto de division; por lo mismo pues se limitó á pedir permiso á Lusiñan el dia siguiente para visitar á la jóven prisionera, aunque sin insistir demasiado en ello; pero con gran sorpresa de Othon le respondió aquel Príncipe que el fuerte en que la señora se hallaba encerrada, se hallaria abierto para él en todos tiempos. Á pesar de esta respuesta un resto de desconfianza impelió á Othon á pasar á la fortaleza aquel mismo dia. Con efecto, llegado al pie del muro, pidió ver á la prisionera: inmediatamente se le franqueó la entrada, y hallándola allí con efecto, la hace varias preguntas con el mayor interés, y por sus respuestas se convence de que es cierto cuanto Lusiñan habia dicho.

Estraño sin duda debe parecer esto á los lectores; pero para su desengaño debemos decir que aquel Príncipe por la demanda del marqués de Brandemburgo previó lo que este haria, á pesar de la satis-

faccion que habia procurado dar á él y á los demas caballeros; y para acabar de dar apariencia de verdad á cuanto habia supuesto, empenó á una de sus cortesanas á que hiciese el papel de Matilde. Por fortuna de Lusiñan aquella jóven, cuya estatura y facciones tenian alguna leve semejanza con las de la Princesa, desempeñó tan bien su papel, que Othon, que solo habia visto de lejos á Matilde, quedó engañado, y no pudo menos de justificar á Lusiñan con aquellos caballeros que como él dudaban de su veracidad.

A pesar del recato y precaucion con que todo esto se hizo, no pudo sin embargo verificarse con tanto silencio que no llegase el rumor á oídos de Selim, que á la sola idea de que Matilde vivia y de que gemia entre las cadenas de Lusiñan, no pudo ya contenerse; y por lo mismo, consultando mas bien con su amor que con el número de sus soldados, muy disminuido por el último combate, reúne á los mas escogidos: los anima: atraviesa una parte de la isla á favor de las sombras de la noche, y al salir el sol la mañana siguiente presenta la accion á los cristianos, lisonjeándose de que la victoria le proporcio-

naria apoderarse del fuerte en que estaba prisionera Matilde.

Asombrados los Cruzados creen que Selim ha recibido grandes refuerzos y procuran ganar tiempo sin empeñar totalmente la accion, con el fin de conocer á fondo cuales son las fuerzas musulmanas y Selim tiene el desconsuelo de que se pase el dia sin que haya una batalla formal y decisiva. Á la noche siguiente cerciorados los gefes del ejército cristiano de las fuerzas de su contrario, creyeron deber aprovecharse de la temeridad del enemigo, determinando atacarle al rayar el dia: mas por fortuna Selim habia sabido la falsedad del rumor que se habia extendido acerca de Matilde y desengañado de una ilusoria esperanza, conociendo todo el riesgo de su posicion se retiró precipitadamente; mas habiéndolo observado Lusiñan le persiguió de modo que el príncipe tuvo que empeñar la accion con su retaguardia al rayar el alba.

Selim llegó á un valle cuyo angosto paso daba alguna seguridad á sus tropas contra el desenrollo de las de su enemigo muy superiores en número y que hacian por consiguiente retirar á aquellas. Al ver

esto el Príncipe, las arenga, las anima y logra reunir las. Llevado del deseo de vengar la muerte de su hermano, y todas las desgracias de Matilde, busca ansioso á Lusignan y semejante á un leon hambriento á quien los cazadores quieren arrancar su presa, mira á todas partes con centelleantes miradas: reconoce al punto al Rey de Chipre por el penacho rojo y blanco que ondeaba sobre su yelmo de oro, y mucho mas por los terribles golpes de su espada.

Un monton de cadáveres le rodeaba y el terror le precedia y seguia sus pasos: solo se le oponia Osmalik, musulman de una estatura y fuerzas prodigiosas, el cual acababa de lanzar contra Lusignan una roca que debia sepultarle; el Rey evita el golpe; pero Valeriano de Limburgo que peleaba á su lado queda herido mortalmente y cae en tierra, soltando de su moribunda mano aquella espada que acababa de cubrirle de gloria: su vida sale con su sangre: por última vez abre sus ojos, que jamas habian de ver ya los campos de Palestina, por los que lo habia abandonado todo: eleva su vista al Cielo invocando la ayuda del Padre celestial en aquel terrible trance; y pronunciando una breve ora-

cion exhala su alma. Así pereció aquel jóven á quien la mano de su tierna esposa pocos dias antes habia ceñido su frente con una doble corona ; Desgraciada jóven con cuan amargas lágrimas bañaste aquel sangriento y desfigurado cadáver ! ; Con qué desconsuelo buscabas aquellas dulces miradas de un esposo adorado , por quien acababas de atravesar los mares en medio de los mayores peligros ! ; Cuánto habias llorado el celo que le arrancó de tus brazos para morir en tan lejanas playas ! Dichosa al menos en no tener que llorarle por mucho tiempo , el dolor acertó tus dias y muy en breve la tierra de Chipre abrió su seno y recibió en él á dos esposos á quienes el amor y el himeneo habrian dado en su pátria una corona de flores que no se marchitan y una larga série de dias felices.

Á la falda de una colina que domina el mar , y bajo una roca entapizada de enredadera pendiente de pámpanos y flores silvestres , á cuyo alrededor la naturaleza misma ha derramado frescas sombras , y plantado los amantes algunos cipreses y sauces llorones , se ven aun los restos de un sepulcro sobre cuya losa estan inscrip-

tos los nombres de *Valeriano* y *Flora de Maguncia*. Cuando los vientos principian á sublevar las olas, el ruido de las que se quiebran al pie de la roca y el susurro del céfiro entre las hojas, forman gemidos que la opinion vulgar atribuye á las sombras de los dos esposos que andan errantes por aquellos solitarios sitios. La jóven y tierna doncella, suspíra al oírlos y derrama lágrimas, y las desgracias y la tumba de *Flora* hacen desaparecer por un momento de la imaginacion la isla de *Citères* del mismo modo que las mas ligeras nubes suelen á veces oscurecer los risueños dias de primavera. Todo inspira allí la melancolía mas profunda, propia del íntimo sentimiento de la inestabilidad de nuestros placeres y de la corta duracion de nuestros bienes. Todo convida allí á los amante á que se digan "Sé mi *Valeriano*; sé mi *Flora*;" pero dejemos estas lúgubres ideas y sigamos nuestra historia.

Lusiñan lleno de furor al ver el golpe que habia acabado con *Valeriano*, le venga inmediatamente; déjando caer como un rayo su cortante espada sobre la cabeza de *Osmalik*: á tan furioso golpe las armas de éste quedan muy maltra-

tadas , y brota la sangre de la herida que ha recibido. Vacila pues el guerrero y cae, llamando en su socorro á Selim : sus compañeros se quedan pálidos de susto y buscan en la fuga su seguridad: pero Selim ha oido el grito de Osmalik : le ha visto caer, es su amigo, la flor de los guerreros de Asia y sobre todo es Lusiñan quien le ha herido “ Ven hácia mi, esclama el Príncipe con una voz semejante al trueno ; ven hacia mí fiero enemigo : Lusiñan yo te busco, y en vano te escaparás ya de mis manos ” Diciendo estas palabras, á las que el Rey da por respuesta una insultante sonrisa de desprecio, Selim descarga sobre él su cimitarra que hace saltar centellas de su armadura ; pero cuyo golpe, parado por la espada y escudo de Lusiñan, no hace mas que atolondrarle por un momento. “ Vas á juzgar por tí mismo, le dice éste, cual de nuestros dos aceros es mas terrible al otro y descarga sobre Selim un golpe terrible : el casco del Príncipe, como de un acero menos fino que el de Lusiñan, cede al hierro que le hiere y salta en menudos trozos, dejando descubierta la cabeza del jóven héroe. Lusiñan queda á esta vista sorprendido : cree ver á Malek-Adhel : se

turba, y su corazón se llena de un negro presentimiento. Selim, cuya cabeza se había inclinado algún tanto al golpe, aunque momentáneamente, ya no escucha á la prudencia: se arroja á su enemigo: le coge por la mitad del cuerpo: lo saca del arzon y cae en tierra sobre él; lucha ventajosamente; oprime á Lusignan con su nervioso brazo, y le intima que se rinda. Aquel recurre á la astucia; y mientras implora la generosidad de su vencedor, cuya espada ve levantada sobre su cabeza, saca un puñal y procura herirle; pero sujetado su brazo no sirve á su furor, y así es que apenas hiere al Príncipe: indignado éste, le introduce la espada por el costado, y creyendo haberle herido mortalmente se retira por entre una multitud de combatientes que acuden al socorro de su Rey, sin que estos se atrevan á turbar su retirada. La caída de Lusignan reanimó el valor de los musulmanes: aquel triunfo equivale á una victoria: rehacen sus filas en buen orden y celebran el valor de su general cantando himnos de triunfo. Osmalik, que á este tiempo había sido conducido á su fila, alzando su abatida frente esclama: "Amigos míos, vosotros me reanimáis: mi corazón parece sustraerse de

la muerte de modo que ya no siento mis heridas.”

Avergonzados los dos Enriques de Sajonia y de Bravante de que se les fuese de entre las manos una victoria que habian mirado ya como segura, procuran reconquistarla á todo trance; y para ello se arrojan con la mayor intrepidez sobre los batallones enemigos invitando á sus tropas á que los siguiesen “¡Oh Dios! exclaman: si es vuestra voluntad que perezcamos, os pedimos sea en las riberas del Jordán; pero concedenos aqui la victoria” Diciendo esto, esgrimen con una mano su ensangrentada espada y con la otra tremolan una bandera de la cruz, que habian vuelto á tomar á los Infieles. A la vista del respetable signo de la fe y á la noble invitacion de su Príncipe, los valientes Sajones llenos de nuevo ardor se precipitan en pos de él, y el combate vuelve á renovarse con mas encarnizamiento que al principio. Quiza iba ya á sucumbir y disiparse la gloria que Selim acababa de adquirirse, si Mohamet, inquieto por su ausencia, no hubiese salido en su busca para sostenerle con todas sus fuerzas llegando al campo en el mismo momento en que los duques de Suavia y de Bra-

vante recuperaban la victoria que se les escapaba de entre las manos. No obstante Selim tuvo el pesar de ver caer á los golpes de sus cortadoras espadas á Eliadon, el mas jóven y amable de los hijos de Saladino, y que daba ya esperanzas de seguir las huellas de su padre. El Sultan creyó que no podia aprender el arte de la guerra bajo la direccion de mejor maestro que su tio, y se lo habia confiado, exigiéndole velase con el mayor cuidado sobre una vida tan querida.

Fuera de si de furor Selim al ver aquel tierno lirio segado en su mayor lozanía, y á quien la naturaleza habia prodigado todas las gracias de la juventud y los dones que mas podian lisonjear el corazon de un padre, cubierto yá de un nuevo yelmo se arroja sobre los dos duques, hiere á uno de ellos, le desarma y le hace prisionero. Su fiel compañero de armas al advertirlo quiere morir ó librarle: Terrible, y animado por el sacro fuego de la amistad, sigue á Selim y á los que le conducen; derribando cuanto se le presenta y quiere impedirle el paso; pero oprimido muy luego por la muchedumbre experimenta igual suerte que su amigo: Desde

este momento los cristianos pierden toda esperanza de triunfar se reunen á la voz del Duque de Baviera, y huyen precipitadamente, teniéndose por muy dichosos en poder restituirse á sus Reales sin ser perseguidos.

Los sarracenos perdieron en tan sangrienta accion tanta gente cuando menos como sus enemigos ; pero ademas de haber quedado Lusiñan fuera de combate, la prision de los mas valientes gefes del ejército cristiano les daba incontestablemente una gran ventaja. No creyéndose facultado Selim para disponer de unos prisioneros de tan alta clase, los envió á Saladino con una muy buena escolta, dándole cuenta al mismo tiempo de la desgraciada suerte de su hijo, pero sin poder decirle cuál de los dos príncipes era el que le habia privado de la vida.

Desesperado Saladino con tal pérdida, quiso inmolar en venganza sobre el sepulcro de su hijo al que le habia muerto; mas, á pesar de todas sus mas terribles amenazas, no pudo averiguar la verdad entre los dos ; porque deseando cada uno de ellos salvar la vida de su amigo á costa de la suya propia, se acusaba de la muerte

de Eliadon. El Sultán aunque conmovido al ver tan generosa lucha, cedió al grito de la naturaleza, y condenó á los dos al último suplicio. En vano Enrique de Sajonia, que era el que verdaderamente habia descargado el golpe mortal, se arrojó derramando lágrimas en los brazos de su amigo, conjurándole en nombre de su familia, de la religion y de la patria, que le dejase perecer solo, y no quisiese verter inútilmente su sangre. "Querido amigo, le decia, mientras tú vivas yo no habré muerto del todo; y cuando lleves á mi anciano padre mi cruz y mi retrato, creerá no haberlo perdido todo, volviendo á ver la mitad de sí mismo." Enrique de Bravante se mantenía inflexible á sus ruegos, con la esperanza siempre de salvar los dias de su amigo, atrayendo sobre sí solo la venganza del Sultán, ¡Divina amistad! Tú eras la que derramabas tu noble entusiasmo en el alma de estos bravos caballeros, mezclado con el amor de la gloria, de la religion y de la patria que aumentaban su intensidad. Todavía, santa amistad, te alabamos en estos tiempos; pero podria decirse que te sucede lo que á los rayos de luz que desde lo mas alto de la bóveda ce-

este llegan á nosotros, que atravesando la atmósfera, se quiebran ó pierden mucha parte de su resplandor; así tú tambien con el transcurso de los siglos has perdido mucha parte de tu fuerza. ¡Ah! ¿serás verdaderamente la débil llama de las lámparas funerarias que arden sobre los sepulcros?

Cuando ambos héroes se disputaban la muerte á presencia de Saladino, una de las mugeres de éste, que tenia sobre él la mayor influencia, presenciaba el amistoso combate; y conmovida, hizo que retardase el Sultan la sentencia, diciéndole averiguaria ella el verdadero matador de su hijo. Penetrada esta Princesa de tanto heroismo, no habia podido menos de concebir hácia Enrique de Bravante un sentimiento mas vivo que el de la admiracion, y mas profundo que el de la compasion: resuelta á ver á éste, logró que se la franqueasen las puertas de su prision; y con efecto, Evarina, que este era su nombre, habló á Enrique, y le prometió salvarle si queria darla su corazon y su ternura y huirse con ella. “¿Y mi amigo? la dijo Enrique. -- No puedo salvar, contestó Evarina, mas que á uno de los dos. -- Pues sien-

do así, replicó tristemente el duque de Bravante, señalándola la prision en que se hallaba encerrado su compañero de armas, salvadle: yo soy el que me quedo aquí.”

Llegó por fin la víspera del día de la ejecucion de la sentencia, y Saladino mandó comparecer ante sí á los dos Paladines; y habiéndose verificado, con la mayor sorpresa de estos, les dijo: “id nobles caballeros: yo os dejo libres: no culpo á la sangre que habeis vertido, sino á los hazares de la guerra; y ya que no puedo ofrecer os mi amistad, llevaréis á lo menos mi estimacion: volved á vuestros Reales, y continuad siendo el modelo de un sentimiento que ha desarmado mi cólera. La sombra de mi amado hijo gemiria por vuestro suplicio, y yo mismo me avergonzaria de tomar venganza de vosotros de otro modo que en el campo de batalla y con las armas en la mano. -- Generoso Sultan, le respondió Enrique de Sajonia: ¡cuánto te realza á nuestros ojos esa consideracion! Tú nos convences de que la verdadera grandeza de alma..... -- Príncipes, no os engañeis, le interrumpe Saladino; si me

veis restituido á sentimientos mas nobles que el de la venganza, no creais que han nacido de mí mismo: duque de Bravante, ved aquí vuestro libertador: oculto bajo un traje musulman, que no es el de su sexo, él es quien te ha prodigado sus desvelos en la prision, quien te ha consolado en tus males, y quien la víspera del día de vuestro suplicio ha venido á echarse á mis pies, me ha pedido la muerte para sí mismo, descubriéndome bajo sus facciones descoloridas por el dolor la noble hija del duque de Baviera. Mi corazon no es insensible, y no he sido dueño de resistir á tanto amor y amistad. Esta Princesa queria asimismo obligarme á que callase lo que vos la debeis; pero no he tenido por conveniente hacerlo, creyendo que os tendreis por sumamente dichoso en vivir, puesto que el Cielo os conserva un amigo verdadero, y un corazon como el suyo.”

El duque de Bravante oyendo estas palabras no pudo menos de arrojarse á los pies de la bella Olimpia, vertiendo lágrimas de gratitud y de ternura; y en seguida lo hicieron los tres á los de Saladino para

espresarle su reconocimiento. El generoso Sultan los levantó, dirigiéndoles las mas afectuosas expresiones con una bondad admirable, haciendo se les tributasen todos los honores debidos á su distinguida clase, y mandó se fletase inmediatamente una embarcacion en que volviesen á la Isla de Chipre.

“Señor, dijo Enriquè de Bravante al duque de Baviera, presentándole su hija: os devuelvo vuestra hija querida y digna de serlo, cuya pérdida creyó deber llorar vuestro paternal corazon. Dignáos perdonarla su ausencia, puesto que solo una accion generosa puede excusarla. Á su poderosa mediacion con Saladino debo mi vida, y lo que es mas la de mi amigo. Resistí por mucho tiempo á sus gracias; pero al fin me ha vencido con sus virtudes, que son el primero de sus atractivos y el que me ha cautivado: la amo, Señor, la adoro; y el mas venturoso dia de mi vida será aquel en que vos confirméis la entrega de su corazon, que sin duda me ha hecho, porque sabia vuestro consentimiento. -- ¿Cómo seria posible, responde el duque, que yo negase mi hija al que acaba de resti-

tuírmela? no, no, dijo, estrechándola contra su corazón, lleno de gozo y vertiendo lágrimas de ternura: vivid hijos míos unidos y ¡quiera Dios recompensar así los dos mas nobles corazones que se han armado por su gloria!



LIBRO DUODECIMO.

Volvamos ahora al campo donde Lusiñan quedó tendido y casi muerto á impulso del fuerte brazo de Selim, que creyó haber dado fin á su existencia; pero no fue así: bañado en su sangre y casi sin vida, se le condujo al campo cristiano, donde á poco rato volvió en sí, y registrada su herida para curarla, no se la reputó mortal, gracias á la cota que habia debilitado la violencia del golpe; pero el Rey al recobrar el uso de sus sentidos conoció que si el hilo de sus dias no estaba roto, tampoco podia ser de larga duracion, y que ya se le cerraba para siempre la carrera de la ambicion y de la gloria. ¡Qué cruel convencimiento era este para su orgullo! ¿No le hubiera valido cien veces mas no volver á abrir los ojos á la luz? La Justicia eterna parece frecuentemente que suspende su espada vengadora sobre el criminal para hacerle espiar sus delitos mas horrorosamente. Al momento de la llegada

de los numerosos batallones nuevamente vomitados por la Europa sobre el Asia: á la vista del heróico ardor de que se hallaban animados para la restauracion ó rescate de los Santos Lugares; y en fin al recibir la noticia de los ejércitos que debian seguirlos, habian revivido todas las esperanzas de Lusignan: se imaginaba que muy en breve ceñiria su frente la corona de Jerusalem, mas brillante que nunca: veia ya destruido el poder colosal de Saladino: engrandecia y realzaba su primer reinado con los despojos de su enemigo; y hasta la misma Matilde ya no podria negar su corazon y su mano al conquistador del primer trono del Asia, al primer héroe de la Cristiandad..... ¿mas qué le habia quedado de un sueño tan lisongero? Nada, nada absolutamente: solo algunos dias achacosos y un sepulcro sin honor: si á lo menos hubiese animado su brazo el celo de la fé: si hubiese verdaderamente combatido por la gloria y servicio de Dios, habria hallado algun consuelo en sus propias ideas, y se podria prometer que Dios le diese en el otro mundo una corona de mas valor que la mas bella que pudiese conseguir en este; pero conocia muy bien cuán injusto é ir-

religioso era que sirviesen de pretesto para el pillaje y la desolacion los sentimientos de generosidad, celo y heroismo, únicos que la religion puede inspirar. Sin duda es la mayor gloria á que el hombre puede aspirar la de llevar á cabo, digámoslo así, ó cumplir las intenciones claras de su Criador, cumpliendo las leyes de la naturaleza corregida por la religion, y poner en práctica la moral sublime del Cristianismo, contribuyendo á la felicidad de sus hermanos sin distincion de individuos ni naciones. En esto fundaron su gloria los Titos, los Trajanos y los Marco-Aurelios; pero no era esta la moral de Lusiñan: el blanco de sus acciones era la ambicion revestida de todos los colores; y la pérdida de todas sus ilusiones de grandeza y gloria, el menosprecio de Matilde, su derrota en un combate en que creyó segura la victoria, y el triunfo de un rival que odiaba; todas estas ideas, pues, eran otros tantos buitres que se le ponian delante para devorarle las entrañas. No pudiendo tolerar la sola idea de ver á Matilde libre corriendo á los brazos del victorioso Selim, resolvió enviar aquella Princesa á Inglaterra, é hizo preparar para ello un ligero buque muy

á propósito para el fin que se proponia; y para evitar los riesgos á que podria exponerse al atravesar por varios puntos del mar, cubiertos de bajeles enemigos y llenos de corsarios, dió orden al capitan y tripulacion de que enarbolasen la bandera musulmana, vistiéndose al estilo sarraceno.

Con efecto, se condujo secretamente á Matilde á la embarcacion, sin darla parte de cuál iba á ser su destino; por lo que no pudo menos de creer que Lusiñan la pasaba á alguna otra fortaleza de sus dominios. Impelida la nave de un viento favorable navegaba á todas velas, atravesando la escuadra enemiga sin que se la inquietase, cuando volviendo Matilde la vista casualmente desde el camarote enrejado (en donde se la habia puesto, rodeándola de centinelas de vista) hácia el navío almirante de dicha escuadra, reconoció á Selim, que en pie sobre cubierta, y teniendo la lanza en la mano, daba sus órdenes para la partida. ¡Oh que situacion tan cruel! Fijos sus ojos desde las rejas de su prision, Matilde vé y reconoce á su amante, del que tal vez se aleja para siempre. Una palabra, una sola seña que pudiese hacerle, cam-

biaba de repente su destino ; pero por desgracia no le son permitidos ni una palabra ni una seña. Ella le habla : le llama en el fondo de su corazon ; le llama con los ojos ya que no puede hacerlo con los lábios , pareciéndola que el Príncipe debe responderla á cada una de sus palabras. ¿ Dónde la conducia Lusignan ? Á algun retiro estraviado , en donde no pudiese penetrar Selim aun cuando llegase á descubrirlo. ¿ Y cuántos serian los años que tendria que gemir sus persecuciones , sus rigores y su impetuoso amor , antes que una mano benéfica y protectora pudiese arrancarla de su cautiverio ?..... Tales eran las reflexiones en que se abismaba ; pero sin murmurar por eso contra la inflexibilidad de la suerte que se obstinaba en perseguirla ; ¡ mas cuán agena se hallaba todavía de preveer las vicisitudes y desgracias que la aguardaban ! Felizmente para los mortales tienen siempre corrido el velo del porvenir y cerrada siempre la vista , perdiéndose en sus investigaciones en el vago horizonte de lo futuro , sin poder entrever las nubes borrascosas que le ocultan : y si divisan un rayo de luz que los deslumbra , creen que su resplandor será eter-

no, y se olvidan de que los escollos que les aguardan deben terminarse solamente en el sepulcro. Matilde volvía á Europa; pero su destino era el de no volverla á ver jamás. ¿Sería ésta una de las desgracias que más debía temer? No: porque la patria verdadera es á la que más se aficiona el corazón, y en donde le es permitido amar, sino para ser feliz, á lo menos para hacerse agradable la existencia. Podrá tal vez hallarse un infierno en los sitios más hermosos que nos han visto nacer, y el Eliseo en un país extranjero; pero será porque estos tormentos nacen comunmente de los errores ó de la ignorancia.

Por muy en secreto que se tomaron las medidas y precauciones por Lusitania para preparar el buque que debía conducir á Matilde, no lo fueron tanto, que no llegasen á los oídos del público, que juzgó al momento se destinaba para salvar las riquezas de aquel monarca de los accidentes y contingencias de la guerra: además este rumor llegó también hasta unos piratas bárbaros que cruzaban por aquellos mares; y así es que no bien había pasado la nave las costas de la Siria, cuando se vió acometida por dos navíos

de los mismos piratas que la obligaron á rendirse. Apenas la registraron, viéndose engañados en sus esperanzas y errado el golpe, llenos de furor resolvieron sacar todo el partido posible de su presa, y dieron la vela para un puerto de la misma Siria, á fin de vender en él como esclavos todos los que iban en la nave de Matilde, y á esta misma; cuyo proyecto se puso en ejecucion, y Matilde fue vendida á un proveedor del Califa de Bagdad, que la compró á un gran precio, atendida su grande hermosura. En vano la Princesa trató de persuadir á su nuevo amo la dirigiese á Selim-Adhel, asegurándole daria por ella un inmenso rescate; porque aquel hombre inflexible temió que sus palabras no le armasen algun lazo en que quisieran hacerle caer: habia aprendido á conocer lo riesgado que es tratar con un déspota, y aun con el último de sus agentes, y esto le hacia desconfiar.

Luego que llegó Matilde á Bagdad, se la condujo al palacio de los califas con otras esclavas, y quedó como deslumbrada al ver todo el brillo del lujo oriental. Aunque muy decaído el poder de los califas, y muy distante de su antiguo esplendor y

grandeza , conservaba aun toda la apariencia de ella : se recibió á la Princesa bajo un pabellon de figura octógona (ó de ocho caras), sostenido por diez y seis columnas de pórvido: los capiteles, el artesonado, el alquitrave y la cúpula de este cenador brillaban con el oro ; y la pintura y escultura ofrecian por do quiera que se volviese la vista todas las principales hazañas de los califas : se hallaba situado en el centro de los jardines de Palacio : tenia un terrado cubierto de fragantes arbustos y flores de mil colores y clases, y desde él se descubrian hasta un horizonte inmenso las vastas y magníficas campiñas de Bagdad. Lo interior del pabellon competia en amenidad y riqueza con la naturaleza ; y cuando las odaliskas bailaban allí, formando los mas interesantes grupos, coronadas con preciosas guirnaldas de vistosas flores, ó jugueteaban con las siempre frescas y cristalinas aguas que caian de todas las pilastras de las columnas, que cada una era una fuente, en los bellos tazones de alabastro, se le hubiera sin duda tenido por un templo de Venus, servido por sus sacerdotisas, y en cuyo contorno ardian continuamente los mas subidos perfumes é in-

eiense de las tres Arabias en braserillos de oro.

En este sitio esperaba Matilde que se presentase el Califa, preparándose á descubrirle su nombre, clase y largos infortunios, ó á morir antes que verse contada entre el número de sus mugeres; pero el Califa era un viejo que ya no se ocupaba en su serrallo, y solo frecuentaba las mezquitas. Matilde, pues quedó dulcemente sorprendida cuando esperando al Califa vió entrar en su lugar á su hija Záfira, aquella Princesa, ídolo de su poder, con todo el brillo de su juventud, que sobre el turbante llevaba una corona de perlas, y al pecho un medallon guarnecido de piedras preciosas, en el que se hallaban grabados los símbolos reverenciados por el islamismo (*). La espresion de su fisonomía ofrecia una mezcla de magestad y de dulzura, que al paso que imponia respeto, parecia animar á la desgracia siempre tímida, anunciando un corazon compasivo: pero las cualidades naturales de Záfira no eran á propósito para luchar con esta misma desgracia, ó llámese pruebas

(*) Asi se llama la religion de Mahoma.

de la vida ; porque era semejante á aquellas flores tiernas y delicadas sin raiz , cuyo desarrollo favorece el soplo de la prosperidad , pero que se marchitan y ceden al de las pasiones. ¡ Cuántas mugeres hay que siempre dichosas se complacen en hacer bien , y sienten con viveza los males ajenos ; pero que una sola vez que sean desgraciadas , se consideran como solas y abandonadas en medio de la inmensidad de la naturaleza , y sacrificadas enteramente al infortunio ! además parece que intentan vengar en otros sus propios males ó sus errores , y que su mal humor es el resultado de sus virtudes ó de las circunstancias. Záfira pues echó una mirada sobre las jóvenes esclavas que se la presentaron , y apenas fijó sus ojos en Matilde , cuando , prendada de su figura y noble porte , al mismo tiempo tierno é interesante , la escogió para su servicio y la hizo el mas bondadoso acogimiento. Bien pronto , cediendo á aquel encanto interesante y siempre victorioso que ganaba los corazones , Záfira tuvo en Matilde mas bien una amiga , que una esclava , haciéndose ambas inseparables.

No sabiendo bien Matilde el modo con

que se conduciría respecto de la amistad con una Princesa que á sus buenas cualidades personales reunía la ligereza é inconstancia de su edad, y cuyas inclinaciones, como á menudo sucede, podían ser mas bien un pasatiempo ó un desahogo alegre que un sentimiento verdadero y profundo; temerosa tambien por otra parte, de que su nombre llegase á los oídos de Saladino, y contenta con el estado de tranquilidad de que gozaba despues de tantos dias de tristeza y sentimientos, no quiso descubrir á Záfira quién era; contentándose solo con interesarla á su favor con la relacion de algunas particulares de sus desgracias. El mismo Califa se complacia en preguntarla acerca de los príncipes cristianos, y gustaba tanto de su conversacion, que á instancias de su hija restituyó á Matilde su libertad, mirándola únicamente como una amiga de Záfira.

Habiendo advertido ésta que Matilde, á lo que parecia, la ocultaba grandes secretos (á pesar de que la habia prometido contarla toda la historia de su vida cuando el Califa su padre la casase con un Príncipe jóven y gallardo) palpitándola el corazón de gozo la buscó un dia, y confiden-

cialmente la contó que ya había encontrado tal esposo, ofreciéndosela un matrimonio que colmaría sus deseos: que su prometido ó novio era un jóven completo, y que aunque no le había visto mas que una sola vez en un torneo, ella le adoraba: que el tal, segun la espresion de uno de sus mejores poetas, era la estrella de la mañana que mezcla sus fulgores á los de la nueva aurora. -- “¿Y cómo se llama? dijo Matilde con una especie de estremecimiento involuntario. -- Aquí está su retrato: ¿no pensais lo mismo que yo?” -- Matilde, mira el retrato y reconoce al punto todas las facciones de Selim. Un funesto presentimiento se lo había casi anunciado desde el elogio que de él hizo Záfira; pero como no obstante se hallaba muy distante de sospechar infidelidad en aquel Príncipe, había desechado de sí semejante idea, y solamente contempló repetidas veces el retrato para convencerse de que sus ojos no la engañaban: mas á pesar de su presencia de espíritu y de su disimulo, se sucedian en su semblante la palidez y otros colores, de manera que cualquiera otra que la jóven Záfira lo hubiera echado de ver. “Y bien mi querida Emma (pues así llamaba

á Matilde); ¿no apreciariais un esposo como éste? ¿Temeis hablarme con franqueza? ¿Callais? -- ¡Ah amiga mia! responde Matilde, si su corazon corresponde con su semblante ¡feliz la esposa que le llame suyo! Por lo demas ¡sois vos tan digna de ser amada!..... Sin duda que este Príncipe.....--¿Cómo sabeis que es Príncipe?-- Porque supongo que solo el que lo sea puede aspirar á vuestra mano, y que sin duda no habrá podido sustraerse de vuestro imperio; y tambien creo estareis segura de que poseis su corazon. -- Selim-Adhel no me ha visto mas de una vez siendo yo muy jóven: es cierto, que sus ojos me hablaban el lenguaje del amor, pero yo no comprendia todavía este lenguaje: creo que en el dia le entenderé mejor; y por otra parte, añadió con una dulce sonrisa, os tengo á vos para que seais mi intérprete. -- Dispensadme, señora mia: el Príncipe Selim es el mayor enemigo de mi pátria, religion y familia: admiro seguramente sus buenas prendas; pero ha sido causa de que pierda lo que mas amaba sobrè la tierra, y no podria verle sin que volviesen á abrirse mis mas cicatrizadas heridas. -- Sí Emma, contestó Záfira: accedo á lo que me pides,

tanto mas voluntariamente (añadió con la mayor sencillez) quanto que si deseo ser amada esclusivamente, es preciso que no te vea." Permítasenos aquí dudar un poco de la sinceridad de Záfira: era muger, jóven, hermosa y Princesa: y con estas cualidades ¿cómo podremos persuadirnos que se creyese con seriedad inferior á Matilde, y que ésta mereciese la preferencia? Mas de una vez habia hecho ya conversacion con sus camareras, y todas se la habian manifestado algun tanto sorprendidas, de que ni aun siquiera la hubiese ocurrido semejante duda. Una la decia que era sin comparacion mas jóven que Matilde: -- "es verdad, la decia Záfira, que yo tengo dos años menos:" otra la expresaba que era ella infinitamente mas amable que aquella Princesa, decidiendo que solo una natural alegría era capaz de escitar el amor. -- "Sí, con efecto replicaba Záfira: tiene Emma cierto aire melancólico, que al fin no puede menos de çansar á un amante; pero á veces he procurado yo imitarla en esto mismo." -- Guardáos, señora, exclamaban todas á una voz: guardáos de imitar ni querer asemejaros sino á vos misma. ¿Qué muger del Oriente no se ren-

diria á tan poderosos argumentos? Por esto pues parece debe de haber aquí alguna pequeña inexactitud en esta historia; pero de cualquier modo que sea, se deja conocer que Záfira queria y deseaba aparentar un sentimiento de modestia que conocia se desaprobaba muy en breve; mas volvamos á nuestra historia perdonando los lectores esta digresion, que no pudo menos de hacer á lo que parece, el autor de este manuscrito al referir las últimas proposiciones de Záfira, y que yo por abundar en las mismas ideas no me he atrevido á omitir. -- “Ah señora, contestó Matildé á Záfira al oír el ligero sentimiento de ésta. ¡Cuánta indulgencia os inspira la amistad á mi favor! -- No: segun se dice el corazon de los hombres es tan inconstante, á lo menos entre nosotros (no sé si en Europa será lo mismo), que una muger no debe preocuparse con sus atractivos hasta creer que posee sola á cuantos llega á enamorar.”

Acabada esta conversacion, á la que nada quedaba ya que responder á Matilde, ésta se retiró abismada en las mas tristes reflexiones. ¿Será posible, decia entre sí, que Selim sea infiel? ¡Selim esposo de Záfira!

Esta idea la trastornaba á pesar de los esfuerzos que hacia para combatirla: Tan cierto es que cuando el corazon procura justificar al objeto que ama, se halla muy cerca de perdonarle: por lo tanto Matilde trataba de persuadirse, y aun se lo creia, que podria muy bien haber llegado á los oidos de Selim la noticia de su naufragio y con ella la de su muerte; y en este caso no se creia la Princesa con derecho alguno para exigir de él una constancia eterna, mucho mas cuando es sumamente rara la que llega hasta el sepulcro; y una prueba de esta verdad era ella misma respecto de Malek-Adhel. Por otro lado reflexionaba que Záfira era hermosa y que sus atractivos se aumentaban considerablemente con el resplandor de un trono: y por último pensaba tambien que Selim obedecia sin duda las órdenes de Saladino; y no habria podido negarse á un enlace dictado por la política ambiciosa de su hermano.

Estas reflexiones calmaron algun tanto á Matilde conociendo cuan justas eran; pero sin embargo hubiera querido mejor que Selim no hubiese dado motivo á hacerlas; y por último antes de condenarlo quiso observar cual se conducia con Záfira y qué

sentimiento le inclinaba hácia ella, ocultándose entretanto Matilde cuidadosamente de modo que jamás pudiese aquel Príncipe descubrirla.

Por muy comunes que sean las ilusiones amorosas aun entre mugeres que por su rango y por otras circunstancias deberian contarse por exentas de ellas, no alucinaron á Matilde en tales circunstancias; pero vengamos ahora á lo que realmente habia pasado en todo este tiempo á Selim.

Considerando Saladino que las fuerzas navales con que contaba Selim no eran suficientes para destruir la escuadra de los Cruzados, ni aun oponerse á sus empresas, le habia llamado á Palestina, para reconcentrar sus ejércitos y esperar allí al enemigo. Este plan le salió perfectamente; y los felices sucesos de Selim le libertaron en muy poco tiempo de los riesgos en que le habia puesto aquella Cruzada. Queriendo despues atraerse la alianza del Califá de Bagdad á fin de que emplease todo su poder para precaver sus estados en lo sucesivo de otra invasion, habia puesto los ojos en Selim, como el Príncipe de su sangre mas acrehedor á su gratitud y que reputaba

mas digno de obtener la mano de Záfira. Además de estas ventajas tal enlace le aseguraba un trono sin perjuicio de sus estados ni de sus propios hijos. Por tanto intimó á Selim y trató de persuadirle á que se prestase á sus miras ; y éste, no teniendo ya motivo alguno plausible de resistirlas, sobre todo despues de la pérdida de Matilde, no habia querido incurrir de nuevo en la desgracia de un hermano á quien debia tantos beneficios ; y además por mucha constancia que mereciese la memoria de Matilde, su corazon estaba tatalmente cerrado á cierta especie de ambicion, y mas pudiendo prometerse como se prometia, accediendo á las proposiciones de su hermano, ocupar uno de los tronos de Oriente que á pesar de su decadencia brillaba con grande esplendor : y con efecto, bien meditado todo, á pesar de que aun experimentaba cierta repugnancia involuntaria y una especie de remordimiento interior á obedecer las órdenes del Sultan, pretendiendo la mano de una princesa, de la que solo conservaba un lejano é indifere-nte recuerdo, se presentó en Bagdad, esperando que una de aquellas revoluciones tan frecuentes en los paises sujetos al Is-

lamismo , le permitiese eludir ó cuando menos dilatar su matrimonio con Záfira, si las facciones y demas prendas de ésta no le causaban la misma ilusion que las de Matilde: pero por fortuna de ésta, aun cuando á la vista de aquella Princesa quedó deslumbrado , no experimentó en su corazon cosa alguna que se pareciese á su primer amor, de lo que el mismo Selim no dejaba de sorprenderse. Záfira por su parte experimentó un efecto contrario á vista de Selim ; pues no pudo menos de amarle al punto con pasion , dejándose al mismo tiempo engañar por su amor propio, creyendo que sus gracias habian inspirado igual pasion á aquel Príncipe.

Quedó pues resuelto el enlace, dando motivo los preparativos de las bodas para las fiestas mas magníficas, en las que, consiguiente á lo dicho antes, no se dejó ver Matilde, pero que sin embargo durante ellas pudo ésta observar como se conducia Selim con Záfira. Seguramente debia serle doloroso el ver á los dos pasearse por entre los bosques de naranjos y limoneros, enlazados sus brazos con toda la intimidad del amor; pero sin embargo no dejaba de advertir tambien con

mucha satisfaccion suya, que el semblante de Selim manifestaba cierto aire de tristeza y melancolía que no son propios á un amor dichoso, como efectivamente era asi, pues que Matilde era el solo objeto que ocupaba el corazon de Selim ; y en mútua correspondencia Matilde al ver esto y leyendo por decirlo asi en el corazon del Príncipe, no podia menos de dejarle ocupar en el suyo el mismo lugar que antes, y aun quizá mayor.

Selim no apresuraba mucho el feliz dia de su enlace : Záfira atribuía esta tibieza á una inoportuna timidez, y no cesaba de preguntar á Matilde de qué medios se valdría para que sin comprometer su honor y delicadeza pudiese abreviar su deseada union ; pero al fin el Califa señaló para verificarla la víspera del dia fatal en que debía consumarse el sacrificio de Matilde y la destruccion de todas sus esperanzas.

Las calles se sembraron de flores; las mezquitas humeaban el mas oloroso incienso, y numerosos coros de músicos y bailarines corrian por las calles llenando el aire con los repetidos nombres de Záfira y Selim. En la misma noche dió el Ca-

lifa una fiesta en la que la diosa de la hermosura debia ceñir con una corona de flores las cabezas de ambos esposos y anunciarles una felicidad sin límites. Matilde hasta entonces no se habia dejado ver ; pero el Califa exigió imperiosamente de ella que hiciese el papel de Venus , en lo que consintió la Princesa con la condición de que la cubriese el rostro un velo de gasa, sin que por eso se ocultase á los que quisiesen verla ; y Záfira aprobó aquella tímida reserva , tal vez tambien porque temia que el rostro descubierto de Matilde pudiese eclipsar algun tanto la belleza del suyo.

Apareció pues la princesa de Inglaterra en medio de la fiesta , vestida con el traje de Venus y llevando al amor por la mano ; mas cuando tuvo que bajar las gradas del templo para llegar á unir á Selim y Záfira con la cadena de flores , sintió que la flaqueaban sus rodillas y apoyándose sobre la ara en que ardía el incienso que se la tributaba , dirigió al Príncipe árabe estas palabras “ ¡ Selim , Selim puedo contar con vuestros juramentos ! ¿ no me habeis hecho otros en algun tiempo ? ”

A la voz penetrante , que Selim no pu-

do desconocer, y á la vista de aquellas facciones que el transparente velo le permitia distinguir, Selim queda como petrificado: conoce á Matilde, y ni aun se atreve á nombrarla, ni espresar en aquel momento lo que experimenta; mas al cabo de algun tiempo, volviendo en sí é hincando una rodilla en tierra dirigiéndose á la supuesta Venus, la dijo: “ No, encantadora Deidad, no he profanado jamás vuestros altares: jamás he sido inconstante, y vos reinareis para siempre en mi corazon ” ¡Ah! la divinidad á quien Selim se dirigía, era mortal; y conociendo que la emocion que experimentaba iba aumentándose por momentos; temiendo descubrirse desapareció repentinamente, dejando al amor que hiciese su oficio con respecto á los dos esposos.

Pocas horas despues de esta escena recibió Záfira un billete de Matilde concebido en estos términos:

“ Permitid amable Princesa que use de la libertad que os dignásteis restituirme para que vaya á buscar lejos de vuestro lado una paz que necesito y acercarme á los objetos de mi estimacion: sed tan feliz como mereceis serlo, y vivid segura de que

para siempre conservará dulces recuerdos de amistad y agradecimiento hácia vos..

EMMA.

Al recibir Záfira este billete se hallaba Selim á su lado, el cual habia procurado, aunque inútilmente, ver á Matilde, y no habiéndolo podido conseguir habia vuelto á acompañar á la hija del Califa para conseguir mayores luces sobre el particular. Záfira le habia hablado ya de ella pintándola como á una extranjera bastante bella, pero muy singular ó rara en sus ideas y á la que sin embargo habia tomado cariño.

Záfira perdía esta amiga; y sin duda era la ocasion de manifestarse sensible á tal pérdida, pues que la sensibilidad en semejantes momentos realza la hermosura y aumenta el amor en el pecho del amante; por lo tanto pues, afectó derramar algunas lágrimas cuando leia Selim el billete de Matilde y aun fingió tambien una especie de desmayo. Selim, siguiendo no solo los motivos de la política, sino los impulsos de su corazón y de su amor hácia Matilde, ofreció á Záfira volar en busca de aquella, elogiando al mismo tiem-

po el cariño que manifestaba la Princesa, jurándola que no volvería á Bagdad sin traerla consigo. En vano quiso contenerle Záfira protestándole que pues Emma por su propia voluntad se alejaba, sabría bien el motivo que la asistía para ello. Selim por su parte fingió no creerla, y que reputaba sus protestas como originadas del deseo de evitarle aquella incomodidad: y así salió con la mayor precipitación del aposento en que se hallaba: se informó del camino que había tomado Matilde: aprestó sus mejores caballos; y seguido solamente de dos guardias corrió en pos de las huellas de su adorada Princesa. « Por el Profeta, exclamaba entre tanto Záfira, paseándose agitada por su habitacion, que con semejante hombre no puede una desmayarse. -- ¿Qué teneis Señora? la dijo una de sus damas, que la veía colérica por la partida de Selim -- ¡ Ah Fatmé respondió ella suspirando: me he manifestado demasiadamente sensible: el Príncipe me ha dejado para correr en busca de esa desconocida á quien aparentaba yo echar de menos: lo ha tomado con formalidad; pero en otra ocasion ya procuraré yo ser mas veráz.

Entretanto Matilde, acompañada solamente de un criado de su confianza, y vestida de un traje musulman, al que la fuerza la habia hecho acostumbrarse, se alejaba de Bagdad con la mayor rapidez, siguiendo el camino de Palestina, mirando frecuentemente hácia atrás para ver si era seguida. Apenas los rayos de la aurora principiaban á iluminar las cimas de las montañas, cuando á la entrada de un bosque oyó Selim los gritos de un jóven desgraciado, á quien arrastraban hácia su aduar (*) cinco ó seis árabes para robarle y tal vez asesinarle; y un musulman que acompañaba á esta víctima, acababa de espirar á los golpes de aquellos malvados. El Príncipe movido por la compasion, y lleno de indignacion al ver aquel acto de barbárie, no escuchando mas que la voz de la humanidad, sin reparar en el número de los asesinos se arroja sobre ellos acompañado de sus Guardias, y á pesar de

(*) Llámase *aduar* la tribu ó reunion de los árabes y beduinos que andan errantes por los desiertos de la Siria y de Africa formados de tiendas de campaña que constituyen un pueblo ambulante. (*Nota del Traductor.*)

una flecha que le hirió en un costado los atacó y dispersó en pocos momentos; mas; cuál fue su admiracion y sorpresa al hallar á Matilde casi desmayada bajo el disfraz musulman en el que los árabes querian conducir á su retiro! Considérole el lector, como asimismo cuánta debió ser la alegría que experimentó su alma al verse reunido con el objeto que mas amaba en el mundo y por el cual habia suspirado tanto.

Con efecto, era la princesa de Inglaterra la víctima que acababa de redimir. ¡Qué palabras podrian espresar los sentimientos ó mas bien las sensaciones que por su parte experimentó la hermosa fugitiva al reconocer á Selim en su libertador “Querida Matilde, exclamó éste al fin, recobrado algun tanto de su sorpresa que le habia dejado como estático ó como una estatua, querida Matilde ¿sois vos la que vuelvo á ver y la que estrecho contra mi corazon, ó es acaso una ilusion que trastorna mis sentidos? Pensaba solo en socorrer á un desgraciado y sois vos á quien salvo la vida y lo que es mas el honor. ¡Dios bondadoso, Dios de mi madre, Dios mio, cuán ampliamente me pagais en un solo momento cuántos trabajos y senti-

mientos he padecido! Á la noticia de vuestro naufragio, Matilde mia, y de vuestra muerte, creí perder la vida que ya en nada estimaba ni he estimado hasta ahora; sin embargo una débil esperanza, una voz secreta que oía en el fondo de mi corazón y que me consolaba, me sostenía: ésta voz interior, ésta esperanza me hacía creer que no era posible se hubiese malogrado tanta virtud y belleza. -- Amado Selim responde la Princesa ¡habeis expuesto vuestra vida por mí y á costa de vuestra existencia habeis conservado la mia! Jamás, jamás podré recompensar bastante este sacrificio que me habeis hecho y que indeleblemente se ha gravado en mi corazón para siempre. ¿Estais herido? -- ¡Ah Señora! Esta herida gloriosa; pues la he recibido en defensa vuestra, nada importa, pues aun me queda todavía bastante sangre que reaníme un corazón en que reinais.-- Selim, respondió Matilde, curando y vendando la herida con sus manos de alabastro: si me es grato el vivir y el haberme librado de los ultrages á que me he visto expuesta, es sobre todo porque os lo debo. Si por dos veces os soy deudora de la vida, y ésta última de lo mas que ella apre-

cio, que sin vos habria perdido, es decir, el honor; y asi disponed de ella pues que vuestra es. El Cielo mismo se complace en concederos repetidos derechos sobre ella: cúmplase su voluntad. -- Amada Matilde: tales derechos aunque dados y confirmados digámoslo asi por el Cielo, los quiero tambien obtener de vos misma. -- ¡ Ah Selim! no es cierto que he estado bien expuesta no ha mucho tiempo á perder mis derechos sobre vuestro corazon? ¿ Y Záfira..? -- Jamás creais Matilde que haya podido equilibrar vuestro imperio en este corazon siempre lleno y ocupado de vuestra imágen. Mi amor hácia vos (lo confieso avergonzado ante vos misma) mi amor hácia vos me hizo faltar á mis deberes respecto á mi hermano Saladino, al honor y á mi propia gloria: abandoné mi ejército en el momento que mas necesitaba mi presencia por volar á arrancaros de las manos de Alaziz: mi hermano debia haberme castigado y ya iba á dejar sin pesadumbre una vida que me era ya insoportable, pues que no podia dedicársela, cuando por una inaudita generosidad, Saladino me perdonó y restituyó á su gracia y valimiento. En este caso, esto es, despues de recibir tan-

tos y tan poco merecidos beneficios, no existiendo ya vos, según creía, ¿podía negarme á un himeneo que entraba en sus cálculos políticos? No, seguramente: yo me sacrificaba á sus intereses cuando próximo á formar tales vínculos os reconocí en la voz y en las facciones que dejaba distinguir el velo cuando representábais el papel de Venus, siendo realmente una deidad que bajaba del Cielo á poner fin á mis desgracias y á volver á tomar el imperio que jamás había perdido en él -- ¡Ah Selim! Pero habrán concluido ya nuestros infortunios, ¿ó vendré yo tal vez á anudar la cadena y haceros partir el funesto influjo que por tan dilatado tiempo me ha perseguido? ¿No permanecéis siempre bajo el poder de Saladino? ¿Podré yo robarle la sumisión que le debéis atrayéndoos de nuevo su cólera? No quiero hablaros del trono que el himeneo de Záfira os habría asegurado, sino de que compensación puedo yo ofrecer en su lugar. -- Vuestro corazón. -- No, Selim: dejadme, dejadme abandonada á mi suerte; volved á entrar en la carrera de las glorias y honores que os está abierta, sin añadir á mis pesares los remordimientos de haberos arrastrado con-

migo en un abismo. -- ¿Qué es lo que decís Matilde? ¿podeis usar ese language con Selim? ;Abandonaros yo habiéndoos vueltos á recobrar! ;Dejaros cuando el Cielo mismo ha decretado nuestra union! No, Matilde adorada, muger constantemente amada de mi corazon: no me siento capaz de vencer asi al amor ni quebrantar los juramentos que hice de vivir y no existir sino para vos. Pongo por testigo al Cielo que nos reúne en este desierto y os confia á mi ternura, que no habrá fuerza humana capaz ya de separarnos: Guarde en buen hora Saladino el trono que me destina: por mi parte estoy desempeñado para con él: sus derechos no pueden estenderse á privarme ni á intervenir en los afectos que os he consagrado: ni todos sus dones y gracias que pudiera hacerme, equivalen á una sonrisa á una sencilla mirada vuestra. Vos Matilde, que sois el único objeto de mi corazon, venid conmigo: busquemos un sitio digno de recibir á unos fieles amantes: seguidme á los desiertos de la Arabia feliz: alli manda un Emir que me debe su suerte y colocacion, y con cuya fidelidad puedo contar, el cual nos protegerá aun

contra el mismo Saladino si en algun tiempo quisiese venir á descubrirnos: alli entre sus afortunados bosques é ignorado del mundo vive un anciano Sacerdote y una colonia cristiana, de que es digno Pastor, el cual, mediante el permiso que el Legado de su Santidad os tiene concedido para que podáis uniros conmigo, nos unirá al pie de los altares: el mismo Sacerdote será nuestro padre y guia espiritual: sabeis Matilde que mi madre fue cristiana católica: que los que me criaron lo fueron igualmente, educándome en esta Religion santa, que aunque despues (por haberme arrancado mi hermano de entre sus manos inculcándome las máximas del Islamismo) se amortiguó y aun borró de mi memoria oscureciéndola con el brillo de los cargos y honores y de todos los atractivos de la corte del Sultan; sin embargo, luego que os conocí tomásteis á vuestro cargo y obrásteis mi conversion. Desde este feliz momento volví á ser cristiano, y lo soy y lo seré eternamente: me he declarado protector de los cristianos en cuanto me sea posible, y de consiguiente debo continuar siéndolo, sirviendo de un mediador para con mi hermano: para conseguirlo es

preciso conservarle en la creencia de que soy musulman, aun cuando no lo soy mas que en el vestido; pues si llegase por un evento á saber que he abandonado la religion de mis abuelos, prescindiendo de la pérdida de mi vida, que era lo menos, perderia tambien el honor, y sobre todo originaria el total esterminio del nombre cristiano en el Oriente, dando lugar á la persecucion mas sangrienta y á la ruina y demolicion del Santo Sepulcro y demas lugares Santos, objeto de la veneracion de toda la cristiandad: Dios ve la sinceridad de mi corazon: Dios recibe mis juramentos, y sabe que estoy prento á sacrificarme por su causa. Sí, Matilde, confiad en la Providencia, que jamás nos abandonará, y resignémonos con nuestra suerte futura cualquiera que pueda ser: nos unirán los lazos de himeneo: seremos dos esposos felices, á pesar de cuantos obstáculos quieran turbar nuestra felicidad: gozaremos de todas las delicias del mas puro amor exento de amarguras y remordimientos. Amantes dichosos y esposos afortunados, nos emplearemos solo en obras de beneficencia y en aliviar la suerte desgraciada de nuestros semejantes, y tal vez sepul-

tados en un ignorado retiro: olvidaremos sin pesar la gloria y esplendor de los tronos de Oriente, y no pediremos mas á Dios sino que prolongue tan agradable tranquilidad hasta el fin de nuestros dias; mas si, como espero, mi hermano continúa prodigándome su cariño y me eleva al trono de Jerusalem ó á otro de Oriente, entonces mi primera dicha será presentaros á él y al mundo todo como esposa mia, y dispensar todos mis beneficios por vuestra mano.”

¿Qué podia responder Matilde á este discurso que hacian aun mas sincero y verídico las lágrimas que en ademan suplicante postrado ante ella derramaba Selim como ~~un~~ reo que espera su sentencia?

¿Qué podia responder á las tiernas y respetuosas súplicas de un Príncipe á quien por dos veces debia la vida, y á un amante cuya sangre vertida por ella estaba aun corriendo á su vista; que despreciaba por ella el trono del Califa y la mano de una de las mas hermosas Princesas de Oriente, que se aventia á vivir ignorado del mundo sacrificándola todo el orgullo de su nacimiento y cuanta felicidad podia gozar solo por existir á su lado; y en fin ¿qué podia responder á un Príncipe cristiano que re-

unia á tantos beneficios tan bellas cualidades, y que aventajaba á cuantos conocia en valor, en honor, en belleza y en nobles acciones?

“Seré tu esposa, responde la Princesa: sí, lo seré siendo cristiano como dices. -- Lo soy Matilde sin violencia, y sin otro interés que el convencimiento íntimo en que estoy de la verdad del Cristianismo que reina en mi alma.” -- Matilde, enagenada de placer, alarga la mano á Selim y le dice: “Príncipe será tuya esta prenda tan luego como consagre nuestra union la bendicion sagrada al pie de los altares; entretanto vive Selim seguro de que ocupas mi corazon, y te amo como á mi futuro esposo, uniendo desde este momento tu suerte á la mia.” Selim besó aquella mano querida con el mayor entusiasmo estrechándola contra su corazon, y ambos amantes transportados pronunciaron este dulce juramento que habia de ser la ley de su destino: *para siempre, para siempre*

Inmediatamente tomaron Selim y Matilde el camino de Adem (16), capital de la Arabia-feliz, en donde mandaba Abulassem, Emir de Saladino, á quien estaba unido por una larga amistad é importantes

servicios. Internáronse despues estos dos amantes en unos inmensos desiertos que debian pasar antes de llegar á las fértiles y risueñas campiñas que se estienden en diversos puntos de aquella region. Felizmente era el mes de mayo cuando viajaron, soplando por consiguiente el samili ó viento del Mediodia con su aliento abrasador y pestífero, lleno de los infectos vapores de la Africa; pero tuvieron que sufrir mucho en medio de aquellos mares de arena, que á semejanza de las del Occéano, é impedidas por los vientos levantaban unas olas que turbaban el Orizonte y cubrian los cielos; fenómeno mucho mas temible para el viajero que los peligros del mar mas proceloso. Privada la naturaleza en aquellas playas áridas de todo el influjo del Cielo, sepulta el hombre en su seno ó hace que aterrado de su esterilidad se aleje de ellas. El infeliz y sediento peregrino no halla un pequeño manantial de agua fresca en que apagar la sed que le devora, ni un árbol que le ofrezca no solo sus frutos sino una pequeña sombra hospitalaria. La muerte y la nada parece tienen alli fijo su imperio; sin embargo, en ninguna parte es este mas terrible ni ofrece los caractéres

mas imponentes que en la provincia de Hauran, al pie de los dos montes Kochila y Ada, tan célebres en las poesías Arabes, los cuales dominan á aquellas vastas regiones. Matilde, cubierta con un velo muy espeso, que la defendiese los rayos del sol y de las nubes de arena que formaban los vientos, caminaba montada en un Camello (*), por ser caballería cuyo paso es

(*) Animal bien conocido, de la familia de los rumiantes, cuyos caracteres son: cabeza bastante pequeña: hocico largo, como igualmente el lábio superior: orejas cortas: la órbita de los ojos muy salida ó saltona: cuello largo, delgado, á proporcion de su cuerpo, y arqueado hácia abajo: el lomo con una gran giba ó dos (aunque esto es del dromedario, tambien de la especie y familia del Camello): las piernas largas, casco hendido &c. Este animal resiste las mayores fatigas, y el calor y la sed en los ardientes desiertos de Asia y Africa por muchos dias. Se asegura que en vez de los cuatro estómagos que tienen todos los animales que rumian, el Camello tiene un quinto ó sea bolsa donde conserva el agua, sin que jamás se corrompa, y que esta agua la estrae el Camello con una simple contraccion de nervios, y apaga su sed, que es lo que hace que este

mas suave que el del caballo ; y no precisamente ocultaba su rostro por esta causa, sino porque su vista tal vez no hubiera podido descubrir en aquellas inmensas llanuras mas que algunos beduinos errantes, persiguiendo al pesado Avestruz (*) para adornarse con sus plumas , ó espiar al pe-

animal se pase tantos dias sin beber : beneficio inmenso y prevision de la Providencia pues de otro modo seria imposible transitar por aquellos ardientes desiertos en donde en centenares de leguas no se halla un ligero manantial donde el viajero fatigado y medio muerto de sed pueda apagarla y refrescarse. El Camello es la bestia de carga de la Arabia y demas climas ardientes de Asia y Africa : dobla sus rodillas para que lo carguen y monten , y anda treinta ó mas leguas todos los dias. (*Nota del Traductor.*)

(*) El *Avestruz* es un ave de extraordinaria grandeza , pues alcanza á siete ú ocho pies de altura , y pesa hasta unas 80 libras : es única en su especie , y la mayor de todas las aves. Lo largo de sus piernas y de su cuello hace que se la compare al camello. Su cabeza es muy pequeña respecto de su cuerpo , calva por encima y peluda por debajo ; los oidos estan descubiertos : el pico es recto , corto , ob-

regrino ó viajero imprudente que llega á separarse de su caravana. El único placer del viaje era la conversacion de Selim: Matilde se complacia al escuchar el eco de

tuso: ojos grandes y vivos: cuello largo de color cárdeno un poco veloso: alas cortas, armadas de dos puntas cada una, mas no son á propósito para volar; estan guarnecidas de algunas plumas flexibles ondeantes ó movedizas: cola formada de iguales plumas: piernas y debajo de las alas sin pluma alguna: las piernas son muy fuertes: los pies nerviosos guarnecidos de grandes escamas con solo tres dedos delante y ninguno detras: en fin, el plumage de esta ave es una mezcla de blanco, negro y ceniciento. Esta ave pertenece esclusivamente al antiguo Continente: habita los desiertos áridos, arenosos y ardientes de Africa: es principalmente hervívora; pero cuando tiene hambre devora tambien materias animales. Es muy suave, no hace mal alguno á las otras aves, ni aun á las de especies diversas; pero se defiende vigorosamente, sobre todo con los pies, con los que arroja piedras hácia atras que pueden derribar á un hombre. Suele dar un grito agudo cuando se ve acosada, y en algunas horas del dia. Se pretende que en los paises cálidos, no se toma el trabajo de empollar sus huevos, sino que se contenta con en-

aquella voz querida que la hacía olvidar todas las fatigas del camino: el Príncipe por su parte sentía también menos los dolores de su herida cuando Matilde le dirigía la palabra; de modo que el amor convertía aquel horroroso yermo en un jardín semejante al Elíseo. Ya principiaba el astro de la noche á derramar su pálida y misteriosa luz: era la hora en que los sueños parece bajan á la tierra en su silencioso carro para dar descanso á las fatigas del infeliz, y acaso recrear su imaginacion con plácidas ilusiones, cuando Selim y Matilde llegaron á un sitio situado entre dos montes tapizado de verde y tierna yerba.: “Hagamos alto aqui, amada mia, dijo el Príncipe: el árabe ha levantado en este recinto algunas miserables tiendas que frecuentemente abandona y en ellas hallaremos á lo menos reposo y abrigo para pasar la noche. Al oír estas palabras Matilde se alza el velo y mira en su derredor cómo asombrarlos en la arena, en donde el calor del sol los hace nacer naturalmente; pero sin embargo, se ha observado en Holanda, Inglaterra y otros países los empolla con sumo cuidado, cuya diferencia esplica la oposicion de los climas. (*Nota del Traductor.*)

brada. En lugar de chozas miserables, abrigos momentáneos del Beduino cubiertas con pieles de animales ó con troncos y ramas de árboles, distingue por todas partes á la claridad de la luna y del brillo de las estrellas que parecian lucir en el firmamento con llamas centelleantes, pórticos de mármol blanco, arcos triunfales y edificios colosales, cuyas columnas se elevaban á lo lejos hasta las nubes formando inmensas é interminables galerías, monumentos que atestiguaban y aun atestiguan el poder y grandeza de los pueblos que los erigieron, y que sin duda los habitaron. Sobre todo cuanto veia llamó su atencion un templo, cuya soberbia arquitectura jamás habia visto otra igual ni que fuese mas digna de hospedar en su centro al dueño del Universo. Esta grandiosa escena la favorecian tambien las sombras de la noche, pues que encubrian los defectos que con la luz y claridad del dia se hubieran hecho patentes á sus ojos. “¿Es este algun encanto? exclamó Matilde, ¿nos hallamos aun en el desierto, ó en la morada de los inmortales? Jamás me han ofrecido los palacios de los monarcas, cosa comparable á esta. Todos los alcázares del mundo reunidos ¿presentarán acaso un espectáculo tan asom-

broso como el que tenemos á la vista? Mas sin embargo, no percibo en todo el ruido ni movimiento alguno de vida: creo que estoy soñando despierta, ó que he perdido el uso de mis sentidos. -- ¡Oh Matilde! la responde Selim suspirando: lo que estás viendo es el esqueleto todavía magestuoso de una ciudad que brilló con todo el esplendor de la magnificencia, y fue la primera entre todas las del Oriente. En fin, son las ruinas de Palmira (17). -- ¡Palmira! repitió Matilde en un tono que manifestaba la profunda impresion que habian hecho en su corazon los recuerdos que tan célebre nombre lleva siempre consigo. ¡Palmira!..... y sus ojos se volvieron de nuevo á las ruinas recorriéndolas todas con el mayor interés. Apoyándose en seguida en el brazo de Selim se desmontó del Camello y principió á pasearse por aquellas galerías entretanto que un pobre árabe les preparaba algun alimento sobre el terrado de un palacio, cuya mole estaba enteramente sepultada bajo de tierra. Caminaban en silencio, ni aun se oia el grito del Chacal (*) ni el ahullido de la

(*) El *Chacal* ó *Jackal*, llamado tambien *lobo dorado* por el color amarillo de su pelo,

Hiena (*) que turbasen el silencio de Palmira, porque ¿qué habrían hallado en ella aun cuando escarbasen sus sepulcros? El polvo mismo de mil generaciones que había alimentado en su recinto había desaparecido, mezclándose con las arenas del desierto y abiertos los túmulos y catafalcos parecía que habían entregado su depósito

es una especie de zorra que se cría en los desiertos de Africa y Asia, y se mantiene de animalillos y de carne humana si puede cogerla, arrebatando los niños pequeños, ó los cadáveres que desentierran de los cementerios ó sepulcros. (*Nota del Traductor.*)

(*) La Hiena es un animal feroz, de la familia de los perros, de color parduzco, algun tanto dorado oscuro, semejante á un lobo, con una crin como el caballo: su mirar es horrible y traidor: tiene una bolsa de materia odorífera bajo de la cola, poco mas ó menos que la civeta. Sus dientes son como los de la pantera ó el tigre. Es la Hiena el animal de los mas terribles y malvados: no teme á otro alguno, incluso el leon, tigre y pantera: vive solo de carne, y cuando esta le falta va á los cementerios adonde se entierran cadáveres y los desentierra devorándolos en seguida. Se halla en los climas ardientes de Asia y Africa. (*Id.*)

al dia del juicio universal. Los corazones de ambos amantes se entregaban á aquel dulce sentimiento de melancolía que se apodera del hombre en medio de las ruinas, proporcionándose á la grandeza de los objetos cuya pasada existencia atestiguan ; ellas le ponen á la vista su nada , y parece que le gritan. "Polvo eres como nosotros, y bien pronto no existirás. El viajero , asombrado á la vista de las ruinas de Palmira , poseído de la admiracion y el terror secreto que inspira la mano de la destruccion sobre este globo de tierra : se para , se conmueve : retrocede con la imaginacion una infinidad de siglos, procurando levantar con la idea desde su vasto sepulcro aquella ciudad soberbia cuyos restos contempla, y volver á la vida su esplendor antiguo : mas bien pronto saliendo de los sueños de lo pasado al ver las tristes realidades de lo presente, suspira al ver que las arenas del desierto cada año van avanzando para cubrir los mas bellos edificios de la mano del hombre , y rasgar por decirlo asi una de las páginas mas brillantes de los anales esculpidos que nos transmiten los monumentos.

Selim , conmovido á vista de este iso-

berbio espectáculo, dijo á Matilde. "Este templo, cuya elegante arquitectura y sábias proporciones parece que el tiempo respeta, se llamaba el del *Sol*. Su cúpula, sostenida por mil columnas, y como coronada de una gloria celestial, reflejaba por todos los lados los rayos del astro del dia que se hallaba sobre ella: concurría á él la muchedumbre de los pueblos circunvecinos, y aun de los mas remotos climas para adorar en su emblema á la divinidad, á la cual su corta inteligencia no sabia elevarse de otro modo. Mas allá tenían tambien templos otras varias deidades subalternas. Vuelve la vista, y en medio de esa inmensa multitud de columnas aisladas, de capiteles, cornisas y fustes destruidos, mutilados ó próximos á serlo, los cuales debían mas bien formar la mansion del Olimpo que la de unos simples mortales, repara ese soberbio palacio que fue de Zenobia, de aquella Reina varonil, cuyo centro pudo solo quebrantarle un pueblo soberano de todo el mundo. Aqui mismo cantaban algun dia el triunfo de las artes y de las armas millares de voces, y celebraban los placeres donde ahora solo el árabe yagamundo montado en su ligera yegua,

pasa de largo sin detenerse siquiera un momento, ni fijar su vista sobre tan preciosas ruinas como si no existiesen; ó por el contrario, se complace tal vez en acabar de derribar con su lanza alguna columna ó capitel de estos arcos de triunfo que se erigieron á la victoria. El ave nocturna apenas puede ya permanecer en estas abatidas ruinas: el tiempo parece que deposita en ellas su cansada segur; y en fin, aqui parece que la eternidad fija su inmóvil trono. ¡Ah! si todo parece sobre la tierra como un sueño fugaz; si todas las grandezas del mundo terminan solo en formar el polvo de estos sitios, olvidémoslas Matilde en el sentimiento que nos une: sea este solo el que nos haga apreciable la existencia y constituya él solo nuestra mútua felicidad. Ven amiga mia á alimentar su fuego sagrado en las deliciosas soledades del pais de Aden; y si en algun tiempo me viese espuesto á sacrificarlo á las promesas de la ambicion ó á la esperanza de las palmas de gloria, ó de los tronos del mundo, recuérdame Matilde mia, recuérdame las ruinas de Palmira. -- Amado Selim, le contesta Matilde enternecida, ¿conoció Zenobia el encanto de este dulce senti-

miento? ¿Fue virtuosa y sensible? -- La fama póstuma la hace mas valerosa que tierna. -- En tal caso la compadezco, respondió la Princesa sonriéndose; porque temo que mas de una vez hubiera podido decir como Tito "he perdido un dia."

Á la mañana siguiente ambos amantes dejaron las ruinas de Palmira, echando sobre ellas la última mirada, y tributándolas un postrer suspiro. Selim padecía mucho á causa del dolor que tenia en su profunda herida, y la falta de un vendaje conveniente; habiéndosela irritado mucho el calor y el cansancio del viaje; pero era Matilde quien se la curaba, y Selim no se atrevia á quejarse.

Principiaban ya á ver el fértil suelo de la Arabia; pero aun distaban mucho del término de su viaje: vencidos algunas veces en medio del dia por los ardorosos rayos del sol, se detenian á la sombra de un bosque de palmeras, en donde Selim, colocado enfrente de Matilde procuraba olvidar sus pesares en aquel dulce reposo, fijando en ella sus ojos, y considerando sus bellas facciones: la Princesa por su parte le miraba tambien con ojos aterrados: los latidos de su corazon doliente se la figu-

raban angustias de la muerte, persuadiéndola su exaltada imaginacion, que el dardo que le hirió estuviese envenenado. Á esta reflexion inundaban sus ojos llantos de desconsuelo, reconviniéndose de no haber estraido con sus lábios la ponzoña de la herida de su amante, pagándole con su vida que le debia, salvándole de la muerte. Otras veces con alguna menor agitacion velaba al lado de Selim, que descansaba sumergido en dulce sueño, y aun ensayaba alguna cancion con su angélica voz para hacer aun mas gratos aquellos preciosos momentos. Pero ¡oh mágia del amor! Al despertar Selim y oir los dulces acentos de Matilde, creia oir las harpas de los espíritus celestiales, y su alma enagenada se elevaba por la imaginacion al Supremo Ser de los Seres y á las moradas eternas. ¡Oh tierna amiga! ¡dulce embeleso de mi corazon! tu voz me hace gustar anticipadamente la felicidad de los inmortales. ¡Oh Dios mio, Dios mio! si acaso mi suerte fuese la de perecer en el momento mismo de ser feliz, haced Señor que no muera sino con el nombre de hijo tuyo y esposo de mi adorada Matilde; pues conseguido que sea, creeré ya que pertenezco al mundo venidero.

Tales eran los pensamientos de nuestros tiernos y desgraciados amantes en semejantes circunstancias ; pero aun no se hallaban libres de los peligros del viaje ; pues algunas partes desiertas de la Arabia estan pobladas de animales feroces , mas temibles para las caravanas que los mismos árabes errantes que las inundan. El mayor de estos peligros les esperaba cerca de un manantial de agua dulce y cristalina , que tenia su origen en un bosquecillo adonde llegaron , y que les convidaba con su fresca y deliciosa sombra á descansar del calor del dia en las verdes y floridas orillas del arroyuelo que se formaba con las aguas sobrantes del manantial. Éste y la frescura del sitio habian atraido muchas fieras , las cuales despertaron al ruido que hicieron nuestros viajeros al acercarse. Durante la noche se habian libertado de ellas á fuerza de encender grandes hogueras ; y por el dia que es cuando duermen habian podido por esta causa caminar sin temor. Al oír Selim y Matilde sus rugidos , se alejaron de allí con la velocidad de que fueron capaces sus camellos ; pero viendo que les era imposible evitar su alcance , y que sus armas serian inútiles contra tantos mónstruos,

determinó Selim abandonarles uno de sus camellos. Elí, uno de sus asistentes, retuvo el suyo, le puso en estado de no poder seguirle; y montando luego á la gurutpa de su compañero, se alejaron con la mayor rapidez. Este medio fue seguramente eficaz, y el que acaso, salvó por el pronto la vida de nuestros caminantes y su comitiva; pues las fieras se cebaron con el mayor encarnizamiento en el tímido y manso animal; pero aun no fue suficiente este sacrificio; porque un leon, que acaso no lo han producido mayor los vastos desiertos de la Numidia, prosiguiendo con tenacidad á los aterrados viajeros, y dando horribles rugidos que hacian retumbar aquellas soledades, lanzándose de repente sobre ellos, arrancó al infeliz Elí del lado de su compañero, y cogiéndole en la boca con la misma facilidad que si hubiera sido un pequeño corderillo, se marchó con su presa para devorarla á unas rocas cercanas, entre las que desapareció bien pronto. En otras circunstancias Selim lo habia arriesgado todo por salvar á aquel fiel criado; pero temblando en aquel momento por la vida de Matilde, que era la cosa que mas amaba en el mundo, y aun mas que la suya pro-

pia, se contentó solo con compadecerlo sinceramente y lamentar su desgraciada suerte. Todavía no había podido desechar esta triste idea en la mañana siguiente, cuando al salir de unas chozas en que había pasado la noche, el primer objeto que se le presentó fue el mismo Elí, que postrándose á sus pies le ofrecía su casco, adornado con la melena del terrible animal del que se tuvo por víctima. Estrechóle Selim entre sus brazos lleno de júbilo, en el que le acompañó Matilde; y el fiel criado les contó que en el momento en que el leon iba á devorarle, tuvo la felicidad de clavarle un puñal en la garganta y traspasarle de parte á parte, golpe siempre mortal para esta clase de animales. Á la fuerza del dolor había abandonado el leon su presa, dando un espantoso rugido; pero animado de un nuevo furor volvía á acometer á Elí, y lo habría infaliblemente devorado sino hubiese ahogado al furioso animal inmediatamente la sangre que á torrentes brotaba su herida. Esta acción valerosa no la extrañó Selim, porque conocia bien la destreza y fuerzas de su criado, y sabia que á veces sucede que un árabe montado sobre un buen caballo y armado de una lanza,

sé arriesga en el desierto á combatir con el Rey de las Selvas, á quien vence ó mata.

En fin, Selim y Matilde despues de tantas fatigas é incomodidades llegaron á Aden, en donde los cuidados de Aboulassem unidos á los desvelos de Matilde, y al socorro de los mas diestros cirujanos, restituyeron al Príncipe las fuerzas y la salud, curándole su herida. La misma Matilde parecia renacer á nueva vida, conforme la de Selim se iba animando. Solo entonces principió á tener para ella atractivos la naturaleza tan hermosa en aquellos climas. En el centro de la ciudad se eleva uno de los mas bellos edificios del Asia, coronado por una cúpula, ó sea claraboya de cristales de roca que permitian el paso á la luz. Penetrando ésta por todas partes, dejaba ver el brillo de muchas hileras de columnas del mas precioso mármol y muchas fuentes, cuyas cristalinas aguas resaltando de los surtidores en varias formas conservaban una perpetua frescura; pero todo este bello conjunto queda eclipsado, comparándole con la multitud de beldades que se ven allí reunidas de todas las provincias del Asia, y á las cuales parece que

en sí mismo los dos esposos. Asistan á su himeneo, y enternézcense de su felicidad todos aquellos, que despues de duros y largos trabajos y de las pruebas de un constante amor, se han visto coronados por él: recuerden el sentimiento de que se vieron penetrados al recibir al pié de los altares la mano de un objeto querido, al oír de su boca el juramento de un eterno amor, y aceptádole delante del Eterno que le autoriza, santifica y bendice, y de cuya magestad está lleno el templo. Solamente estos podrán conocer lo que quisiera expresar aquí, y no puede mi pluma pintar ni dar á entender á los que hayan amado con tibieza.

Tal vez se pensará que Matilde había llegado ya á la cumbre de la felicidad; pero esto seria no conocerla bien, ó no conocer á la muger en general. Ella misma creia que con el corazon mas tierno y la imaginacion mas viva, y despues de haber sido por mucho tiempo el juguete de agenas ideas, pasiones y borrascas de la vida, habia llegado ya á disfrutar de tranquilos dias, libres de pesares y remordimientos. ¡Ah! somos tan poco susceptibles de una completa felicidad en esta vida, que aun

el amor ha prodigado todas sus gracias y atractivos. Se diría que en aquellos sitios, que fueron la cuna de la madre del género humano, ha querido la naturaleza conservar el tiempo de la hermosura primitiva. Este asombroso edificio de que hablamos encierra unos baños magníficos, que son una especie de santuario cerrado á la vista de los hombres, que no pueden penetrar en él sin incurrir en pena de muerte, y así solamente se abrió á Matilde. Solo ella era capaz de competir y esceder á las georgianas y circasianas que allí se hallaban, y disputarlas la manzana como otro París, probando á aquellas flores del Asia, que las de Inglaterra pueden á veces arrebatárselas el premio de la belleza. Así debía parecer Venus al salir de las olas, seguida de las Nereidas que formaban su acompañamiento, ó á lo menos esto hace concebir lo que pudo motivar aquella ficción.

Por muy agradable que fuese á Selim la morada y permanencia en Aden, era sin embargo muy concurrida para no estar espuesto á ser conocido; por lo cual no bien se halló en estado de ponerse en camino, cuando Aboulassem le aconsejó sa-

liese con Matilde para Sana (18), capital del Yemen (19), uno de los distritos del Asia á quien la naturaleza ha prodigado mas sus favores; pues reina en él una eterna primavera bajo un cielo siempre sereno, y una temperatura benigna é igual en todas las estaciones del año: los árboles se ven cargados de los mas deliciosos frutos, esquisitos aromas y fragancias balsámicas se exhalan por todas partes, presentándose á un mismo tiempo por do quiera todos los dones de las cuatro estaciones: la fruta madura en pos de la flor que la embellece y perfuma; jamás el soplo del furioso huracan agita las hojas ni mueve las arenas: mil arroyos cristalinos riegan y refrescan los bosques de aquella tierra embalsamada, y parece que con su dulce murmullo requiebran á las flores de que se halla esmaltada, la sombra de sus orillas. La tierra respetada de las tempestades, y humedecida frecuentemente con la humedad del rocío, dá fácilmente sus ricas producciones á la mano que la cultiva, al paso que en otra parte el hombre tiene que arrancárselas á la naturaleza: allí como madre mas tierna y generosa se las ofrece por sí misma, le nutre con su mas dulce leche; y siempre

cuando las circunstancias pasadas respeten nuestro estado actual, tenemos dentro de nosotros mismos un gérmen de inquietudes, de vanos deseos, y temores vagos ó quiméricos, cuyos emponzoñados vapores la atacan y alteran.

La misma noche del día en que el Cielo habia colmado los votos de Matilde, uniéndola al esposo mas digno de su corazón, un sueño fatal vino á turbar la tranquilidad de su alma: parecía que despues de desprenderse de esta frágil vida despues de su naufragio, entraba en las moradas celestiales prometidas á los escogidos: libre de penas, su alma respiraba la paz de los justos cuando oyó el coro de los ángeles que se iban aproximando á ella. Esta divina armonía encantó á Matilde, haciéndola gustar con anticipacion una felicidad pura y verdadera. El coro de los ángeles se la apareció al fin con todo el esplendor de la gloria celestial: de él sale una sombra bienaventurada, que Matilde juzga ser la de Selim, y con una voz, cuyo sonido penetra toda su alma agitada, la dirige estas palabras: "sombra de Matilde, cesaron ya tus largos padecimientos; pues un esposo fiel te abre la morada celest-

risueña le dispone placeres y previene sus necesidades. Felizmente tambien aquel hermoso clima influye asimismo en el carácter y costumbres de sus habitantes: los árabes del desierto pierden en él el gusto á su vida errante, y son mas serviciales y hospitalarios que en otras partes: en fin, aquel pais, el mas favorecido del Cielo, y que hacía muy pocos años respiraba de sus agitaciones políticas bajo el gobierno de Saladino, parecia que se había conservado para realizar las ficciones de los poetas, y reproducir los prodigios atribuidos al siglo de oro.

En las cercanías de Sana, pues, fue donde Selim halló al venerable sacerdote y la colonia cristiana de que ya dejamos hecha mencion mas arriba; y habiéndole referido toda la historia de su vida, descubriéndole su alto nacimiento; que era cristiano, é hijo de cristiana, aun cuando despues, de órden de su hermano Saladino habia sido educado en la secta mahometana, y casi olvidado su primitiva religion: que habia sido despues instruido de nuevo en ésta por la Princesa Matilde de Inglaterra, su futura esposa; y que convencido de la verdad de esta Religion Santa

tial de la paz y de la alegría.” Á la voz de su esposo y su tierno llamamiento, la Princesa quiere arrojarse en sus brazos; pero ¡qué asombro, qué consternacion experimentó al reconocer á Malek-Adhel, en el que tenia por Selim! “Detente sombra querida, esclama Matilde: te he sido infiel, he quebrantado mis primeros juramentos.” Diciendo estas palabras aparta sus humildes ojos de él; quiere huir, y cae en los brazos de Selim que la arrebató y la lleva lejos de la morada celestial de que no es ya digna: protegida por su nuevo esposo, espera sustraerse á la Justicia Divina y á la venganza de Malek-Adhel; pero cada vez que vuelve la vista á los sitios que abandona, vé á éste que con una espada de fuego en la mano persigue á los dos, gritándole á ella con una voz formidable: “el tribunal de Dios te condená.” ¿Dónde nos salvaremos, dice Matilde aterrada á Selim? y éste solo la responde estas palabras. ¡La espada de Dios! ¡La espada de Dios! Matilde vá á sucumbir bajo su terrible congoja, cuando Selim llegando á la cima de un monte, éste se abre bajo de sus pies, se sumerge con ella en aquel abismo, que parece se ha abierto de pro-

queria reconciliarse con ella, y entrar en el gremio de la Iglesia Católica, y contraer su matrimonio con Matilde; la cual, aun cuando hubiese seguido siendo mahometano, tenia permiso del Legado del Sumo Pontífice para contraerlo por el bien que de este enlace se seguia á la Cristiandad; y en fin Selim abrió completamente su corazón al venerable sacerdote, y despues de haber concurrido por mucho tiempo á oír sus sabias lecciones para que la semilla del evangelio se arraigase mas y mas en su alma, y produjese los mas copiosos y sazonados frutos, hizo una confesion general con todo el fervor, y las muestras de un verdadero hijo de Jesucristo, á lo que Matilde, enagenada de alegría, no dejó tambien de contribuir por su parte, convirtiéndose tambien en su maestra y directora espiritual, como lo fue en otro tiempo en el Carmelo. Y en este estado ambos amantes trataron de unirse con los sagrados vínculos del matrimonio, prévio el dictámen del anciano sacerdote, á quien visitaban diariamente, aunque con el mayor sigilo; y que tomó tanto afecto á ambos Príncipes, que los miraba y trataba ya como á sus verdaderos hijos, prodigán-

pósito para tragarlos, y se encuentran á los pies del sábio Nuredino. “Salvadnos, Señor, exclamó Matilde al reconocerle, salvadnos de la cólera divina: ¿qué he hecho yo para padecer tanto? -- Hija mía, la responde el venerable anciano: ¿habeis olvidado las divinas palabras escritas en el frontispicio del tribunal que temeis, y habeis substituido los fantasmas de una imaginacion delirante á la idea que deberiais tener de las divinas perfecciones? Elevad vuestros ojos al cielo y tranquilizaos.” Obedece Matilde temblando, y en vez de la fantasma terrible de Malek-Adhel, solo vió un magestuoso templo de la Divinidad sostenido por ángeles. Coronaba á este templo una cúpula de estrellas, emblema brillante del millon de orbes que formaban su imperio, imperio inmenso é infinito como lo es él mismo, en que la tierra es solo un punto imperceptible. De este templo pues salió una voz, y pronunció estas palabras dirigidas á la Princesa: “Matilde camina con seguridad: el Ser Supremo se compadece de tus trabajos y bendice tu último himeneo.” Á este tiempo Matilde se despierta, agitada todavía con aquel sueño, que tuvo por un

doles todo el afecto y cariño á que se hacian cada dia mas acreedores.

En fin se señaló el dia para verificar su union al pié de los altares. ¿Quién podrá pintar el enagenamiento de Selim al considerarse próximo á ser esposo de su adorada Matilde, por lo cual habia pasado tantos trabajos y fatigas, habiéndose visto espuesto á perder su vida, y sin saber cuál seria su suerte, al saber su hermano Saladino no solo su desobediencia, casándose contra su voluntad, sino el abandono de su Religion? Considérenlo mis lectores; pues es mas fácil de pensarse, que hallar espresiones para decirse. Por otro lado Matilde; qué conmociones, qué sensaciones tan agradables; pero mezcladas con una dulce melancolía no experimentaba su corazon, viendo acercarse el dia de su felicidad, y considerando cristiano á su esposo Selim, llenándose de la mas pura satisfaccion en haber contribuido á esta conversion tan interesante. Amaneció por fin el deseado dia: los cielos y la tierra parecia que se habian combinado para hacerlo el mas hermoso. La brillante aurora oscureciendo las estrellas abria las puertas del Oriente al Padre de la luz, que es-

favor de la Providencia ; lee en las tiernas miradas de su esposo , que con efecto se halla en la senda de la felicidad , y piensa que para en adelante tiene en su favor al Cielo , á la naturaleza y al amor. Dejemos aquí á Selim y Matilde , y volvamos á ver lo que ínterin ocurrían estos sucesos pasaba en el palacio del Califa.

Viendo Záfira el dia que se ausentó Selim que éste no volvía , envió gente en su seguimiento , que corrió tras de él hasta el paraje en que combatió con los bandidos árabes ; y hallando allí su castañeteado de sangre , y á aquellos dos que derribó el Príncipe , de los cuales el uno estaba muerto , y el otro aun daba señales de vida ; preguntaron á éste acerca de la persona de Selim : el herido , por las señas que le dieron , conoció que por quien preguntaban era el guerrero , contra quien había combatido ; y así no pudo menos de decirles que creía iba herido mortalmente.

Los emisarios tuvieron por indudable que Selim había perecido á manos de los bandidos , llegando esta noticia á oídos de Saladino , que tributó sinceras lágrimas á la memoria de su hermano. Este rumor

tendiendo sus rayos por las inmensas y floridas campiñas del Yemen alegraba; daba nueva vida á las flores y plantas, y hacia revivir á la dormida naturaleza: los habitantes de los bosques y selvas le saludaban con sus harpadas lenguas, y se deshacian en trinos y gorgoros: las flores abrían sus cálices cargados de rocío, cuyas cristalinas gotas, heridas por los rayos del sol, ofrecían todos los brillantes colores del iris, ó parecían otras tantas brillantes perlas, y exhalaban sus aromas que embalsamaban la atmósfera: ésta se hallaba serena sin nube alguna, ostentando el mas hermoso azul: en fin la naturaleza toda concurría á solemnizar este memorable dia y á prestarle todas sus bellezas.

Selim y Matilde acompañados de sus fieles criados todos tambien cristianos, convertidos y bautizados por el venerable sacerdote (y que habian jurado á sus amos seguirlos siempre, y guardar el mas inviolable secreto), se dirigieron á la aldea cristiana en busca del anciano pastor que los aguardaba ya revestido para celebrar la augusta ceremonia; y con efecto fue celebrada á presencia, y en medio del júbilo y aclamaciones de todos los cristianos de

fue sumamente favorable á Selim, pues impidió se hiciesen mas indagaciones en su busca.

Selim vivió incógnito un año en Sana, al lado de su querida Matilde, gozando en paz de todas las dulzuras del amor mas feliz, y de una pura y sencilla felicidad, sin echar nunca de menos la brillante carrera que habia abandonado, yendo frecuentemente á visitar al venerable sacerdote cristiano, á quien respetaban y amaban como un verdadero padre oyendo sus instrucciones y consejos, y aprovechándose en todos los casos mas árduos de sus luces y esperiencia: ademas hacian obras de caridad y socorrian á los cristianos de la Colonia en todas sus necesidades. El buen pastor, á su vez, amaba á los dos Príncipes como unos verdaderos hijos; les administraba los sacramentos dirigiendo sus conciencias, y no sabia separarse de su lado. Durante este tiempo que Selim hubiera querido prolongar tanto como la eternidad, Matilde dió á luz un hermoso niño que estrechó mas y mas, si acaso era posible, los vínculos de su union, proporcionándoles el placer de ver á cada momento retratada en sus facciones la imá-

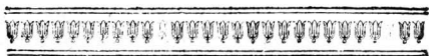
la Colonia, que aunque ignoraban el alto rango de los esposos, no podían separar de ellos sus asómbrados ojos al considerar su hermosura y nobles prendas. Matilde y Selim, pues, fueron unidos con los indisolubles lazos del matrimonio, y recibieron la bendición nupcial al pie de los altares, jurándose mutuamente un amor eterno, ¡cuál palpitaban sus corazones en este dulce momento, y qué rayos de luz despedían sus hermosos ojos! se veían enlazados el valor y la hermosura: Himeneo encendía la antorcha y entonaba el himno de la felicidad; asidos por las manos los dos esposos salieron del templo, seguidos del anciano pastor, que vertiendo lágrimas de gozo los abrazó á ambos, y todos los demás cristianos las vertían igualmente; y en seguida se dirigieron con aquel á su habitación para poder mostrarle su agradecimiento y darle una prueba de su caridad, Selim vestido á la europea dejaba ver su arrogante figura, y la bella proporción de todas las partes de su cuerpo; en su rostro se veían pintados el valor y la nobleza; y sus hermosos ojos de que corrían algunas lágrimas manifestaban la sensibilidad de su corazón. ¿Y qué diremos de Matilde? Coro,

gen de ambos. ¡Oh naturaleza encantadora! ¡con qué mágico poder arrancas lágrimas de amor y alegría á unos tiernos y cariñosos padres en el nacimiento de su primer hijo, á la vista de sus facciones y sonrisa del desarrollo de su sensibilidad! Parece á veces que sus manos han manejado los pinceles con que tú misma has delineado el vivo retrato que has confiado á su ternura. Así perpetuas los sentimientos que unen á los humanos entre sí con los dulces vínculos del parentesco; así endulzas sus trabajos, animas sus fatigas, eres el consuelo en sus desgracias; y por último, al ver el padre y la madre perpetuadas no solo sus facciones sino sus virtudes, su nombre, sus riquezas, y cuanto son en sí, en sus hijos, dejan sin dolor la pesada existencia, y cuantos atractivos tiene este mundo terrenal, para volar al mundo celestial á la verdadera vida eterna á reunirse con su Divino Hacedor, que es el fin único para que nacieron.



nada de una hermosa guirnalda de flores del campo ; ondeando sobre su frente sus hermosos cabellos hechos rizados que parecían de oro ; el color de la fragante rosa que se veía unido al pudor virginal sobre sus mejillas : sus ojos , que cuando se volvían hácia Selim arrojaban rayos de luz y de fuego que podrían animar al corazón mas helado é insensible ; su tez mas blanca que el alabastro ; su sonrisa que enagenaba los corazones al mirarla ; y en fin su magnífico vestido blanco , en el que brillaban los diamantes y toda la mas preciosa pedrería del Oriente que deslumbraban la vista , todo , todo la hacia comparable á una hermosura celestial que embesaba , y que no es posible hallar con quien compararla en lo humano , dejando percibir la belleza y las gracias de su cuerpo , las virtudes todas y las perfecciones de su alma.

En fin , nuestros esposos llegaron á la casa del venerable pastor , donde tomaron algun refrigerio ; y despues de haberle dado ambos todas las pruebas de su afecto y reconocimiento , Selim mandó á sus criados le diesen en el acto seis bolsas llenas de oro para el socorro de los infelices cristianos

**LIBRO DÉCIMO TERCIO.**

Experimentaba Selim al lado de su esposa é hijo cuánto mas valen los dulces placeres de esposo y de padre, aun en el centro de un albergue humilde y sencillo, que todos los goces del amor que aunque dichoso y en medio de la opulencia no se halla aprobado por la Religion y por las leyes. Matilde tambien por su parte, abriendo su alma á todas las impresiones del amor conyugal y maternal, conocia cada dia mas que llenaba los mas dulces deberes, y se complacia en cumplirlos y en ser la delicia de su esposo y el encanto de su precioso niño. En esta situacion recibió Selim un espreso de Aboulasssem en que le comunicaba la muerte de Saladino, y que por ella se hallaba el imperio de la media luna despedazado por la guerra civil y los partidos, disputándose con teson la corona por los hijos de aquel gran Monarca, y que por lo mismo se hacía absolutamente necesaria la presencia del Príncipe, el cual apenas se

de la Colonia que pudiesen acordarse de aquel día, y pedir al Ser Supremo por la felicidad de sus bienhechores; y después se retiraron, no sin verter lágrimas de placer á la ciudad, colmados de las bendiciones de aquel sencillo pueblo que las derramaba también en abundancia. ¡Día feliz, día dichoso, comprado por los dos esposos á costa de tantos infortunios! ¡Ah! Dáos prisa á gozar de vuestra felicidad, que debería ser la herencia ó el patrimonio de todos los corazones sensibles; mas que por desgracia solamente se les manifiesta á ló lejos, y al través de los horrores y tempestades del mundo: temblad que se os escape con alas inconstantes como la hoja que arrebatada el viento, ó las olas de un mar proceloso: sea para vosotros el jardín de Eden, esa tierra, la primera que habitó el hombre, sin que en sus flores se oculte el aspid mortífero: ella os colme de delicias, y os corone con sus odoríferas flores para sustraeros á la envidia y á las demás pasiones que causan la infelicidad del género humano. ¡Matilde y Selim quedan ya para siempre unidos! En su himeneo no hubo mas fiestas ni regocijos que los que mutuamente experimentaban

manifestase sería aclamado por el ejército, como el único capaz de gobernar con acierto y prudencia tan vastos dominios; añadiendo Aboulassem que si se negaba Selim á esto, no solamente podia temerse que los príncipes cristianos que preparaban una nueva Cruzada se aprovecharian de la desavenencia de los Ayubitas, acaso para acabar con el Imperio, sino tambien que los hijos de Saladino Afdal ó Alaziz que ya se habian apoderado de las mas ricas provincias, le persiguiesen hasta el centro mismo de la Arabia y le sacrificasen á su sospechosa y falaz política.

Esta carta no pudo menos de sorprender á Selim llenando su corazon de amargura y vertiendo copiosas lágrimas, como el único tributo que ya podia ofrecer á la memoria de un hermano á quien tanto amaba, que habia sido su bienhechor y en fin que habia sido un Monarca el mayor del Oriente y el único que podia sostener el cetro de tan poderoso imperio. En seguida reflexionó y discutió consigo mismo lo que su patria tenia derecho á exigir de él; su gloria, el interés de Matilde y su hijo; el bien y apoyo que podia prestar á los cristianos que de no admitir la corona

iban á ser tal vez sacrificados al fanatismo mahometano, y sobre todo, lo que debia de temer de los hijos de Saladino, que siempre le habian mirado con zelos al ver el amor y confianza que su padre le dispensaba. Despues de esta interior discusion Selim se decidió á tomar la corona con que se le brindaba: corrió inmediatamente á tomar sus armas, y cogiendo su cimitarra se dirigió adonde estaba su esposa, y la dijo, mostrándola el acero: "Matilde, he aqui mi cetro, el de la Asia que mi hijo debe heredar: la pátria; el honor, el interés me llaman: voy á presentarme, y mis enemigos quedarán confundidos. Tú, amada Matilde, que tienes que cuidar de nuestro hijo, no puedes seguirme por los desiertos y los campos: continúa viviendo desconocida en este retiro, que yo volveré á él apenas haya atado á mi carro la rueda de la fortuna. -- ¿Qué es lo que dices, esposo mio? responde Matilde anegada en lágrimas: ¿Vas de nuevo á esponerte á los peligros de los combates y de las revoluciones, no bastándote ya la pura y dulce felicidad que gozamos? Permanece á mi lado en este retiro, nadie vendrá á buscarte, nadie te perseguirá en él. Recuerda las

promesas que me hicistes en las ruinas de Palmira: y si esto no basta á resolverte, dime ¿qué es lo que vas á disputar con el acero en mano? Las vanidades engañosas del mundo; las grandezas rodeadas de precipicios, y coronas que la contingencia de los combates concede tal vez á los mas temerarios y arrebatá á los mas prudentes. ¿Producen acaso todas estas ilusiones del amor propio la felicidad? ¿Y no me has dicho tú mil veces que la disfrutabas en mi compañía en estos sitios? Cuando por las mañanas de los mas hermosos dias del año, siempre iguales en estos climas, vamos á los bosques de naranjos, mirtos y palmeras que pueblan las cercanías de Sana: cuando en ellos respiramos los aromas de la atmósfera embalsamada y presentamos nuestro hijo á Dios, que parece revela aquí mas que en parte alguna de la tierra su gloria y su Omnipotencia, y nosotros nos decimos mutuamente enternecidos “en este sitio estuvo el paraiso y aun está;” ¿no me has repetido con bastante frecuencia que el brillo y magnificencia de las cortes se disipaba al lado de la pompa encantadora de la naturaleza: que el incienso y los perfumes que humean en los braseros de

oro de los palacios de los reyes, no podian igualarse al de las flores que mi mano te presentaba en este sitio, y que los homenajes de los cortesanos y aun la misma gloria, por lo comun es solo una mera ilusion, y que á tu corazon ningun placer le parece tan puro como el placer que acompaña la sonrisa de un hijo y de una esposa? Dime, Selim mio, qué será de mí sin tí, y qué será de tí mismo separado de estos objetos de tu mayor cariño? Permanece, esposo mio, continúa viviendo cerca de ellos si deseas asegurar tu felicidad: y si el genio infernal de la guerra nos persiguiese alguna vez hasta este asilo, entonces será cuando lícitamente podrás repeler su agresion. -- Entonces, responde Selim, ya no seria tiempo Matilde: el favor de los pueblos la mayor parte de las veces es momentáneo, y asi debo ahora aprovecharme del instante que me lo concede, en el que la pérfida seguridad de mis enemigos todavía no me lo han arrebatado, y en el que el ejército desea un gefe, digno sucesor de mi heróico hermano, y como ninguno de sus hijos ha heredado sus grandes prendas, las suplen mas ó menos con la astucia ó con la hipocresía. Y en este

caso ¿deberé esperar á que alguno de ellos, Alaziz por ejemplo, se haga bastante poderoso para no temerme , y antes bien perseguirme como un competidor perjudicial si llega á saber que existo? Por lo respectivo á mí solo podria costarme la vida ; pero deberé esponer tambien la tuya y la de mi hijo, esto es, deberé esponeros que caigais bajo un yugo opresor y á gemir entre cadenas cuando puedo sentaros sobre el trono mas poderoso del Oriente. Si como sospecho toca la Arabia en suerte á Afdal, el mayor de mis sobrinos, su primer paso será quitar á Aboulassem el empleo que ocupa por mi mediacion para conferírsele á otro de su partido : y entonces ¿quién nos libraria de sus persecuciones? Déjame pues, Matilde mia , déjame volar adonde me llaman nuestros mayores intereses : es fuerza separarnos , querida esposa por algun tiempo para volvernos á reunir mas felices ; pero esta separacion no será total, porque siempre te tengo y tendré presente en mi corazon : mis pensamientos te acompañarán, y si el Cielo me concedió la victoria cuando solo buscaba laureles , ¿cuáles no deben ser sus favores combatiendo por tí y por nuestro hijo ?”

Matilde al oír este razonamiento conoció que sería inútil oponerse por más tiempo á los deseos de Selim , y que cuando habla á un héroe la gloria , nada es capaz de contenerle: por lo tanto , con sus blancas y trémulas manos le ayudó á poner su luciente cota de malla , colocando en su cabeza guerrera el yelmo , sobre el cual en las mas hermosas plumas ondeaban reunidos los colores del imperio de Oriente y de la antigua Albion (*). En seguida Selim estrecha por mucho tiempo contra su corazón á su esposa y á su hijo: no puede menos de derramar algunas lágrimas, como si hubiese previsto los nuevos infortunios que les esperaban. Después , semejante al Dios de la guerra , montando sobre *Rayo de fuego* , caballo de los mas hermosos y estimados de la Arabia , llamado así por su fogosidad y la velocidad de su carrera , vuela á presentar á sus belicosas tropas , aquella noble frente ante la cual siempre habia huido el enemigo , y cuya vista debia bien pronto hacer temblar á los nuevos opresores del imperio

(*) *Albion* es el nombre antiguo de la Inglaterra. (*Nota del Traductor*).

de Saladino, y cualesquiera otros enemigos que se presentasen.

Dirigióse Selim con toda celeridad á la Mesopotamia (20), provincia de aquel imperio, que el Sultan su hermano le habia cedido cuando ocurrió la muerte de Malek-Adhel, donde se hallaba un cuerpo de tropas muy afecto al Príncipe. Á su paso por Aden encargó á su fiel Aboulassem, con la mayor eficacia, que velase sobre la seguridad de Matilde, sacándola de Sana si las turbulencias del imperio pudiesen esponerla á algun peligro.

Luego que llegó á su principado Selim fué recibido con los mayores transportes de júbilo por los soldados á quienes ya antes habia mandado; y toda la Mesopotamia entró al momento bajo su obediencia. Ya pacífico poseedor de ella despachó á Matilde un correo para que inmediatamente se pudiese en marcha á reunirse con él, dando las órdenes competentes á Aboulassem para que la proveyese de una buena escolta que protegiese su viage; pero mientras esto pasaba en Mesopotamia, Af-dal, hijo mayor de Saladino, se habia hecho reconocer Sultan de Damasco y de Jerusalem, apresurándose en seguida á en-

viar tropas á la Arabia para reducirla á su dominio. El mando en jefe de estas tropas se le confió á Benrud, hombre que le era enteramente adicto y de un carácter feroz; y así lo primero que hizo fue deponer de sus destinos á cuantos sospechó pudiesen ser apasionados á Selim. Uno de ellos fue Aboulassen, al cual se le envió á Damasco á dar cuenta de su conducta: cuando esto se habia verificado fue cabalmente cuando llegó á Aden el correo de Selim, el cual, como no estaba prevenido de la mudanza que habia ocurrido, se tuvo por sospechosa su mision, y se registraron sus papeles logrando el correo escapar con mucho trabajo de la prision que se le tenia preparada.

Benrud conociendo cuanto interesaba á Afdal apoderarse de la esposa é hijo de Selim envió á un comisario inteligente á que llevase á Matilde los pliegos de su esposo y tomase cuantas medidas le pareciesen convenientes á fin de que la misma Princesa espontáneamente se pudiese en camino. Esta estratagema surtió todo el efecto que se deseaba pues que por ella se entregó Matilde sin desconfianza alguna en manos de su conduc-

tor que la condujo á Aden donde Benrud la hizo encerrar con su hijo en un fuerte dando aviso inmediatamente á Afdal de la importante presa que habia hecho.

Cuando Selim se apareció repentinamente en Mesopotamia, Afdal creyó debia manifestar firmeza y hablarle como Señor; y por lo mismo despues de haberle invitado á que fuese á Damasco en donde habia resuelto deshacerse de él de cualquier modo hizo se le intimase una órden al efecto; mas habiéndole respondido Selim que ya no recibiria otras leyes que las de su espada, le quiso tratar de súbdito rebelde considerándose en guerra declarada contra él. La noticia de la prision de Matilde le llenó de alegría manifestando á Benrud cuánto se la estimaba, y ademas le encargó la pusiese centinela de vista hasta nueva órden.

Selim supo la prision de su esposa por la vuelta de su emisario que debió de ser su conductor, no perdió un momento en trasladarse á la Arabia seguido de un grueso ejército y puso sitio á la ciudad de Aden, intimando á Benrud le entregase á Matilde y á su hijo; pero sostenido aquel Gefe por bastantes fuerzas, se negó abier-

tamente á ello y ni aun quiso oír hablar de rescate. Justamente irritado Selim de su repulsa apretó el sitio con doble actividad; pero en el momento mismo en que iba á dar el asalto. Benrud hizo situar sobre la muralla á Matilde y á su hijo entre dos soldados con los puñales levantados para herirlos á la primera seña. Horrorizado el Príncipe con tal espectáculo y estremeciéndose al considerar el peligro de sus dos tan amadas prendas, conociendo por otro lado el carácter de Benrud á quien no era capaz de contener ninguna consideracion de temor ni humanidad, hizo retirar al punto sus tropas, tomando el partido de negociar el rescate con el mismo Afdal; pero mientras aguardaba en el campo el resultado de esta negociacion, Benrud recibió orden de su soberano para enviar secretamente á la Princesa á Damasco, manejándose de modo que hiciese creer á Selim que una Tribu de Arabes del desierto la habian robado.

No bien supo Selim este acontecimiento, cuando atacó la ciudad; la tomó por asalto, y quiso descargar sobre Benrud todo el peso de su indignacion y venganza; pero su triunfo fue inútil: porque

Benrud habia desaparecido, sin poderse hallar vestigios sobre la suerte de su esposa por mas diligencias que se practicaron en su busca. Abismado el Príncipe en su dolor se volvió á Mesopotamia resuelto á seguir el curso de sus conquistas y hacer que costase bien caro á Afdal la parte que habia tomado en la infernal trama de que habian sido víctimas Matilde y su hijo.

Entretanto Matilde habia sido conducida á Damasco con su niño y encerrados ambos con el mayor rigor en una prision de palacio. Afdal jamás habia amado á Selim-Adhel, porque es propio de corazones viles conservar en ellos una baja envidia hácia aquellos cuya superioridad conocen y de los cuales han merecido el menosprecio. Esta rencorosa disposicion manifestada mas y mas con los triunfos que alcanzó Selim sobre los mogoles despues que Afdal fue hecho prisionero por ellos, se habia convertido en un profundo resentimiento desde que aquel héroe á quien miraba como su mas terrible competidor al trono de Siria, reinaba sobre una provincia que miraba como desmembrada de él y á que solo Afdal tenia derecho. Se olvidaba de que debiendo Saladino la con-

quista de ella á Malek-Adhel se la habia cedido en propiedad, transfiriendo su dominio despues á Selim-Adhel, y ademas se olvidaba tambien de que ninguno de los hijos del Sultan Saladino era menos á propósito que Aldal para tener las riendss de tan vastos estados como los que aquel habia reunido bajo de su dominio: pero quanto mas conocia su debilidad para manejarlos, tanto mas pretendía amedrentar á los que intentaban disputárselos. Aprovechóse pues de la ocasion que se le ofrecía para vengarse de Selim; y resolvió en el mas misterioso secreto ocultar su venganza hasta poder envanecerse de ella algun dia sin temer la de su enemigo. La Sultana su esposa tenia aun mas fundados motivos de resentimiento contra el Príncipe, y asi es que no bien tuvo á Matilde en su poder cuando se la hizo comparecer á su presencia: no para admitir una justificacion que nada debia variar la sentencia dada contra ella y su hijo, sino para saciar su curiosidad de conocer la belleza que habia podido captivar al primer guerrero del Asia, al gran Selim, empenándole á sepultarse con ella en la oscuridad de una vida solitaria apartado de

la gloria y las grandezas. Matilde pues, se presentó con su hijo en los brazos; el niño era un vivo retrato de la madre y hubiera podido figurar al amor cuando éste tenía su inocencia. Su madre al presentarse se proponía enternecer, mas á sus tiranos en su favor que en el suyo mismo; pero imagínese cuál sería su asombro y espanto al reconocer en la sultana á Záfira, la hija del Califa de Bagdad de quien habia sido esclava: un sudor frío se apoderó de ella dándose por perdida á la primera ojeada: se pone pálida como un miserable delincuente y tiembla de pies á cabeza. Záfira en quien todas las pasiones eran estremadas y sobre todo la del amor, y que en el puesto que ocupaba no habia hallado freno que contuviese sus sugerencias, conservaba todavía hácia Selim los restos de una mal entendida pasión; y solamente el haberse persuadido de su muerte, pudo haberla empeñado á subir al trono de Siria casándose con Afdal hácia quien no sentia aprecio ni cariño alguno. La noticia de que aun vivia Selim y la perfidia de que se creyó habia sido un triste juguete, hicieron nacer en ella el mas odioso furor juran-

do la pérdida de la fatal belleza por la cual la habia abandonado su amante. Facil es conocer cuánto se aumentaría su rabia al ver en Matilde á la misma Emma que la habia debido su libertad , á la que habia tenido por amiga suya y colmado de favores. La presencia de su esposo no hubiera podido contener el despecho con que allí mismo la habria asesinado , sino hubiese estado segura de que bien pronto se saciaria su venganza.

“ Vil esclava , la dijo , con el tono mas altanero y despreciante , tú á quien me digné dirigir mis miradas sacándote del polvo y del oprobio ; á quien confié mis mas caros intereses : tu eres la que tan indignamente me has vendido , seduciendo al Príncipe desleal que me ofrecia su mano ! El justo cielo te entrega á mi venganza esta ha sido tardía ; pero ya ha llegado á cumplirse su término y no se pasará este dia sin que hayas sufrido la pena de tus perfidias y culpable amor -- Sultana la responde Matilde con aquella dignidad que convenia á su carácter y alta clase , jamás fui culpable contra vos : solas las apariencias me condenan ; pero mi conciencia me absuelve ante el Cielo : hija y hermana de los reyes de Inglaterra y es-

posa de Malek-Adhel no era mi destino ser vuestra esclava: Selim me amó y ofreció su mano y corazon mucho tiempo antes de que me conocieseis: solo el falso rumor de mi muerte pudo hacerle ceder á la voluntad de su hermano tratando de enlazarse con vos; pero no bieu me encontró cuando volvió á sus primeros juramentos y al amor de que estaba poseido; pero por mas derecho que tuviese á mi cariño ya esponiendo su vida por la mia, ya sacrificándome mas de una vez todos sus intereses de ambicion y de gloria, penetrada de gratitud de vuestros beneficios quise dejar de ser un obstáculo á vuestra dicha poniéndome en fuga y arrebatándole su felicidad: vos misma sabeis que procuré evitar su vista: vuestro padre fue la causa de que le reconociese ¿qué mas puede hacer en tales circunstancias que huir para no oir sus súplicas y sus quejas? Me siguió por en medio de los desiertos espuso nuevamente sus dias para arrancarme de manos de los bandidos de quienes era prisionera y habria sido víctima; y cuando cubierto de sangre y acaso herido mortalmente quiso pedirme el título de esposo como la última gracia y el último

consuelo que deseaba llevar al sepulcro creí que el agradecimiento y la humanidad, (aun prescindiendo de todo otro sentimiento) y aun el deber me mandaba acceder á sus deseos. Podeis condenarme, Princesa ; pero á lo menos tengo la justicia de mi parte, y apelo con ella al Tribunal del Juez Supremo de los monarcas, al Ser de los seres que ve los corazones y pesa las acciones de los mortales -- Conque segun eso eres tú vil cristiana, princesa ó demonio, respondió Záfira con una afectada moderacion y con una sonrisa irónica ; con que eres tú aquella cuyos artificios sujetaron tambien á Malek-Adhel, manchando por dos veces la sangre de los Sultanes con la infamia propia de tu infame raza ! Bendito sea el poderoso Alá que nos proporciona la ocasion de castigarte y vengarnos de tí. Apártate de nuestra vista y no esperes deslumbrarnos con falsas palabras ni que permitamos vivir por mas tiempo una serpiente que tan funesta nos ha sido y que yo misma he abrigado en mi seno ; tú y el fruto de tus detestables amores perecereis hoy mismo, y de este modo no nos arriesgaremos á ver que algun dia una cristiana

insolente, una hija de esos fanáticos advenedizos que infestan nuestras playas se atreva á desafiarnos desde un trono que tal vez pueda usurpar un indigno esposo. -- ¡Záfira! exclamó Matilde con doloroso acento y arrojándose á sus pies bañándolos con sus lágrimas. -- ¿Qué es lo que haces? la dice la altiva Sultana con la mas burlona ironia ¿asi olvidas que eres hermana é hija de Reyes? -- Sí, todo lo olvidó al acordarme que soy madre: no temo no, una muerte que no he merecido y cuyo aspecto jamás podría hacer que me humillase á vuestros pies; pero debo implorarla en favor de este tierno niño que tan cruel é injustamente quereis envolver sin motivo alguno en mi desgracia; haced que yo muera: os lo perdono: pero desarmeos su inocencia y no le imputeis como delito el ser de mi sangre: acaso tendreis algun dia que desarmar el brazo vengador de mi esposo y no podreis conseguirlo mejor que devolviéndole el depósito precioso que dejó á mi cuidado maternal -- No, no tememos su resentimiento de ningun modo, y nuestro primer cuidado debe ser asegurarnos la venganza -- No, la dijo Afdal: no esperes que yo perdone al hijo de un traidor, me

basta que sea de raza cristiana y el pensar que acaso me castigaría él mismo de que ahora le perdonase. -- ¡ Qué! señor..... -- Dejaos de ruegos inútiles, la interrumpió Záfira, que poseía el poder de sus gracias y de su persuasiva elocuencia para con su esposo: no te queda mas recurso ni tiempo que para reconciliarte con Dios á quien has ofendido; tú y tu hijo perecereis." Diciendo esto la Sultana manda quitar de su vista á Matilde, arrojando sobre ella miradas que daban bien á entender lo irrevocable de la sentencia.

Volvió pues la infeliz princesa de Inglaterra á su prision como herida de un rayo: allí estuvo sumergida en un profundo abatimiento: confundianse todas sus ideas privándola su mismo dolor de expresiones que pudiesen manifestarlas su piedad y su resignacion, y que la habrian fortalecido contra la idea de la muerte; pero sus fuerzas la abandonaban cuando volvía los ojos hácia su hijo, hácia aquella amada prenda de su amor, que tan incesantemente iba á participar de su triste suerte, y cuyo cuerpecito debía ser el blanco de los verdugos. Con tan dolorosa cuanto terrible idea le estrechaba contra su corazon,

y bañándole en seguida con sus lágrimas invocaba á Dios, llamaba á Selim. En el corazon de una madre es donde ha fijado el Criador particularmente los vínculos que la unen á la vida; en sus ojos ha puesto las lágrimas y aquella sensibilidad profunda que las hace respirar en los objetos de su amor y animarse con la sonrisa de su hijo. Dios quiso que la obra maestra de la belleza fuese tambien en el corazon la del amor para que velase sobre los primeros dias del hombre rodeado de debilidad y de necesidades. ¿Quién fue nunca mas susceptible de tan íntima adhesion como Matilde? Cuantos contratiempos habia experimentado y cuantos dolores continuados habia sufrido, eran nada comparados con la situacion en que se hallaba próxima á perder la felicidad de ser esposa y madre: á cada momento se la figuraba oír los pasos de los verdugos que la traian el fatal cordon ó los preparativos de otro cualquier suplicio. Entonces abrazaba á su hijo, y en los accesos de su dolor parecia quererle servir de escudo con su cuerpo. “Quitadme, quitadme la vida, exclamaba, dando los gemidos y gritos mas penetrantes; soy sin duda culpable, pues que el Cielo

me somete á tan crueles pruebas; pero ¡bárbaros! ¡mi hijo!..... ¿qué os ha hecho?.....” Diciendo esto alzaba Matilde sus ojos al Cielo exclamando: “¡Dios mio! pues que la piedad parece no halla cabida en los corazones de mis crueles opresores; pues que me veo absolutamente abandonada de todo humano recurso; pues que en fin solo vos sois mi escudo y mi refugio; vos padre celestial protector de la inocencia y la virtud, socorredme Dios mio: olvidad Señor mis culpas y mis estravíos, y protegedme, y á esta inocente criatura que eleva conmigo sus tiernas manecitas para implorar vuestro amparo y el perdon de su desgraciada madre.”

Entretanto Matilde dirigia al Cielo estas súplicas desde su prision, la noche cubria al mundo con su estrellado manto: parecia que el corazon de la infeliz Princesa se abria de nuevo á toda la efusion de la ternura, y que adquiria una desconocida calma y fortaleza, reanimándose todo su fervor y una presencia de ánimo que la hacia esperar con serenidad la llegada de sus verdugos: estaba animada de una verdadera fé, y creia que su oracion sería oída del Ser supremo, que jamás abandona á

sus criaturas en el día de la aflicción. En esto sintió abrir la puerta de su prisión, y vió entrar en ella un hombre seguido de dos mudos que traían un cadáver. La Princesa creyó fuese el de alguna víctima de la tiranía, que sus verdugos debían enterrar con ella en una misma tumba. Una ojeada llena de terror y compasión que arrojó sobre aquel triste objeto la hizo descubrir por entre los fúnebres velos que le cubrían el cuerpo de una jóven. Á pesar de toda su serenidad no pudo menos de helársela la sangre á semejante vista, y persuadiéndose que ya era llegada su última hora, se sintió desfallecer: tal es la funesta impresión que sobre nosotros causa la muerte; y arrodillándose delante de aquellos terribles ejecutores del crimen, con su hijo en los brazos, solo tuvo fuerza para pronunciar estas palabras: "inmoladme la primera y no me hagais morir dos veces hiriendo á este tierno infante hijo de mis entrañas antes que á mí." Mas el desconocido que conducía á los mudos alzándola del suelo y volviéndola á sentar en una silla, con una voz y una espresion capaz de tranquilizarla la dijo: "Dejad, señora, de temblar por la suerte de vues-

tro hijo y por la vuestra; porque solo depende de vuestra voluntad." -- Qué, ¿seréis mi ángel libertador? esclama enagenada Matilde, estendiendo hácia él los brazos en una actitud suplicante. ¡Ah! bien sabia yo que Dios oiria la voz de una madre..... pero ¿quién sois para que así os compadezcáis de mí? -- Un Príncipe á quien habeis despreciado, de quien habeis huido, y que ahora solo atiende á vuestra desgracia. -- ¡Alaziz! ¡Dios mio! esclama Matilde, volviendo á caer aterrada sobre su asiento; mas reponiéndose de su turbacion en el momento, mudando de lenguaje y como avergonzada de su primer movimiento, dice: "Es á un hijo de Saladino á quien hablo, y no debo olvidarlo: sí Príncipe, la vida de mi hijo y aun la mia es la mayor gracia que puede concederme un mortal; pero si vos, añadió con dignidad, y tomando un aspecto noble y aquella mirada celestial que inspira la virtud; si vos pretendéis exigir de mí alguna cosa indigna de mi carácter y alto nacimiento, sé morir: ved aquí á mi hijo: estoy resignada con mi suerte. -- No señora, la responde Alaziz lleno de asombro y compasion: sí, sin conoceros pude ama-

ros, y la violencia de mi amor pudo atemorizaros; en el dia sois la esposa de Selim-Adhel, y la hermana de un Monarca á quien aprecio; y siendo aun mas superior á estos títulos por la elevacion de vuestra alma, teneis derecho á toda mi consideracion. Mi hermano Afdal, á cuyo lado me retienen intereses que nos son comunes, me ha hecho saber vuestra prision y la infeliz suerte que os aguardaba: le he dado á entender cuánto nos importa á ambos reservar en vuestra persona y en la de vuestro hijo unos rehenes que nos sirvan de seguridad contra las empresas de vuestro esposo: adornan á mi hermano grandes cualidades; pero no le eximen de una ilegítima ambicion, que por desgracia apoya en el favor del pueblo; y vos sois, señora, muy á propósito para hacer algun dia entre nosotros de ángel de paz. Afdal pues consiente en que vivais, mas persuadido de que la Sultana Záfira jamás se conformaria con nuestras ideas, y tarde ó temprano hallaria un medio de sacrificaros á su venganza si llegase á saber que viviais; se ha decidido á entregaros en mi poder, y hacer creer que se ha ejecutado la sentencia pronunciada contra vos: el

cadáver de esta jóven muerta al dar á luz un niño debe ocupar vuestro lugar en el sepulcro y engañar su venganza: seguidme, pues, señora, sin temor ni recelo alguno: haré cuanto mas dulce me sea posible vuestra cautividad; y solo exijo de vos la promesa sagrada de no participarlo á vuestro esposo ni intentar por vuestra parte el quebrantarla: las revoluciones, tan frecuentes en el Imperio, tarde ó temprano traerán consigo el momento de vuestra libertad; pero sea como quiera, hoy no puedo salvaros sino bajo el seguro de este juramento. -- Señor, le contestó Matilde, dándole la mano: ya se deja conocer que el Sultan, vuestro difunto padre, os ha transmitido parte del fuego que abrasaba su noble corazón: os entrego mi suerte y la de un hijo que me es aun mas preciosa que la mia propia. Yo os juro guardar con la mayor religiosidad el juramento que me exigís. Conozco demasiado á Selim-Adhel, y no dudo en aseguraros que con un trono aun no os paga bien mi rescate.”

Alaziz se habia guardado bien de decir á Matilde que lo que mas habia influido en la resolucion de Afdal era una carta de Selim en que le amenazaba llevar la guer-

ra hasta lo interior de sus estados, haciéndole responsable con su cabeza de la vida de Matilde y de su hijo. Este lenguaje le habia aterrado, pues sabia bien lo mucho que era amado Selim de sus valientes tropas, y que nada era imposible á su valor.

Matilde pues salió de su prision con su hijo á favor de las sombras de la noche, y siguiendo á Alaziz ganó las puertas de Damasco sin ser vista de nadie: allí la aguardaban camellos preparados para conducirla lejos de aquellos sitios: el Príncipe la confió á un oficial de su guardia, y protegida por una fuerte escolta tomó el camino de Jerusalem. ¡Qué júbilo experimentó su corazón al ver rayar la aurora!..... -- Alzó sus ojos al Cielo: le contempló sereno y sembrado aun de estrellas: vió aquella naturaleza que el dia anterior pensó no volver á ver jamás y de la que aun disfrutaba en compañía de su hijo: creía renacer y que respiraba por primera vez el aire embalsamador de Sana, y que volvía á entrar en aquel paraíso terrestre en que habia habitado con Selim, y donde hubiera querido concluir sus dias. Jamás se habia hecho sentir mejor en su alma la presencia de

Dios, protector de la inocencia en cuyos brazos se habia entregado el dia antes con tanta confianza por medio de la fervorosa oracion que le habia dirigido entre las congojas de la muerte, desde su prision: vertia copiosas lágrimas de agradecimiento y estrechaba á su hijo contra su pecho conmovido, y la parecia al verle que sus ojos la engañaban, y que cuanto pasaba era la ilusion de un agradable sueño del cual temia despertar. En el curso de una habitual prosperidad el hombre olvida fácilmente el admirable conjunto de maravillas que creó su Autor para que las disfrutase, y del mismo modo que en una hermosa mañana abre los ojos al mágico espectáculo de la naturaleza rejuvenecida sin pensar en la mano Omnipotente que puso para él la luminaria de un resplandor eterno en lo mas alto de la bóveda de los Cielos; pero la desgracia es solo la que le despierta de su profundo y largo entorpecimiento: riega, por decirlo asi, las plantas de su alma cuando no estan ya secas, y la hace mas digna de reconocer los beneficios del Todopoderoso.

El viaje de Matilde fue sumamente feliz; y á la caída de una hermosa tarde

las torres de Jerusalem se presentaron á su vista. Entró conmovida en aquella ciudad consagrada con santos recuerdos, y en donde ejerce todavía lo pasado un divino imperio. Matilde creyó, llevada de su ardiente imaginación que dejaba en cierto modo la tierra y ponía los pies en el santuario mismo de la divinidad en donde todo debía hablarla del Salvador y resonar con los himnos sagrados: su corazón buscaba por todas partes los vestigios del Mesías: habria querido llorar á lo menos sobre las ruinas del Santo Sepulcro, ó en el pavimento de los templos que en otro tiempo eran la gloria de Jerusalem; pero ¡ah! su esperanza se vió frustrada. En aquellas sucias y estrechas calles nada recordaba ya el esplendor de la antigua Sion. Cabelmente en aquella sazón se celebraba el Ramadan (*), festividad del mahometismo:

(*) El Ramadan entre los mahometanos es una especie de cuaresma que dura un mes, durante el cual no comen ni beben hasta despues de ponerse el sol, hora en que lo hacen entregándose á todos los arrebatos de la alegría, cantando versículos del Alcoran (llamado entre ellos *Corán*), segun lo indica

el incienso humeaba en las mezquitas, y todas las plazas estaban llenas de musulmanes que se entregaban á la alegría, entonando las alabanzas de su falso Profeta.

Matilde contemplaba tan extraño espectáculo sentada solitariamente sobre el elevado terrado del palacio de un Emír sumergida en una profunda melancolía, y lloraba como otro Jeremías sobre las desgracias de la Ciudad Santa. “¡Oh Sion! esclama: ciudad del Señor ¿en qué has venido á parar? Tú que debias brillar la primera entre las ciudades benditas del Eterno, como el lucero de la tarde en medio de los cielos; tú, á quien debiera ser una égida el sepulcro de un Dios; tú por quien la Europa conmovida se ha armado toda en masa para que levantes del polvo tu abatida frente. ¡Oh Jerusalem! te busco y no te encuentro: los hijos de Mahoma te hollan y á tus templos con sus inmundas plantas, y hacen desaparecer tu antigua grandeza; y las numerosas legiones de cristianos armados

aquí el autor; pero no es una fiesta como supone. Tambien se llama esta cuaresma *Ramazan*. (Nota del Traductor.)

por tu santa causa, yacen en el polvo. Los versículos del Corán remplazan á los cánticos de David y Salomon, y el estandarte de Ismael ondea sobre los sitios en que se erigian tus altares. El viento de la tarde que gime entre tus ruinas no conduce á mis oidos mas que los cantos de triunfo de los infieles; y el astro de la noche que derrama sobre tí su pálida luz no ofrece ni una sola señal de lo que fuiste. ¿Cómo has caido monumento sagrado de nuestra fé y vida? ¡tú, sepulcro precioso de mi Dios! Pero ¡ah! el verdadero triunfo de la Religion de Jesucristo no estriba en el inconstante fundamento de las armas. Triunfa pues ¡oh religion sagrada! ¡triunfa en los corazones por tu moral sublime mas bien que en los muros y baluartes; pues al fin vendrás á conquistar todo el orbe con tu dulzura.”

Desde Jerusalem fue conducida Matilde á Jaffa, en donde se embarcó en una nave que daba la vela para Egipto. La navegacion fue feliz. Cuando llegó á Damietta se redoblaron las precauciones á fin de que de nadie fuese vista. Volvió pues á caminar hácia el Cayro á donde llegó por fin, y se halló muy en breve en un salón del

palacio de Alaziz en que estuvo prisionera en otro tiempo; pero como aquella bulliciosa estancia no la convenia de modo alguno para el descanso que necesitaba y al profundo misterio en que debia ocultarse su existencia, pidió y obtuvo de Alaziz el permiso de ocupar una casa de recreo situada á algunas leguas del Cayro, á las orillas del Nilo, en donde los encantos de una naturaleza solitaria y florida endulzaria algun tanto la amargura de un largo y horroroso cautiverio.

Por fortuna tambien de Matilde ocupaba sus momentos los desvelos de la educacion de su hijo, esperando poder presentarle algun dia digno de él: esto reanimaba continuamente su valor. Un dia que con la mayor tristeza se paseaba con su tierno niño por las márgenes del rio, repasando en su mente las vicisitudes de su vida y el singular encadenamiento de causas que desde el centro del cláustro la habian arrastrado dos veces á las prisiones de Alaziz, echó de ver que su hijo habia desaparecido. Temblando siempre de algun nuevo infortunio, corre á lo largo de la orilla: le llama aunque en vano; y al fin cree oír sus gritos que salian de lo espeso de

un matorral: se acerca azorada, y ¡oh Dios! vé un horrendo cocodrilo (*) que con

(*) El *cocodrilo* es una especie de lagarto en extremo monstruoso, pues tiene 20 ó 24 pies de largo, y mas de dos por el pecho. Se halla cubierto de una especie de escamas impenetrables aun á las balas. Su ancha y profunda boca, guarnecida de dientes los mas horribles, como igualmente sus garras, aterrañ al hombre de mas valor. Es anfibio; vive 40 ó 50 años; es ovíparo, y pone los huevos entre las arenas del Nilo: son tan grandes como los de ánade: el calor del sol los vivifica: por fortuna se esterminan con el mismo interés que en España la langosta; pues de lo contrario este voraz animal se multiplicaria tanto, que acabaria con la especie humana. Se echa entre el cieno, entre los juncos ó en los matorrales próximos al rio Nilo, que es donde particularmente se cria (aunque es peculiar de casi todos los rios de África, Asia y América), y espera tranquilamente su presa; la vé: se acerca á ella silenciosamente, y la ase devorándola en un momento, aunque sea un toro, un camello &c.; pues sus fuerzas son prodigiosas, como que se le ha visto arrancar á un hombre de una canoa con la mayor facilidad, y devorarle. Generalmente los que estan mas espuestos á este peligro, son los que van á bañarse al Nilo, ó se duermen á

la boca todavía ensangrentada imitaba los gritos de un niño para atraer una nueva presa. Pálida Matilde á semejante vista, retrocede horrorizada: aproxímase de nuevo temiendo descubrir los restos palpitantes de su hijo, y queriendo sin embargo cerciorarse de su destino. ¡Qué de contrarios afectos la combaten! ¿Deberá huir ó morir? No descubre vestigio alguno de su hijo, y no obstante todo la intimida, todo: todo parece decir á su corazon que le ha devorado el mónstruo: algun tanto mas recobrada del primer terror, huye del voraz animal que vá á arrojarse sobre ella; mas apenas se vé libre del riesgo, la ternura maternal la detiene: piensa en su hijo: se asombra de haber tenido miedo, y se apresura á volver al mismo paraje para ocultar de la vista del mónstruo el infeliz que tal vez estará escondido entre la maleza. ¡Oh Dios mio! esclama con el mayor dolor; perezca yo si tal es vuestra

sus orillas. En cuanto á lo que se dice de que este animal imita el llanto y la voz humana, y que llora sobre los restos de lo que ha devorado para atraer una nueva víctima, á lo que parece dar crédito el autor segun se advierte, es una fábula vulgar. (*Nota del Traductor.*)

voluntad ; pero permitidme que salve á mi hijo. Interin vacilaba sobre la determinacion que tomaria, luchando con mil angustias, vagando por la ribera como la tortolilla á quien el ave de rapiña ha arrebatado sus tiernos polluelos, repara de repente en un venerable anciano situado á la entrada de una selva, el cual tenia en sus brazos al niño Adhel. Arrojarse al desconocido, coger á su hijo y estrecharle contra su agitado pecho ; postrarse de rodillas ; derramar lágrimas de gratitud echando al Cielo una de aquellas miradas en que se pinta toda el alma de una madre, todo esto fue una sola accion de Matilde. Luego que pasó aquel instantáneo movimiento en que se dirigió á Dios, se volvió al extranjero redoblándose su sorpresa y satisfaccion al reconocer en él á su antiguo amigo el Sultan Nuredino. “Señor, le dijo besando su mano, ¿es posible que os deba la dicha de encontrar á mi hijo, duplicándome el Cielo el placer mirando en vuestras facciones á mi respetable amigo?— Sí, Princesa ; no os engaÑais, y doy gracias al Cielo de haberos podido hacer este pequeño servicio: he hallado á vuestro hijo cerca de estos sitios : asustado huia del

mónstruo: le he cogido de la mano é iba en busca de su madre cuando la he descubierto en vos. -- ¡Oh Señor! ¡cuánta gratitud os debo! Temí que mi hijo hubiese sido presa del feroz cocodrilo; y sino me hubiese sostenido una débil esperanza bien pronto le habria seguido al sepulcro. Pero ¿qué casualidad tan singular os ha permitido dejar vuestro profundo retiro, y penetrar en este recinto? ¿Qué mano benéfica os ha abierto las pirámides de Egipto y restituido á la luz del mundo? -- Una de aquellas vicisitudes políticas tan comunes en nuestras desgraciadas regiones: y ¿cómo no conocéis la mano de que me hablais pues que reina ahora sobre el Egipto y sobre todo el imperio de Saladino? -- ¿Ha triunfado el Príncipe Alaziz de todos sus competidores? -- Alaziz ya no existe: ha sido víctima de las guerras civiles: sus hermanos que dividian con él el imperio, no son mas que los Emires del héroe que los tiene bajo sus leyes. -- ¿Y quién es ese héroe? preguntó Matilde con voz demudada. -- Selim-Adhel. -- ¡Mi esposo! ¡Oh Dios! ¡Dios mio! ¡Dios de bondad, colmaste mis deseos!" Penetrada Matilde de una alegría suma, fue tanta la emocion que es-

perimentó, que sus rodillas la flaquearon y habria caido en tierra si Nuredino no la hubiese sostenido felicitándola con el mayor afecto é interés. Recobrada, al fin, de tan grande como gozosa sorpresa, condujo al anciano Sultan á los jardines de su casa de recreo; y sentándose sobre una altura que dominaba al Nilo y sus hermosas márgenes, Nuredino principió así una relacion que Matilde ansiaba saber.

“Despues Señora que partisteis de la Pirámide que habitábamos juntos, tuve mi soledad por mucho mas triste y profunda que antes: se me vino á hacer insopon- table el peso de mis males, porque du- rante vuestra permanencia allí me habiais en cierto modo reconciliado con la hu- manidad, manifestándome que habia co- razones virtuosos, y haciéndome sentir mas y mas el mal uso que hice de los dias de mi juventud y prosperidad, imaginándome lo que habria sido, si en vez de rodearme de esclavos afanados en lisonjear mis in- clinaciones hubiese procurado buscar uno de aquellos corazones. La desgracia del hom- bre está en buscar siempre y querer ha- llar la felicidad fuera de sí mismo; en re- ducirla á objetos que les es imposible dár-

sela; pues que ellos mismos no la poseen, situando la felicidad en lo exterior solamente, cuando sus bases deben fijarse en los últimos afectos del corazón, en aquellos sentimientos generosos que nos hacen experimentar un placer, una satisfacción interior y duradera, estendiendo nuestra existencia á seres que la ennoblecen uniéndose á cuanto tiene la naturaleza de mas grande y admirable, y acercándonos en fin, digámoslo así, á la perfección de su divino autor. De este modo pasé mucho tiempo llorando el bien que dejé de hacer en el trono y todo el mal que la ignorancia de mis verdaderos intereses, y el atolondramiento de placeres frívolos me habian hecho cometer. La antorcha de mi vida entretanto solo espedia ya una llama pálida precursora de su estincion, no quedándome ya nada que apetecer en el mundo.

En tal situacion un dia penetró un ruido de armas hasta el centro de mi lóbrego. En otros tiempos me habria asustado creyendo ver en él á los satélites de la tiranía que me buscaban é iban á arrancarme el resto de vida que me animaba y á la que todavía me unia una vaga é

irreflexiva esperanza ; pero entonces ya nada me interesaba pues vos os habiais llevado mis últimos pesares. Hay sin duda una edad, en la que el brazo de los verdugos no hace mas que acelerar el funesto golpe con que nos hiere ya la segur del tiempo. Oí las tentativas é investigaciones que los centinelas hacian en las paredes de mi retiro para descubrirle : penetrado yo mismo de sus intenciones hice que abriesen las puertas que me cubrian y me presenté á ellos con serenidad y sin tener temor alguno. Detuviéronse los que me buscaban en el umbral, y muy luego ví aparecer un guerrero que en lo rico de sus armas, en las insignias del poder soberano que le decoraban, y en la magestad de su figura le reconocí por su gefe, esto es , por un Sultán. -- "¿Sois Nuredino? me dijo , acercándose á mí. -- Nuredino soy, respondí sin vacilar : sé lo que exige la recelosa política de los Sultanes y si vienes á arrancarme el corto resto de una vida bien triste, estoy pronto á dejarla en este mismo momento. -- Noble y desgraciado Príncipe, dijo entonces el guerrero aproximándoseme y alargándome su mano generosa : nada temas de mí : soy Selim-Adhel..... ¡Ah!

señora, feliz el Príncipe cuyo nombre sencillamente pronunciado inspira respeto y admiracion. Al nombre de un héroe que habia llenado el Asia de la celebridad de sus victorias, y ante el cual los mismos hijos de Saladino no eran mas que unos gusanos rastreros, no creí abatirme inclinándome hácia él. No, no, me dijo deteniéndome; aunque os halleis decaido de la grandeza suprema, no sois menos respetable para mí, y venero en vos, ademas de lo que fuisteis, la sabiduría en desgracia y la ancianidad. La suerte me ha colocado en el trono del Asia; mas conozco la inconstancia de la fortuna: en este mismo sitio me demuestra la nada de las grandezas, y todo me manifiesta aqui que ante Dios nada hay de grande sino la virtud, porque esta es su verdadera esencia. Yo debo trataros como quisiera me tratasen estando en vuestro lugar, es decir, si la suerte hubiese puesto en vuestras manos mi cetro. Recobrad pues vuestra libertad, y marchad en paz sobre esta tierra en que reino. Ademas de que os estoy obligado en la persona mas amada de mí y cuya pérdida lloro sin cesar, vos merecisteis su estimacion y afecto por vues-

tras lecciones y el interés que la manifestásteis, y desde aquel punto fuisteis mi amigo: venid, venerable Sultan, venid á sentaros cerca de mi trono: vuestros prudentes consejos me recordarán lo que debo á mis pueblos si alguna vez puedo olvidarlo: venid, os devolveré vuestras riquezas, y procuraré en cuanto esté de mi parte indemnizaros de tantos y tan dilatados infortunios como habeis pasado, ó á lo menos suavizaré las incomodidades de vuestros últimos dias.



**LIBRO DÉCIMO CUARTO.**

Frecuentemente nos lisonjean mas los elogios que se tributan á los objetos de nuestro afecto, que los que se nos dan á nosotros mismos; y sobre todo, cuando estos elogios salen de la boca de un anciano augusto y respetable, nos parece oir la voz de la posteridad que de antemano los proclama, pareciéndonos tambien que vemos sus manos inscribiéndolos en los faustos de la gloria. Matilde pues interrumpió á Nuredino con sus lágrimas; pero ¡cuán dulces eran estas! ¡de cuántas penas la compensaban! -- “No os suspenda, señor, mi llanto dijo al fin al anciano Sultan: hablais de mi esposo, y aunque nada hay en vuestro discurso que me sorprenda ni sea nuevo para mí que conozco tan á fondo la nobleza de su alma; sin embargo no puedo oiros sin entermecerme de su generoso procedimiento. -- ¡Ah! tres veces dichosa esposa de tan magnánimo Príncipe, dijo Nuredino; marchad con él por la sen-

da de la verdadera gloria , pues toda la felicidad de los reyes no tiene bastantes placeres ni suficientes coronas la virtud que ambos no podais gozar reunidos: no me asombran señora vuestras lágrimas, pues que yo tambien siento humedecerse mis párpados con las de la gratitud y admiracion , y envidio el placer poco comun que goza un alma grande en hacer felices.

“Generoso Príncipe, le respondí: cuanto menos derecho tengo á vuestra bondad tanto mas penetrado quedo de ella: conservad por largos tiempos el trono que el Cielo os ha dado , pues que sabiendo como sé que vos lo mereceis y gobernais mejor que yo, no le echo de menos. Si fuese posible , lo que no creo , que la ambicion pudiese aun tentarme , vos me consolariais de lo que he perdido ; pero me veo cercano á aquel término en que ya no se puede aspirar á otro puesto que al del frio sepulcro en donde se oscurece todo el brillo de las grandezas humanas : nada mas os pido que un retiro en donde pueda vivir en paz y contemplar las maravillas de la naturaleza y en ellas la verdadera gloria, poder y bondad del supremo Hacedor: me tengo por feliz en haber hallado en mis úl-

timos días el mas noble de los corazones en aquel á quien miraba como á mi enemigo ; viendo en vos el mas precioso tesoro de la tierra , esto es , un soberano bueno y sensible.” El mismo Selim me llevó despues á una tierra situada cerca de este sitio , retiro delicioso y tranquilo desde el cual descubre la vista en un inmenso horizonte las fértiles campiñas que riega el Nilo. -- Reflexionad , señora , cuán hermoso debia parecerme acabando de salir de la oscuridad de una prision de mas de veinte años , y manifestándoseme la naturaleza con toda su hermosura al ponerse el sol. El luminoso rayo de este astro brillante reflejaba en las tersas y tranquilas aguas todas las gracias de la Creacion. Este rio bienhechor de las ricas y estensas regiones que baña y fecunda va á perderse en el centro de los mares , llevando tras de sí las bendiciones de los pueblos á quienes alimenta : idea que le daba para mi un nuevo atractivo. ¡Feliz , decia yo á Selim , la vida de los reyes de quienes tu curso es imágen , pues todo lo fecundan en su paso antes de perderse en la eternidad como se pierde este rio en la inmensidad del Mediterráneo ! Jamás las risueñas decoracio-

nes de los valles y de las floridas llanuras se habian ostentado á mis ojos con mas delicados matices: jamás la luz del dia reflejada de mil modos de la tierra á las aguas por entre la diversidad de sombras, y de las aguas á la tierra habia escitado en mí sentimientos mas puros de reconocimiento hácia el origen primero de donde emanan. ¡Desgraciados, infelices humanos! vosotros podeis vivir incesantemente en este inagotable manantial; podeis gozar de tan innumerables dones, y vuestras ciegas pasiones os los convierten en venenosos frutos bañando en lágrimas y sangre el suelo que de año en año y de siglo en siglo debe transmitir os innumerables beneficios. Necio de mí que sentado en el trono de los reyes me embriagaba con el vano incienso sin haber hecho jamás impresion en mi corazon y sentidos las maravillas de esta naturaleza sublime que nos manifiesta á su Autor en estos dones que siempre renacen, olvidando á este supremo Ser ante quien todo se aniquila, y por quien todo existe embriagado en los placeres y deslumbrado con el vano brillo de la pompa y la grandeza humana. Todo lo contemplaba con orgullo: las grandes pirámides, sepulcros

que debian separar mi polvo de los demas mortales, y me olvidaba de que el fuego de la vida que la anima y el alma que la ennoblece vuelven á las manos del Dios que los crió para renacer á otra vida. ¡ Oh Princesa! corazones como el vuestro y el de Selim-Adhel reflejan sobre la tierra la imágen de las perfecciones divinas en cuanto es dado á la flaca humanidad; y ya los vínculos sagrados que os unen á él os proporcionarán ocasiones de ser útiles á los cristianos. -- Pues qué, señor, ¿ han experimentado los cristianos algunos nuevos reveses? Cuando yo me hallaba en Chipre sus ejércitos se preparaban para la reconquista de la Palestina: despues he sabido que este proyecto no ha tenido efecto por las victorias que Selim-Adhel ha conseguido, por lo cual me prometia que cansados de tantos infortunios renunciarían á toda otra nueva Cruzada; pero á pesar de que los cruzados han visto estrellarse nuevamente todo el esfuerzo de sus armas, la Europa se obstina todavía en derramar sus ejércitos sobre el Asia. En vano han pagado con la vida la temeridad de la empresa en la última Cruzada los duques de Sajonia y de Austria: en

vano los campos de la Siria han visto desaparecer en pocos meses la flor de los guerreros de Alemania : estas potencias han juntado nuevas fuerzas y vuelto á caer sobre el Egipto. Damietta es verdad se ha rendido ; pero á la llegada de Selim todo ha cambiado inmediatamente de aspecto : han sido vencidos los ejércitos cruzados , y necesitan de vuestra intercesion poderosa para evitar su total destruccion. Id Princesa , id hija mia : el Dios del Universo os coloca en el trono de Oriente como un ángel protector que salvará á los cristianos de su ruina. Conservad , fomentad siempre en Selim los sentimientos de humanidad que los mas generosos héroes no pueden á veces oir entre el estruendo y furor de la guerra. -- Señor , le responde Matilde : vuestras palabras hablan á mi corazon un lenguaje que le es muy análogo ; pero para hacerlas eficaces venid á ayudarme á practicarlas , y si el estruendo de las armas atemoriza demasiado á vuestra ancianidad , dignaos al menos acompañarme hasta donde se halla Selim ; pues como conocéis , estrangera y cristiana , en un pais lleno de tropas , á vuestro lado correré menos riesgos : venid pues venera-

ble Nuredino á entregar á Selim su esposa é hijo, cuyo último obsequio debe seros grato, y me parece digno de vos.”

Nuredino creyó no podia su deber negarse á los deseos de Matilde: la amistad que la profesaba y su gratitud á Selim-Adhel, se reunian tambien para resolverle á ello, y asi partieron al momento, y despues de dos dias de camino llegaron á los limites del campamento del héroe. Pero antes de pasar adelante echemos una rápida ojeada sobre la situacion de ambos ejércitos.

Despues que Inocencio III subió al sόlio pontificio, trató unicamente de reanimar el celo de los cristianos por las cruzadas. La elocuencia de un santo orador, Julio de Neuille le habia ayudado con todo su poder y especialmente en Francia: pues cuando se dejaba ver aunque fuese en medio de un torneo, los barones y caballeros olvidaban los juegos, las proezas de la caballería, y el premio que por ellas daba la hermosura para alistarse en las banderas de la Cruz, y marchar contra los infieles. La belleza y sus dardos se embotaban contra la elocuencia; y el amor, tan poderoso en todos tiempos, veia su imperio arruinado.

Entre los cruzados de aquel tiempo brillaban Thibault, conde de Champaña, Luis conde de Chartres; los condes Gauthier y Juan de Brienna, Mateo Montmorency y los condes de Flandes y de Hainaut. Los gefes de los cruzados se dirigieron á los venecianos que tenian entonces el dominio del mar Adriático, suplicándoles favoreciesen su empresa, dándoles el auxilio de sus numerosas escuadras para conducir el ejército á Palestina.

Se convocó una asamblea general, dice el elocuente historiador de las Cruzadas (*) en Venecia en la iglesia de san Márkos, y celebrada la misa del Espíritu Santo, se levantó el mariscal de Champaña en union con otros diputados, y dirigiéndose al pueblo de Venecia pronunció un discurso cuyas sencillas espresiones pintan mejor que lo que pudiera decirse el espíritu y los sentimientos de los tiempos heróicos de nuestra historia.

“ Los mas altos y poderosos señores barones de Francia nos envian á rogaros en nombre de Dios, que os compadezcáis de Jerusalem, que yace bajo la servidumbre de

(*) Mr. Michaud.

los musulmanes. Os piden y ruegan les acompañéis á vengar el ultrage que se hace por ellos á Jesucristo: os han elegido á vosotros y vuestro pueblo: nos han encargado que nos echemos á vuestros pies sin levantárnos hasta que nos otorgueis nuestra demanda y os hayais apiadado de la Tierra Santa.”

Enternecidos al pronunciar estas palabras, no temiendo humillarse por la causa de Jesucristo, se arrodillaron y alzaron sus brazos suplicantes hácia el congreso. La viva emocion de los barones y caballeros se comunicó á los venecianos, diez mil voces juntas gritaron á un tiempo. “Os concedemos vuestra demanda.” El Dux Dandolo subiendo á la tribuna elogió la franqueza y lealtad de los barones franceses y habló con entusiasmo del honor que Dios concedia al pueblo de Venecia, eligiéndole entre los demas para hacerle partícipe de la gloria de tan alta y noble empresa, y asociarle á los mas valerosos guerreros. Despues leyó el tratado hecho con los Cruzados, suplicando á sus conciudadanos reunidos que diesen su consentimiento con las fórmulas prescritas por las leyes de la Republica. Entonces el pueblo con un grito general y unánime dijo: “Consentimos en ello.” To-

dos los habitantes de Venecia asistieron á la Asamblea , y una inmensa muchedumbre cubria toda la plaza de San Márcos y llenaba sus calles inmediatas. El entusiasmo religioso, el amor de la pátria y la alegría se manifestaron con aclamaciones tan ruidosas, que podria haberse dicho segun la espresion del conde de Champaña , que la tierra iba á abrirse y unirse

Sin embargo, esta quinta Cruzada emprendida á favor de Jerusalem no produjo utilidad alguna , limitándose solo á la toma de *Constantinopla.* Las numerosas legiones que se reunieron para ella se desvanecieron y aniquilaron como las anteriores , mas bien que por la fuerza de los enemigos , á impulsos de las guerras intestinas y vanos proyectos, sin tener ni aun el consuelo y el honor de pisar los campos de la Palestina. Á pesar de esto Inocencio III no se desanimó, y su elocuencia fervorosa produjo la sexta Cruzada mas formidable aun que las anteriores. Reunió ejércitos de todos los pueblos de Europa bajo el mando de Andres rey de Hungría. Los duques de Austria y de Baviera iban tambien entre sus filas. Los Cruzados desembarcaron en Tolemaida y

presentaron á la aterrada Siria un ejército mas terrible y numeroso que cuantos hasta entonces la habian invadido; mas los obstáculos que halló no tardaron en sembrar la discordia y desunion entre los gefes: se apoderó de ellos un terror pánico al acercarse al enemigo, y volvieron á entrar en Tolemaida de donde acababan de salir. El rey de Hungría se volvió á su reino; pero el que se titulaba de Jerusalem, el conde de Holanda y el duque de Austria habiéndose reforzado solo abandonaron la Siria para caer con todas sus fuerzas sobre el Egipto que les ofrecia entonces una presa mas rica y una conquista mas facil.

“ Los Cruzados, dice el historiador que antes he citado, llegaron á la vista de Damietta en los primeros dias de abril, y habiendo situado sus tiendas en una inmensa llanura, tenian por detras lagos y estanques abundantes en pescados de todas especies; y por delante el Nilo lleno de bajeles: mil canales cubiertos de papiros (esto es ciertos árboles de los que se hace papel) y de verdes cañaverales atravesaban las tierras dándolas frescura y fertilidad. En los campos que en otros tiem-

pos habian sido teatro de sangrientos combates, ya no se veia vestigio alguno de guerra; arrozales inmensos cubrian las llanuras en que los ejércitos cristianos habian perecido de hambre. Bosques enteros de naranjos y limoneros cargados de flores y frutos: selvas de palmeras y sicómoros; prados de jazmines, arbustos fragantes, y una multitud de plantas y de maravillas desconocidas á los peregrinos, les hacian recordar las imágenes del paraíso terrenal, haciéndoles creer que el pais de Damietta habia sido la primera morada del hombre en el estado de la inocencia. La vista de un hermoso cielo y de un rico clima los embriagaba de gozo, mantenia la esperanza en sus corazones, y les mostraba el cumplimiento de las divinas promesas: llevados de su entusiasmo religioso, creian que la Providencia misma prodigaba las maravillas por el buen éxito de sus armas; apenas acababan de sentar su campo en las orillas del Nilo, cuando un eclipse de luna lo cubrió de espesas tinieblas; y este fenómeno inflamó su ardor, pareciéndoles que les presagiaba las mayores victorias; pero por desgracia todo este hermoso

sueño debía desvanecerse bien pronto.

Los cruzados despues de hacer prodigios de valor , se habian por fin apoderado de Damietta , cuya conquista habia aterrado á los musulmanes , y por la cual antes de conseguirla habian ofrecido ceder toda la Palestina ; pero un triunfo tan brillante no bastaba á la ambicion de la mayor parte de los gefes del ejército cristiano , que no aspiraban á menos que á conquistar todo el Egipto , echando por tierra hasta aniquilarlo el poder de los sarracenos. En vano Juan de Brienna , su general , les hacia presente los riesgos y peligros á que iban á esponerse en un pais desconocido , en medio de una nacion enemiga y animada por la desesperacion. “ Los musulmanes , les decia , no dejarán de evitar el combate , y aguardarán á que las enfermedades , la escasez , la miseria , el cansancio y las circunstancias , y con la inundacion del Nilo y el calor del clima lleguen á triunfar de vuestras fuerzas , y hacer que se malogren nuestras victorias.”

Demasiado bien probó la experiencia lo acertado de estas observaciones. Envanecido el ejército cristiano con sus triun-

Éos salió lleno de orgullo al encuentro de sus enemigos. En vano Selim-Adhel, intimidado á la vista de unas fuerzas tan superiores, y contento al mismo tiempo de que se presentase la ocasion de proporcionar á Matilde, y aun á sí mismo, el placer de que se volviesen á establecer otra vez los cristianos en aquellos paises segun deseaban sin comprometerse con sus vasallos, que viéndose vencidos procuraban sacar cualquier partido: en vano pues, Selim-Adhel les ofreció cederles á Damietta, y todas las plazas que poseia en Palestina; pues desecharon con altanería y desprecio tan ventajosa proposicion, y trataron de llevar adelante sus conquistas Selim incomodado, viéndose obligado á pelear contra su voluntad ó á perecer, no quiso comprometer la suerte del Egipto al éxito de una batalla, y solo trató de ganar tiempo para ver si los cristianos se reconocian y aceptaban sus proposiciones; y si no, á que le viniesen socorros de un poderoso aliado, cuyas operaciones debieron preveer aquellos. Este aliado fue el tiempo en que el Nilo sale de madre é inunda el Egipto. El Sultán entonces mandó abrir las compuertas ó es-

clusas, y todo el ejército quedó anegado. La escuadra musulmana se aprovechó por su parte de este incidente para destruir la de los cristianos, y privarles de sus víveres y bagajes. Reducidos así estos á perecer de hambre y miseria tuvieron que implorar la clemencia de sus enemigos y pedirles la paz.

La diputacion de los príncipes cruzados presidida por el obispo de Tolemaida pasó al campo de los musulmanes. Selim-Adhel la recibió en su tienda rodeado de sus emíres y príncipes de la sangre, y de Melik-Kamel y Coradino, á quienes habia confiado las plazas principales de su imperio. El Prelado tomó la palabra y propuso al vencedor una capitulacion, por la cual los cristianos ofrecian entregar á Damietta, exigiendo solo que se les dejase volver á Palestina.

Estas proposiciones fueron controvertidas con ardor en el divan, ó sea consejo de Selim-Adhel. Los cortesanos y muchos emíres opinaban que ya que el Dios de las batallas ponía en sus manos á sus mas crueles enemigos devastadores del Oriente, se les debia sacrificar á la felicidad de la nacion musulmana, aprovechándose de

la victoria para que sirviese de escarmiento para siempre á los pueblos occidentales,

Selim-Adhel dudaba sobre el partido que debia tomar que pudiese favorecer á los cristianos y conservar su honor, y la confianza de su ejército y de su imperio: hacía mas de un siglo que los cristianos desolaban el Asia, y se habian hecho acreedores á una venganza terrible que podia satisfacer con una sola palabra; pero esta palabra no podia proferirla la boca de un héroe á quien sus principios y la religion cristiana que profesaba secretamente, lejos de inspirarle el derramamiento de sangre, le aconsejaban el perdón de un enemigo desarmado que imploraba su clemencia. La compasion hablaba á su corazón, y el interés de su pais y su mismo honor exigia una crueldad,

De este modo luchaba consigo mismo, cuando de repente una muger cubierta con un velo y con un niño en los brazos atraviesa por en medio de los guardias que intentan detenerla; llega á él y se arrodilla á los pies del trono, "Y yo tambien, Selim, esclama, alzándose el velo; vengo á pedirte gracia para el ejército cristiano: ¿me la

negarás?” Al primer acento de aquella voz tan querida Selim reconoce á Matilde y á su hijo: vuela á sus brazos: la estrecha largo tiempo contra su corazon oprimido de gozo sin poder proferir mas palabras que estas: *¡Matilde! ¡mi esposa! ¡mi hijo!* Corren lágrimas de alegría y ternura por las mejillas del héroe que arrancan tambien las de todos los concurrentes. “Amada Matilde, prosigue: no creas que en un dia en que el Cielo te restituye á mis amorosos brazos pueda negar gracia alguna á mis enemigos: perteneces á su nacion, á su sangre, y á su culto; de jo pues desde este instante de mirarlos como tales enemigos, y quiero que mis beneficios los liberten de los horrores del hambre que reina en su campo. ¡Ojalá que este ejemplo dé á conocer á los cristianos lo que son unos pueblos á quienes dan el sobrenombre de bárbaros: id, dijo á los diputados que habian vuelto á entrar despues de Matilde; vivid: y la paz y la amistad reinen entre nosotros en lo sucesivo.”

El amor habia hermo-seado los dias que Matilde habia pasado en las solitarias sombras del ameno clima de Sana. Su cora-



*La estrecha contra su corazon, sin poder
proferir mas que estas palabras.... ¡Ma-
tilde! ¡mi esposa! ¡mi hijo!*

A. Vazquez lo grabó.

F.º 2.º Pag. 268.

zon habia conocido allí por la primera vez las delicias del amor conyugal y materno, y la habia embriagado de tal modo, que ya no la era posible gozar de mas felicidad en este mundo: pero ¡cuánto mayor fue el que experimentó el dia en que convertida en ángel tutelar de los cristianos, los libertó de todos los horrores del hambre, y de una muerte casi cierta en medio de las aguas agitadas! Seguida de cien carros de víveres, fue ella misma á su campamento, en donde creyó verse rodeada de las sombras pálidas y lividas de la Estigia (*). Tales parecian los infelices cristianos consumidos y secos, que con las espresiones mas afectuosas se esforzaban á manifestar su agradecimiento al beneficio y á la vida que les restituia. El obispo de Tolemaida condujo á Matilde al altar de los cristianos,

(*) La Estigia era una laguna (ó rio) de los infiernos poéticos. Traía su origen de una fuente de la Arcadia del mismo nombre, que salia del Monte *Nonacris*, y formaba un arroyo cenagoso. Los Dioses que juraban por las aguas de la Estigia, no se atrevian á quebrantar su juramento. (*Nota del Traductor.*)

ante el cual, postrada dió gracias al Ser Supremo por la particular bondad y protección con que se habia dignado mirarla, prorumpiendo en las siguientes palabras, que raramente permite la ambicion ó la avaricia pronuncien los mortales. “¡Dios mio! Nada me queda ya que pedirós.” De cuantas fiestas ordenó Selim que se celebrasen en todo su imperio para solemnizar el regreso de su esposa y su advenimiento al trono, ninguna le dejó recuerdos mas gratos que el acto de beneficencia que hemos referido. Desde aquella época apenas hubo dia que no se señalase por algún otro acto igual, tanto en favor de los cristianos quanto en el de los pueblos de que era soberana. Los primeros no vieron en ella mas que una augusta protectora que la misericordia divina conmovida de sus desgracias habia colocado en el trono; y los segundos olvidaron que era cristiana para adorar sus virtudes. Ellas le conservaron hasta el sepulcro el ascendiente de sus primeras gracias en su esposo, y cercana, despues de pasar en la mayor felicidad muchos años siendo el modelo de las esposas y de las madres, á sus últimos momentos le decia: “¡Oh Selim!

¿cuánto te debo! No son los honores ni las riquezas de que me has colmado: no los placeres que acumulaste en derredor de mí en las deliciosas llanuras de Damasco, de los que principalmente te doy gracias, sino de que dividiendo conmigo el primer trono del Asia me has dado á conocer todo el encanto de la beneficencia, y el de ser para mis hermanos una imágen de la caridad cristiana, procurando con tu ejemplo que practique el bien como esposa, como madre, y como reina. Á Dios Selim, objeto único de mi constante amor; bien pronto no latirá ya este corazón que ocupas y de quien eres su vida: pronto convertida en una sombra fugaz la que tanto has amado y á la que colocaste en el trono del Oriente, no dejará rastro alguno sobre la tierra después que la haya devorado; pero si el alma inmortal se adhiriere á los objetos que ha querido, la mia no se separará de tí hasta que despojado del cuerpo mortal venga la tuya á reunirse conmigo en las moradas eternas.”

Con efecto, Matilde murió en los brazos de su esposo. Éste la sobrevivió muy poco; y después de un reinado de los mas gloriosos que nos han transmitido los ana-

les del Asia, fue sepultado junto á su esposa en el mismo sepulcro, uniéndose en la muerte las cenizas de los que tanto se habian amado en la vida.

Sucedió en el trono de Selim su hijo y de Matilde, mostrándose digno de sus nobles y virtuosos padres, cuyos sentimientos y religion procuraron inculcarle desde la infancia por medio del piadoso sacerdote que unió á Selim con Matilde, y que despues lo trajeron á su lado, como tambien el dificil arte de gobernar á los pueblos y hacer felices á sus súbditos, como en efecto lo consiguió en un largo y próspero reinado.

FIN DE LA OBRA.

NOTAS GEOGRÁFICAS

DEL TRADUCTOR DE ESTA OBRA,

SEGUN SE HALLAN CITADAS EN ELLA.

(1) *Delhi*. Grande, bella y rica ciudad del Indostan, capital de la provincia de este nombre, tomada por Thamas-Kouli-Kan en 1738, por los ingleses en 1798. Situada sobre el rio Djemnah á 40 leguas N. de Agra.

(2) *Pafos*. Ciudad situada en otro tiempo en la costa occidental de la isla de Chipre. (*Nota del traductor.*)

(3) *Citerea ó Citera* es hoy la isla de Cerigo en el archipiélago del Mediterráneo al sud de la Morea (*Id.*)

(4) *Nicosia*. Es una grande y bella ciudad, capital de la isla de Chipre, residencia de sus antiguos reyes, y hoy de un Bajá turco: tiene bellas mezquitas é iglesias griegas: es arzobispado. Tiene sedas, algodón, láudano, bermellon, &c. (*Nota del traductor.*)

(5) *La Sajonia*. Es un gran pais de Alemania que se divide en tres partes, á saber el du-

cado de Sajonia, y los círculos de la alta y baja Sajonia. El ducado, que es del que tratamos, tiene cerca de 30 leguas de largo y 25 de ancho, y se hallaba limitado al N. por el Margraviato de Brandemburgo; al E. por la Baja-Lusacia; al S. por la Micisnicia, y al O. por el principado de Anhalt. Produce granos, vinos, lanas, frutas, minas de plata, plomo, bismuto, topacios, cornalinas, ágatas, perlas, &c. Le riegan los ríos Elba que divide el ducado en dos partes, el Sprée, el Elster, el Mulda, el Neff. La capital es Wittenberg con 129.425 habitantes sobre la orilla derecha del Elba.

(6) *El Brabante.* Era un antiguo ducado que hoy forma parte del reino de los Países-Bajos. Se divide en Brabante austriaco, cuya capital es Bruselas con 72320 habitantes; y Brabante Holandes. Los ríos que le riegan son: el Escaut, el Rupper, el Dyla, el Demel, Nethe y Sena.

(7) *Brandemburgo.* Marquesado en Alemania que pertenece á la Prusia con 1233 leguas cuadradas y 750.000 habitantes. Se divide en cinco círculos ó provincias, á saber, la antigua Marca; el Priegnitz; la nueva Marca, cuya capital y de todo el reino de Prusia es la ciudad de Berlín que se compone de cinco villas gobernada cada una por un Magistrado: está situada sobre el Sprée que entra en el Elba;

y comunica con el Oder por un canal. Tiene Berlin 17000 habitantes.

(8) *La Georgia.* Es una provincia de Asia, cerca del Monte Cáucaso, entre los mares Negro y Carpio: pertenece á la Rusia, tiene 280 leguas de largo y 210 de ancho. Las mugeres de este pais son las mas bellas del Universo. Tiflis es la capital con 20000 habitantes.

(9) *La Circasia.* Tambien en Asia y cerca del Cáucaso es otra provincia que por la belleza de sus mugeres provee como la Georgia los serrallos del Oriente.

(10) *La Baviera.* La Baviera en otro tiempo, como vemos por esta historia, fue un ducado; pero en el dia es un reino de Alemania, limitado al N. por la Sajonia, al E. por el imperio de Austria, del que la separa el río Inn; al S. por el reino de Italia; y al O. por el de Wurtemberg. Sus principales rios son: el Danubio, el Inn, el Iser y el Lech. El aire es sano: el territorio fértil en vino, trigo y pastos; pero el pais es pobre, poco comerciante y menos industrioso. La Baviera propiamente dicha, se divide en alta (cuya capital es Munich con 38,000 habitantes) y baja (capital Indolstadt con 4,817). Este estado ha recibido muchos aumentos: en 1808 se dividia en 15 círculos, á saber: del Mein, de Pegnitz, de Nab, de Retzat, de Altmühh, del alto Danubio, del Iser, de Salzach, del

Lech , de Regen , del bajo Danubio , del Iller , del Inn , de Eisak , y del Adige. Despues la Baviera ha vuelto á la Austria de las partes del Hawstuckviertel y del Yunviertel , el Bai-liagetirolewe de Wils y el ducado de Saltzburgo. El Austria ha cedido á la Baviera sobre la orilla izquierda del Rhin , una provincia dividida en cuatro círculos , á saber : 1.º de Dos-Puentes : 2.º de Spira : 3.º de Landau , y 4.º de Kaisers-Lautern. Sobre la orilla derecha acaba igualmente de reunirse al reino de Baviera el gran ducado de Wurtzburgo. Por lo dicho se deja conocer que el antiguo ducado de Baviera en tiempo de las Cruzadas , debia ser mucho menor que en el dia , aun quando fuese poderoso.

(11) *Limburgo*. Es una ciudad de los Países bajos , con 4000 habitantes. El ducado de su nombre tenia 54 leguas y 803 habitantes.

(12) *Maguncia*. Ciudad capital del Electorado de su nombre en Alemania , con universidad , arzobispado , y 273 habitantes , situada en la orilla izquierda del Rhin. En esta ciudad se inventó la imprenta año de 1440.

(13) *Libano*. Cadena de montañas célebre de la Siria , que principia hácia Tripoli y concluye al otro lado de Damasco. La mas alta montaña tiene 9,500 pies de elevacion. El *Anti-Libano* está separado por un fértil valle.

(14) *Rhin*. El Rhin es uno de los mayo-

res rios de Europa , separa la Alemania de la Suiza y de la Francia. Se divide en dos brazos conservando su nombre solo el uno : desagua en el mar de Alemania.

(15) *Los Apalaches ó Allegarnhy.* Es una gran cadena de montañas que dividen los estados unidos de América de Norte á Sur , en una estension de cerca de 300 leguas de largo ; y de 20 á 60 de ancho.

(16) *Aden.* Ciudad rica y considerable en otro tiempo de la Arabia feliz , en Asia , en el Yemen á 8 leguas de Moka , al S. sobre el Océano , y puerto muy frecuentado en otro tiempo por los Orientales , casi todo él rodeado de montañas muy altas , sobre cuya cima hay cinco ó seis fuertes. En el dia es capital de un pequeño estado independiente , cuyo Jeque sostiene frecuentes guerras con sus vecinos. Se halla situada en el declive de un volcan estinguido , y á escepcion de algunas casas de piedra , ya no ofrece sino una reunion de chozas que presentan un aspecto el mas triste. Sin embargo sus ruinas atestiguan su pasado esplendor. Al N. O. se vé una hilera de algibes , y subsiste todavia uno de los grandes acüeductos que conducian el agua á la ciudad. Su temperatura es escesivamente calurosa. Su terreno nada produce , á pesar de tener mucha agua. Sus habitantes pálidos y de quebrantada salud , son ademas de tan estragadas costumbres , como los de la ma-

yor parte de las ciudades de Arabia. Los únicos que concurren en este puerto á comerciar son los ingleses : el comercio consiste en café, y particularmente en goma , mirra , alöes. &c. Los turcos tomaron esta ciudad en 1539 ; pero despues se vieron precisados á abandonarla á los príncipes Arabes. (*Nota del traductor.*)

(17) *Palmira.* Estaba situada en el desierto de Siria. Probablemente la dieron su nombre las muchas palmeras que crecen en su derredor. Se dice la fundó Salomon : la poseyeron los reyes de Babilonia : despues , en tiempo de Plinio , capital de una república , y al fin de un reino : es célebre por el poder de Odenato y de Zenobia su muger. El emperador Adriano la llamó Adrianopolis. Se ven en el dia magníficas ruinas que aunque no tienen el esplendor que hace seis siglos ó mas , que es la época á que alude este pasage , penetran no obstante de admiracion al viagero que las visita, las cuales han descrito bien los ingleses Wood y Darwins, y el conde de Wolney. Sobre todo, lo que llama la atencion es el templo del Sol, edificio magnífico rodeado de una muralla cuadrada como él toda de pórticos , que cada cara tiene 679 pies. En el dia algunas miserables cabañas caidas , habitadas por los árabes , y esparcidas por entre aquellas magníficas ruinas, y algunas aves de rapiña y nocturnas , es lo que resta de esta soberbia ciudad.

(18) *Sana*. Ciudad de la Arabia , capital del Yemen (como dice el texto) es la residencia del Imán soberano : las murallas y edificios son de ladrillo : tiene bellas mezquitas y palacios y muchas caravaneras. Todos sus alrededores son muy fértiles. Se halla en una hermosa situacion á cien leguas N. E. de Aden.

(19) *El Yemen* es la mas bella parte de la Arabia ; es un reino independiente desde el año de 1630. Tiene 2500 leguas cuadradas de superficie y un millon de habitantes. Su fuerza armada asciende á 5000 hombres : sus rentas un millon y novecientos mil francos (mas de siete millones y medio de reales). Produce alöes, mirra , incienso , infinidad de aromas que son los mas preciosos del Asia y del mundo , y sobre todo café. Tiene algunas fábricas de telas : se divide en muchas provincias, y en dos grandes partes , á saber , el Tehama y el Djabal ó alto pais. La principal ciudad y capital es Sana que acabamos de describir.

(20) *La Mesopotamia* es un nombre que designa un pais comprendido entre dos rios : se dió en los primitivos tiempos á una parte de la Asiria llamada *Siria de los rios* , porque estaba encerrada entre el Tigris y el Eufrates. Esta situacion le ha hecho dar por los árabes el nombre de Al-Getira , palabra que se halla en la ciudad de nuestra España que nos es tan conocida. En el dia la Mesopotamia es conocida

(aunque sin fundamento) bajo el nombre de *Diar-Bekir* ó *Diarbek* y es una provincia de la Turquía asiática, fértil en granos, frutas, algodón y seda, tiene minas de plata, y su capital es *Diarbek* ciudad situada en una llanura muy fértil sobre el Tigris, que por allí es navegable. Tiene 400 habitantes; de los cuales los 200 son cristianos. Se halla á 63 leguas de Alepo. La Mesopotamia es tenida por algunos autores por la cuna del género humano antes y despues del Diluvio. La parte septentrional cubierta de montañas la regaban dos rios ademas del Tigris; la parte inferior es árida y habitada solo por árabes errantes. (*Nota del traductor.*)





LISTA

DE LOS SEÑORES SUSCRIPTORES.



**El Serenísimo Señor Infante Don FRANCISCO
DE PAULA.**

D. Francisco Chaves.

D. Felix Páramo.

D. Francisco Lopez Rodriguez.

D. Fernando Pascual.

D. Juan Manuel Ruiz Arana.

D. Pedro Rivera.

Doña Concepcion Sanchez.

D. José Sobejano.

D. Ambrosio de Villava.

D. Nicolás Gallardo.

D. Manuel de Torres, Contador de Propios
en Málaga.

D. Crisanto Lopez.

D. Bartolomé Miralles.

D. Mariano Gonzalez de Merchante.

D. José Nevot.

- D. Vicente Gomez Alfaro.
Doña María Luisa Sandoval.
D. Casimiro de Montalban.
D. Victorino Estevan y Maza.
D. José María Acosta.
D. Valentin Muñoz.
D. Juan Díaz Valdés.
D. José Gutierrez del Rivero.
D. Joaquin Navarro y Sangran.
D. Pascual Ortega.
El señor Conde de Tapa.
D. Luis Lopez y Orche.
Doña Gertrudis Gallegos.
D. Anacleto Sevilla.
D. Antonio Perez de Valdés.
D. Fernando del Rio.
D. Manuel Magro.
El señor duque del Infantado.
D. José Lopez.
D. Francisco Saravia y Castilla.
D. Francisco Delgado.
Doña Ana María Gutierrez.
La señora de Astudillo.
D. Julian Muñoz.
D. José Abades.
D. Mariano Lucas Avella.
D. Juan Manuel Gomez.
Doña María Salomé de la Garza.

- D. José María Busengol.
D. Juan Miguel de Inclan.
D. Rafael Antonio Ruiz de Arana.
D. Joaquin Chacon.
Doña Antonia Villaroel de Alvarez.
D. Pablo Perez de Bustos.
D. Manuel Ramirez de Arellano.
D. Rafael Cano.
D. Francisco de Bartolomé.
El Marqués de Ayerve.
D. Antonio José Godinez.
D. José Jimenez.
D. Joaquin Mayoni.
Doña Josefa de Castro.
D. Gabriel Gonzalez Maldonado.
La Excm. Sra. Doña María Luisa Mathews
de Quesada.
D. Francisco de Paula Córdoba é Ibarra.
El Marqués de Fontellas.
D. Luis Francisco Banoy.
D. Francisco García.
D. Antonio de Ayllon y Silva.
D. Antonio María de Ibarrola.
D. Angel Chamorro.
D. Miguel Merchante.
D. Juan Calvache.
D. Eusebio Murillo.
D. Pedro Antonio Aguilera.

Doña Magdalena Hernando.

D. Pedro Antonio Macías.

D. Mariano de la Riva.

D. José Delicado y Díaz.

D. Felipe Muñoz.

D. Antonio Melendez.

D. Luis Aguirre.

Doña Concepcion Insa de Baquero.

D. Salvador Carle.

D. Alejandro Labierna.

Doña Leonarda Lopez.

D. Juan Cabrales.

D. Pedro Polvorinos.

D. Ventura Sedano.

D. Carlos Otañ.

D. Miguel de la Torre.

D. José Amós Lopez.

D. Juan José Medinabeitia.

El Marqués de Silva.

D. Juan de la Cruz Campero, Asesor de
Marina.

D. Manuel Laones Ponce de Leon.

D. Javier de Arriola.

D. Fermin Gutierrez Arroyo.

D. Antonio García de Mesa.

D. José Correa.

D. Isidro Hernandez.

D. Juan Mendoza.

- D. José Tassier, Comandante de Coraceros
de la Guardia Real.
- D. José de Urbina y Daoiz.
- D. Juan Angel Vidaubije.
- D. Marcelino Perez y Rodriguez.
- D. Salvador Querol.
- Doña Faustina Montaña.
- D. Antonio Montenegro, Oficial primero
del Ministerio de Artillería.
- Doña María del Pilar Ordobas.
- D. Cipriano Pascual Marco.
- D. Cayetano Fernandez de Moraton.
- Doña Francisca Vazquez de Espina.
- D. José Perez.
- D. Justo Hernandez.
- D. Luis Juan de Ferrer y Bonis.
- D. Santiago Alvarez.
- D. Pablo Diaz y Carrera.
- D. F. y F.
- Doña Estefanía Castañon de Ribera.
- D. Antonio Rodriguez.
- D. José Tordesillas.
- D. Juan Gonzalez de Valdés.
- D. Saturnino Flores.
- La Sra. Condesa de Villamonte.
- D. José Fernando Poves.
- D. Manuel María Damian y Madrid.
- Doña Josefa Martinez.

El Marqués de Casablanca.

D. Teodoro del Barrio.

D. Vicente Roman.

Doña Sebastiana Diaz.

D. José Almarza.

D. Francisco Oset.

Doña Bernardina Melgar.

F. Cenon de Garbayuela.

Doña Tomasa Sanz de Mugaburu.

Doña Dolores Queriz.

Doña Manuela Alvarez.

Doña Carlota Clavijo.

D. Francisco Javier Palacios y Barzola.

D. Blas Zuluaga.

F. Bonifacio Lizaso.

D. José Guerrero.

D. Felix de Casamayor.

D. Fernando Berbegal.

D. José Sanruano.

D. Luis Piernas.

D. Ramon Ferrari.

D. Donato de Manterola.

D. Francisco Elias.

D. Domingo Antonio Vega.

D. Jaime Ceriola.

D. José Milano.

**D. Vicente Bianco, del comercio de libros
de Salamanca (por cuatro ejemplares).**

- Los Señores Hortal y Compañía, del de Cádiz (*por nueve id.*)
- D. José Bueno, del de Jerez (*por cuatro id.*)
- D. Ramon Calvete, del de la Coruña (*por diez y seis id.*)
- D. Nicolás Longoria y Acero, del de Oviedo (*por dos id.*)
- D. Francisco Rey Romero, del de Santiago (*por treinta id.*)
- D. Nicolás Delmas, del de Bilbao (*por seis id.*)
- D. Bartolomé Caro, del de Sevilla (*por doce id.*)
- D. Isidro Pis, del de Plasencia (*por once id.*)
- D. José Cereceda, del de Jaen (*por dos id.*)
- Doña María Hernandez y Sobrino, del de Toledo (*por ocho id.*)
- D. José Sanz, del de Granada (*por doce id.*)
- D. Francisco Luis Compañel, del de Santiago (*por dos id.*)
- D. Felix Pablo Carrillo, del de Badajoz (*por seis id.*)
- D. Nicolás García Longoria, del de Oviedo (*por dos id.*)
- La Sra. Viuda de Brusi, del de Barcelona (*por veinte y cinco id.*)
- D. José Benedicto, del de Murcia (*por dos id.*)
- D. Clemente Riesgo, del de Santander (*por doce id.*)

- D. Julian Pastor , del de Valladolid (*por dos id.*)
D. Bernardo Nuñez (menor), del Puerto de Santa María (*por cinco id.*)
D. Ramon de Ortiz y Otañes.
D. R. y P.
El coronel Junquito.
D. Sebastian de S. Martin (*por dos id.*)



